



JOSÉ P. BARROS

NUESTRA ARCADIA

TEXTO DE LECTURA ARTISTICA PARA
ALUMNOS DE 6.º GRADO

Precio: \$ 2.00

F. CRESPILO, EDITOR - BOLIVAR 369, BUENOS AIRES



00160192

ERRATAS

Ruégase a los profesores y alumnos que usen este libro, se sirvan corregir los siguientes errores de la 1ª edición:

<u>pág.</u>	<u>renglón</u>	<u>dice</u>	<u>debe decir</u>
18	6	manes	influencia
21	27	esfuminan	efunden
22	9	comenzaría	estaría
22	22	histórico	prehistórico
24	6-7	costeando	faldeando
66-91-130		harpón, harponea	arpón, arponea
75	6	Gurlicia decorticans	Gourlicia decorticans
78	15	avalanzó	abalanzó
83	11-12	diversas musgíneas	diversas gramíneas
118	26	andaron yandaron	“andaron y andaron”
120	15-16	plegan	pliegan
137	18	captus	cactus
138	12	brevaje	brebaje
171	7	erugiéndole	crujiéndole
219	3	captáceas	cactáceas

NUESTRA ARCADIA

**DONACION
OMAR GARDET
Y FAMILIA**

JOSE P. BARROS

INSPECTOR TECNICO DE ESCUELAS PARTICULARES DE LA CAPITAL

NUESTRA ARCADIA

Curso de Lectura Artística

Para Alumnos de Sexto Grado

Aprobado por el C. Nacional de Educación

Ilustraciones originales de OSCAR MARINO BARROS



F. CRESPILO, Editor

Bolívar 369 — Buenos Aires

1930

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.

CARTA DEL INSPECTOR TECNICO Sr. SATURNINO COSTAS JUZGANDO ESTE LIBRO

Después de largos años de ausencia de mis tierras nativas, he vuelto a recorrerlas en gratisima peregrinación. Me he internado en sus selvas bravías, trepado a las cumbres y he bajado a los valles fertilísimos, calmando mi sed con las aguas cristalinas de sus arroyos, bebidas en el hueco de la mano. He saboreado el mate de las mozas morenas y me han embargado emociones de zagal ante la dulce castidad de las pastoras.

Como el simpático serrano del Piquillín, también yo he sembrado el terror en las tímidas tórtolas de los valles con el fragor de mi espingarda. Todo esto lo he visto y sentido en plena primavera tropical, gracias a las flores que el galano autor de NUESTRA ARCADIA esparciera en la amplitud de la bella comarca norteña.

Recorriendo las páginas de su libro, donde el cobarde pesimismo está proscrito, siguiendo el hilo áureo de sus meditaciones, me he colocado en disposición de discernir matices que antaño no hubiese visto, cumpliéndose el milagro de hacerme vivir una vez más lo que la materia torpe conoció y vivió en otro tiempo. El olvido corre por las venas disuelto en la sangre y el alma necesita de poderosos estimulantes para combatirlo. Cada capítulo de su libro constituye uno de esos estimulantes, pues, en todos ellos, el pristino resplandor de su prosa ilumina las maravillas que los genios del paisaje derrocharon en la argentina tierra.

Yo también, como usted, fuí efebo de esa Arcadia, gusté de sus mieles, me embriagué con sus perfumes y me extasié en el místico silencio de sus valles. Allí aprendimos a amar a la naturaleza.

En las descripciones felices de su libro, que parecen trazadas por la pluma de Pereda, los niños de sexto grado, a quienes destina usted el texto, han de gustar "el sabor de la tierra", inundando de optimismo sus almas, purificando su gusto y haciendo su inteligencia más accesible a la belleza original.

Pero la calidad más digna de elogio en esta obra es la original virtud de fijar nuevas orientaciones a la literatura escolar, pues, si bien es cierto que existen en los libros que circulan en la actualidad por las escuelas, debidas al vigoroso estilo de algunos autores, páginas brillantes, exaltando las bellezas y las glorias del terruño, es justo reconocer que carecíamos de la obra que nos ofreciera los temas nacionales tratados en lógica graduación, capaz de asegurar su unidad y armonía. Debe agregarse a todo esto, la perspicuidad del lenguaje y la galanura del estilo, esenciales condiciones para satisfacer los propósitos artísticos y culturales del programa de lectura en sexto grado.

Cincela usted la frase con personal buril, sin apego arcaico a las formas académicas, pero tampoco sin dar motivo para que los puristas de la lengua puedan fruncir el entrecejo. Nótese en su léxico y en sus giros literarios, el afán constructivo del idioma argentino, que está formándose gracias a la eficaz acción de los escritores nuevos que, enemigos de lo estéril, no han querido convertirse en vestales del fuego que arde en los viejos moldes.

Le felicito cordialmente. Continúe cantando en prosa poética los encantos que guarda su alma, enamorada de lo bello.

A LOS MAESTROS

QUE DEBE HACER UN TEXTO DE LECTURA

Poner al niño frente a la Naturaleza, la tradición y el folklore nativo; llevarlo hacia los más bellos y majestuosos panoramas de nuestra tierra, bañarlo de luz y envolverlo en el efluvio de los suelos arados y las praderas florecidas; plantarlo frente al amplio miraje de los horizontes abiertos y sumergir sus ensueños en la rubia gloria de las mieses maduras, cuando ha entrado ya en la etapa emocional y constructiva, tal es el objeto de este libro.

Largos años de paciente observación me han vuelto escéptico sobre la influencia de los textos fríos, actualmente en uso, respecto del sentimiento nacionalista, que debe ser lo esencial en la estructura espiritual y científica del niño argentino. De ahí el esfuerzo nativista que campea en todas las páginas de esta obra.

Constantemente se me ha incitado a escribirla. Muchos directores y maestros me han dispensado su honrada opinión y su cálida palabra estimulante, frente al propósito patriótico y artístico que inspiró mis primeras páginas, en las que, aparte de los valores puramente mecánicos que consultan invariablemente los textos en uso, he puesto la emoción, que promueve el interés, unidad artística dentro de la variedad de temas, realidad en la descripción panorámica, verismo en el relato, color en la pintura, todo, claro está, dentro de las más elementales exigencias del estilo, que constituye la per-

sonalidad artística del escritor, y de lo que importa para la formación del gusto y la pureza de nuestro precioso idioma.

En ningún texto aprobado por las autoridades de la enseñanza para los niños de sexto grado, hemos visto realizados con criterio argentino los propósitos artísticos y culturales del programa de lectura.

La mayor parte de esos textos son compilaciones azarasas, rebusques literarios que no exigen sino el pequeño esfuerzo mecánico del recorte y la clasificación y que, en virtud de su extra-propiedad, ni pueden ser corregidos para adaptarlos a la capacidad asimilativa del alumno, ni alterados en sus conceptos, muchas veces contraindicados para los fines educativos que persiguen los programas oficiales.

La falta de graduación indispensable para el normal desarrollo de la percepción artística y de la disciplina mental, más la diversidad de estilos en los temas, excogitados sin criterio pedagógico, pone al niño frente a diversos obstáculos que debe sortear a la deriva y que concluyen por hundirlo en un caos respecto a la adquisición de su propia personalidad.

En todo libro que se dedique a los niños, debe haber necesariamente una paciente labor de selección y, desde luego, el esfuerzo psicológico de un maestro.

Sin este requisito, la clase de lectura se hace apática, creando un estado de hastío mental que se manifiesta en un acentuado repudio de los textos y el consiguiente desvío hacia la literatura callejera, esa funesta literatura de las revistas baratas y los infundios folletinescos, donde nuestros jóvenes van a refugiar sus ansias de emoción.

Sólo el maestro, el verdadero maestro, educado en la escuela de la responsabilidad, puede y debe escribir un libro, limpio, graduado, vario y selecto.

Y, porque sobran elementos dentro de las fronteras na-

tivas para escribirlo bueno y bello, este libro debe ser esencialmente argentino.

Yo he sentido durante muchos años la necesidad de un texto así, como maestro primero, como director después.

Y tanto lo he deseado y presentido, que, al ponerme ahora en la dura tarea de darle forma, no hago sino recoger los frutos de esa larga experiencia, aunque vaya con ella contra las normas preestablecidas por los que no son del oficio, y en particular contra la improvisación imaginativa que se lisonjea sólo con la venta del producto.

Poner al alumno, adulto ya, en contacto con la natural belleza que estimula y disciplina; llevarlo de un lado a otro a través de la inmensa heredad argentina..., broncearlo en el sol de las campiñas y exponerlo a todos los vientos de la cumbre..., brindarle la noble sugestión emotiva del panorama nativo y abismarlo en su historia y sus leyendas, remontándolo hasta los orígenes de la vida argentina, tal mi único y sincero propósito en concordancia con lo que debe hacer un texto.

De cumplirlo, se que habré hecho obra honesta y fecunda, en bien de la patria y en pro de la juventud que quiera honrarla.

NUESTRA LENGUA

“El lenguaje tiene sus maravillas peculiares — ha dicho Max Muller —; bajo su superficie hay fastos ocultos y cada palabra contiene una enseñanza. Es un suelo sagrado porque constituye el depósito del pensamiento ya que pensamiento y lenguaje son inseparables.

La palabra es el pensamiento revestido de cuerpo”.

Pensar hondo y traducir el pensamiento en palabras claras y bellas, forjadas en el ritmo de la tierra, importa todo un programa de nacionalismo en acción, que afirma la voluntad de ser libres, por sobre la constante amenaza conquistadora de las lenguas exóticas.

La unidad del idioma es la gran columna de la nacionalidad y constituye el patrimonio esencial, como los cerros, como los ríos, del suelo nativo.

Corromperlo y dislocarlo en su estructura artística y gramatical, es hacer obra disolvente, en concordancia con extraños designios, tanto como patriótica es la tarea de purificarlo y conservarlo, limpiándolo de influencias externas y de toda forma de expresión convencional.

Las conquistas empiezan por el idioma, y ésta de los pueblos tiene ejemplos históricos demasiado elocuentes para que los países celosos de su independencia, descuiden a este respecto su vigilante guardia.

Lo que suele tomarse “a priori” como un juego de la cortesía diplomática entre los pueblos, resulta, casi siempre, una forma disfrazada de penetración extraña que las consecuencias han puesto muchas veces en evidencia.

El Estado Argentino, por un generoso afán de ampliar

el horizonte espiritual de sus hijos, abre sus institutos al estudio de todas las lenguas, y el alumno que, acaso por falta de adaptabilidad fonética, fracasa en el idioma de Shakespeare por ejemplo, es condenado injustamente a repetir un curso, cuando no a abandonar definitivamente su carrera.

Y este sacrificio de la juventud argentina que sólo debería saber obligatoriamente su propio idioma y estudiar en él, no tiene compensación en los países que imponen diplomáticamente su lengua, por falta de inclusión oficial de la nuestra en sus programas de enseñanza.

Dase por ello el caso, tan inteligentemente provocado, de argentinos de cultura mediana que hablan correctamente el inglés en Londres y el francés en París, sin que se encuentre la excepción de ingleses o franceses que nos sorprendan gratamente hablando en criollo en Buenos Aires.

Y obsérvese que decimos “criollo” como equivalente de argentino, en lugar de “castellano” que es la manera corriente y equivocada de nombrar nuestra lengua, porque, si bien el idioma de la vieja Castilla ha originado el nuestro, las lenguas americanas, los modismos nacionales, el carácter de los habitantes y el ambiente general, unidos a la influencia varia del clima y de la topografía, lo han modificado en forma tan sustancial, que Cervantes habría de creerse en la luna si en virtud de un prodigio de reencarnación, se encontrara de improviso entre los oyentes de una conferencia de Rojas o de Maciel por ejemplo.

Debemos, pues, por razones de patriotismo, afirmar el nombre argentino para nuestro bellissimo idioma, siguiendo el ejemplo tan aleccionador y elocuente de aquel norteamericano que, paseando por las calles de Londres, fué preguntado si en su país se hablaba el inglés. — ¡Inglés? — contestó asombrado el aludido — ¡no señor! en mi país se habla el norteamericano!

Sobran razones para no descuidar esta tan importante cuestión de la lengua nacional ya que el idioma tiene un valor de excepción como documento psicológico para juzgar de la mentalidad y riqueza ideológica del país. Todas sus características y todos sus pensamientos están en sus palabras. El proceso del idioma es el proceso de la nacionalidad. “La lengua es como el espíritu mismo hecho visible. En la lengua está todo lo que un pueblo ha pensado, sentido y sufrido”. Tal es la certera expresión del escritor italiano.

Los pueblos de aluvión, como el nuestro, constituídos por características dispersas y a veces desafines, necesitan del máximun de esfuerzos nacionalistas para plasmar su unidad psicológica y social y vigorizar el dogma sagrado de su independencia.

La fuerza síntesis, radica en la unidad y la pureza de su idioma.

Los padres venidos a nuestro medio bajo el generoso amparo constitucional, no son gratos a esta franquicia máxima de la Carta Orgánica que les concede todos los derechos, cuando viven de los frutos tan criollos de nuestro suelo y se entienden egoístamente en el idioma o la jerigonza del país de origen.

Hablar así, por hábito, acaso por una mal entendida vanidad de nacionalismo lejano, es defraudar al país en su patrimonio esencial: su idioma.

Enseñar a sus hijos argentinos a entenderse en un lenguaje que no es el nativo, es también defraudarlos y traicionarlos en sus destinos. Tales gentes no merecen vivir bajo el cielo de nuestra patria, a la que pagan su espontáneo desprendimiento robándole hijos y corazones.

NUESTRA ARCADIA

Ningún nombre más apropiado para un libro argentino en el que vamos a hacer desfilar tradiciones y panoramas nativos, que éste de NUESTRA ARCADIA.

ARCADIA es la región maravillosa por excelencia, la región de la gracia primitiva, de la castidad perpetua, de la belleza inmanente, de la fortuna y de la independencia.

Más que geográfica, es una zona mitológica situada en el Peloponeso de la antigua Grecia, en un fertilísimo valle de altiplano que rodean montes de 1.200 a 2.400 metros, y que surcan innumerables corrientes de cristalinas aguas. En su terreno, de formación lacustre, se dan las mejores pomos y frutas del campo y prosperan admirablemente el olivo y la vid.

Los pobladores antiguos de ARCADIA, eran pastores de costumbres esencialmente patriarcales, sencillos y tranquilos, libres como el viento y exquisitamente hospitalarios.

Adoraban a Artemisa y a Pan, diosa de la caza y de la castidad, más conocida con el nombre de Diana o Ecate la primera, y dios de los rebaños el segundo, representado por un hombre barbado con retorcidos cuernos y cuerpo de macho cabrío de la cintura abajo. En honor de ambos, los arcadios celebraban fiestas llamadas Lupercales.

El dios Pan tenía para estos pueblos una misión y un carácter esencialmente agrestes como que siempre se le suponía en atisbo tras las rocas y las breñas, sea para tutelar los ganados, o ya para caer de improviso sobre las Oréades y las Driadas, ninfas que perseguía infructuosamente por los

bosques. A menudo se le ve en las litografías con un cayado de pastor y una flauta de caña de siete tubos.

Los arcadios poseyeron la música como ningún otro pueblo de la antigüedad pagana, y conservaron incorruptas sus costumbres y el bienestar general, mientras el resto de Grecia se hundía en la más espantosa depravación. De ahí el origen de las trovas poéticas que cantaron a ARCADIA como al país de la inocencia y la paz absolutas.

ARCADIA es el pueblo más antiguo de la vieja Grecia. Pausanias los llama "autóctonos", es decir, los primitivos, y otros escritores de la época los apellidan "proselenos", equivalente a "más antiguos que la luna". Arcadia es en la actualidad una provincia o nomo del Estado Helénico, con una población de 150 mil almas, en su mayoría agricultores y pastores.

Volviendo ahora a nuestros lares, nos encontramos también con que tenemos una Arcadia, con la cual nada tiene que ver la mitología. Es una aldea tucumana situada a orillas del arroyo Gastona, a 366.12 metros sobre el nivel del mar, en el distrito de Chicligasta. Dista 67 kilómetros de la ciudad de Tucumán, y 1.219 de Buenos Aires. No lejos del poblado y casi adentrándose en él, se levanta el damero de los sembradíos y factorías de cañamelares que surten los ingenios de Concepción y le prestan en la época de la zafra una extraordinaria vitalidad.

Por antonomasia, ARCADIA es todo lugar de montaña, surcado por ríos y torrentes que cantan su eterna melopea al abrirse mansamente sobre las praderas, en las que sueñan las esquilas de los ganados y gestan su sencilla vida, como las ninfas de Arcadia, que cortejaban a Diana, las castas hijas de los pastores y labriegos.

Para un libro argentino que se inspira en la belleza de los paisajes nativos, que los describe a plena luz, analiza sus

valores, revive sus leyendas y coloca en ellos, con la veste moderna de la actual emoción, a Dafnis, a Diana y a Ceres: el pastor, la cazadora y la protectora de las mieses y vendimias camperas, ningún nombre más propio que éste de “NUESTRA ARCADIA”, excogitado a conciencia, por una fuerte inclinación espiritual a lo poético, y, sobre todo, porque al decir Argentina, se viene de golpe a la mente el recuerdo de aquella maravilla de montes y de cielos, de prados y de flores, de arroyos y boscajes, que fuera la cuna de los dioses.

CUANDO EL TREN PARTE

(DE PASTORELAS NATIVAS)

Líneas del Norte, del Sud, del Oeste.

Líneas que surcan la pampa de la leyenda gaucha y la montonera bravía, de la guitarra criolla y el acordeón italiano.

Líneas que atraviesan valles y bordean abismos y traponen cerros.

¡Cuántas veces por ellas hemos penetrado en la entraña de esta tierra nuestra, tan propicia y generosa, tan melancólica y sedante en la inmensidad de su llanura y tan variada y risueña en la grandiosidad de sus montañas!

¡Cuántas veces, regresando al terruño calchaquí, o soñando con tierras de huarpes y ranqueles, hemos evocado el vocerío de los arrieros de antaño y el gritar de los boyeros trepados en el pértigo de las carretas, unos y otros avizorando el horizonte, fuertes de corazón, certeros de pulso, “tareando cuecas y silbando gatos” y husmeando en la lejanía los peligros del malón!

Cuando el tren parte por la huella ancestral que abrió la caravana con la ilusión de Buenos Aires, llevamos en el alma una transfusión de sentimientos..., algo como una opresión se desgarran en nuestro espíritu y en los panoramas de la mente surgen como lejanas nubes rosadas, las gratisimas visiones de los tiempos viejos.

Para respirar libremente, para curar la atonía cerebral y la inevitable neurosis que anula la personalidad íntima y avasalla las energías de la juventud en el torrente de la vida urbana, nada hay como los horizontes abiertos y el aire fecundante de las campiñas.

Por eso, cuando el tren parte, cuando en el vértigo de su veloz carrera columbramos, ya lejanas, las torres y mansardas de la Gran Aldea que se esfuma lentamente en un fantástico espejismo, libres del torneo de vanidades que despedaza las almas y subyuga los afectos, y fuera del alcance del bravo egoísmo que convierte a los hombres en rivales de los hombres, la máscara del gesto afloja la tensión de su cordaje, la ingénita complexión divina del ser eflora en lo recóndito, y en una reacción vibrante del sentido superior, halla la estirpe serena de nuestros corazones la suprema canción de la felicidad.

Cuando el tren parte por la planicie nativa, verde de alfalfa y blanda de mieses, la naturaleza recobra y afirma sus fueros y el corazón, contenido como las aguas de un torrente en el ficticio remanso de las disciplinas sociales, rompe la esclusa y se lanza campo afuera, sin órbitas ni equilibrios, sobre el amplio panorama de sus bellezas inmanentes.

Acaso por eso, y anonadados por el inmenso bien de sentirnos libres, mientras el tren corre sobre las planicies y atraviesa valles y perfora sierras, bajo purísimos cielos estrellados, recogidos y contemplativos ofrecemos al destino la oblación generosa de nuestra gratitud.

EL MISTERIO DE LAS FUENTES

El murmullo de las fuentes suena en los jardines como un campanilleo de fiesta, y, sea en la serena fluencia de un manantial o en el ruidoso y alegre surgente de las fontanas decorativas, la cristalina belleza de las aguas unge a las almas de un fervor poético que exalta los sentimientos hasta un ideal divino.

Repiqueteando en el magnífico artificio de los parques urbanos, el agua es la canción de la montaña salmodiando sus nostalgias de piedras y de sol.

Canturreando en las praderas y burbujeando en los arroyos, el agua de las fuentes es una bendición dispensada por los genios tutelares del amor.

En todas las edades y en todos los confines, las fuentes han sido objeto de una veneración extraordinaria, llegando algunas hasta la deificación, en virtud de las propiedades, reales o atribuídas, de sus aguas.

En la tradición o en la leyenda mitológica, todo lo que provoca alegrías y tristezas, bienes y males, o simplemente una influencia en el ánimo, adquiere relieves de símbolo y atributos arcanos que le convierten en dios.

Así, las fuentes, que para la antigüedad pagana eran hijas de Tetis y el Océano, fueron colocadas en la categoría de las ninfas y los genios con quienes se les identificaba.

Para explicarse este fervor religioso por las fuentes, forzoso es tener en cuenta la adoración que los pueblos primitivos dispensaban a las fuerzas naturales, ya fuera por la participación que en éstas concedían a la magia, ya por las

relaciones que establecían entre los distintos seres que gobernaban el mundo y los fenómenos naturales en que se manifestaban a los humanos.

Si las fuentes hacían florecer sus vergeles y fertilizaban sus campos de pastoreo y de cultivo, lógico era que la exacerbada superstición de los pueblos les atribuyera manes y orígenes divinos, haciéndoles por ésto, motivo de especiales solemnidades.

La superstición por un lado y la poesía por el otro, las celebraron con singular predilección, creando la leyenda de sus virtudes extraordinarias. Así, Aganipa, hija del río Permeso, tenía la virtud de inspirar a los poetas y estaba consagrada a las siete musas.

Hipocrene, que estaba en sus vecindades, surgió a la superficie por una patada de Pegaso. Castalia era la fuente predilecta de los dioses y la inspiradora por excelencia, pues sus aguas excitaban el entusiasmo y exaltaban la imaginación.

Su cuna fué el monte Parnaso.

Pero la más famosa de las fuentes mitológicas es la de Juvencia, transformación de la ninfa Juventud, convertida en fuente por Júpiter.

Sus aguas tenían la virtud de parar el curso de los años, manteniendo perpetuamente la frescura de la mocedad.

Durante la Edad Media, las gentes creían en ella, suponiéndola situada en los desiertos africanos.

A principios del siglo dieciséis, dos exploradores españoles, alucinados por la leyenda, la buscaron en América, descubriendo la Florida.

LAS FUENTES — SU LEYENDA

La vista de una fuente solitaria y el monótono rumor de sus aguas, provocan un estado de honda melancolía que vincula el espíritu a un doloroso arcano.

Se supone a las fuentes originadas siempre por la metamorfosis de un mar de lágrimas.

Nuestros primitivos habitantes, que también adoraban a las fuerzas de la naturaleza, simbolizándolas en su iconografía particular con amuletos, “illas” (1) y nombres abstractos, como “Pacha-Mama” (2), debieron venerar las aguas con cultos especiales, cuya tradición se va borrando definitivamente, ante la indiferencia y la culpabilidad general. Como una prueba del culto de los ríos y las fuentes nativas, han quedado algunas leyendas que aún corren en provincias en bocas de los viejos hijos de las montañas, verdaderos vestales de la historia.

En Santiago del Estero existe la llamada “Madre de los Ríos”. En Tucumán, Salta y Jujuy, se habla de “La Diosa de las Aguas”. En Catamarca y La Rioja, perduran leyendas afines, con pequeñas variantes que no alteran la esencia del asunto. En todas ellas, como en las leyendas del “Cacuy”, del “Aliliucu” y del “Crespín”, el motivo principal es la metamorfosis de seres humanos, lacerados por un gran dolor.

En Catamarca, por ejemplo, la Madre de los Ríos y las Fuentes, era una bellísima mujer de albo cuerpo y blonda cabellera, que se hacía visible en lo ignoto de las quebradas y en lo más inaccesible de las cumbres, acompañada de una esbelta corzuela en la que cabalgaba ingrávida por los cerros.

Todo su cuerpo era transparente, por lo que se la creía hecha de nubes.

Un día en que “La Madre de las Fuentes” se elevó por los aires y descendió en el valle, un cazador descubrió a la corzuela solitaria, persiguiéndola a través de las breñas y peñascales.

De un certero flechazo, el hombre atravesó el corazón del agreste animal, pero no pudo apoderarse de su víctima porque al sentirse herida, ésta se lanzó al abismo, estrellándose en las rocas.

Lloró inconsolable la “madre”... días y noches, suelta la hermosa cabellera, convertidos en torrentes sus ojos, de donde nacieron los ríos que lavaron la sangre de la infortu-



El indio atravesó el corazón del agreste animal

nada corzuela, mientras ella se transformaba paulatinamente en un cristalino manantial.

Cuenta Beleforonte que la ninfa Pirene, inconsolable por la muerte de su hija Generea a quien hirió accidentalmente un dardo arrojado por Diana sobre un animal salvaje, derramó tantas lágrimas, que los dioses la trocaron, a su muerte, en la fuente que alimentaba a la bella ciudad de Corinto.

Como se ve, los griegos y los quichuas a quienes debe atribuirse la fábula de “La Madre de las Fuentes”, coinciden en forma singular.

Las fuentes han inspirado y continuarán inspirando a perpetuidad, a todos los artífices de la belleza. Muchos cuadros célebres han explotado el motivo de las fuentes, y muy difícil será encontrar un cincelador que no haya burilado en el mármol o en el bronce, la evocadora ficción de sus leyendas.

Muchas y muy importantes son las fuentes naturales que cantan su dulce melodía en nuestra **Arcadia**: las de Río Hondo, las de Rosario de la Frontera, las de Hualfín, termales curativas y término minerales todas ellas.

En nuestro Jardín Zoológico, el malogrado Onelli, buscando un surtidor para sus lagos, encontró en las entrañas de la tierra una fuente mineral.

El artificio humano ha llenado los jardines de amoreillos y de faunos que perpetúan el mito de las “Ninfas Fuentes”, y en los parques y paseos de las ciudades argentinas, las nereidas y los tritones esfuminan sus nubes de rocío sobre la calidez del ambiente.

Los grifos y la ninfa Quelonea en la fuente de la Plaza del Congreso, las sirenas en la de Lola Mora, y los tritones y océanos en la artística fuente de la Plaza Constitución.

Pero la más típica de todas, la que recuerda la leyenda de “La Madre de los Ríos”, la modesta y murmuradora fuen-

te que copia la naturaleza y se hermana con las fuentes solitarias y desconocidas de las sierras argentinas, es la que surge de un agreste plinto de granito y se escurre entre verdes acuáticas, allá en la vieja gruta del paseo de la Recoleta.

ALDEAS SERRANAS

Decir aldeas serranas, equivale a introducirnos, en un viaje fantástico, penoso y largo, por todos los vericuetos y rinconeras de la región fragosa del noroeste argentino, bordeando la cordillera de sud a norte y abriéndonos luego en un sector cuyo vértice comenzaría en la sierra de Pié de Palo para terminar en un arco de sesenta grados, desde la Puna al Pilcomayo, cortando la Quiaca.

Excluyo las sierras de Córdoba, en cuyo altiplano, sesgado por carreteras de macadam y líneas férreas, no hay propiamente aldeas sino villas de holgorio y de tránsito, que con el tiempo serán ciudades, hijas de la civilización y de la inquietud espiritual que busca el esparecimiento, al revés de las pobres aldeas olvidadas, donde la vida es doliente y heroica, hijas del sacrificio y el viacrucis de las viejas razas.

Estas aldeas, como las gentes humildes, no tienen historia.

¿Quiénes fueron sus fundadores? ¿Cuáles sus orígenes?
¿En qué momento del caos histórico surgieron esos núcleos aislados que parecen haber nacido ya viejos, como si fuesen la reencarnación de épocas y pueblos milenarios aventados en el orbe por un soplo del cosmos?...

¿Quiénes fueron los héroes que levantaron, los primeros, el desvencijado bohío, la pircada rústica y la pared de ado-

bes, en el desamparo de los desiertos y en el hosco y bravío seno de las quebradas y serranías?

¿En cuáles aldeas, vivas hoy o en ruinas ya, se efectuó la conjunción de las razas que habría de constituir más tarde el tipo argentino característico de la actual población del país?

Algo sabríamos de esto si no se hubiera corrido un velo entre aquel pasado legendario y nuestros días, truncando la historia y haciendo con aquellos pueblos precursores de la grandeza argentina, lo que el moderno hacendado con la vacuita criolla que abandona “a la buena de Dios”, bajo la lluvia, el frío y el sol de los campos, mientras le cuentan los minutos y lo peinan y emperifollan al ganado de “pedigree” o de sangre, inscribiendo su tabla genealógica con una probidad y un afán dignos de un príncipe.

Es indudable que muchas de las aldeas que sobreviven, fueron naciendo paralelas a la penetración conquistadora de las huestes hispanas, ya como campamentos de tránsito, ya como puestos de observación y abastecimiento, indispensables en los propósitos y líneas de la estrategia castellana.

Y lógico es también suponer como cierto, que los naturales a su vez, desplazados de su centro de gravitación por la brega invasora, fundaron muchos poblados dispersos en las sierras y los llanos, como refugio unos, como atalayas otros, al igual que las fundaciones castellanas.

La cuestión estriba en discernir entre sus ruinas y características especiales, cuáles aldeas fueron hijas de los viejos Iconos aborígenes y cuáles lo fueron de la Cruz, ya que es un hecho indubitable que ambas fuerzas antagónicas: conquista y resistencia, fueron señalando en su épica trayectoria los cimientos de las numerosas aldeas cuyos orígenes se hunden en la nebulosa de la epopeya americana.

Observando las características de algunas ruinas y su

orientación topográfica, y, atendiendo al distinto género de vida de ambas razas, a sus creencias religiosas y al arte de las construcciones, acaso fuera fácil recoger sugestiones que hicieran luz en el campo de las conjeturas.

Por lo que respecta a los españoles, sus expediciones y avanzadas exploradoras seguían por las rutas clásicas, costeando las montañas e instalando sus cuarteles y viviendas al amparo de sus torrentes, entre la estribación y la llanura.

Los naturales, sin ser hostiles al valle como lo prueban algunas fundaciones de evidente prosapia autóctona, amaban la fragosidad de los cerros y lo recóndito de sus quiebras, por las que se asomaban al llano a otear en la lejana nubecilla de polvo los movimientos del enemigo.

En lo fragoso, eran casi invulnerables, de ahí que todas sus fortalezas y pucaraes se encontraran en las cumbres. El dominio del indio termina donde la cumbre se conjuga en la planicie.

Los españoles buscaban el choque en campo abierto; los indios los atraían a la emboscada de los desfiladeros.

La caída del famoso Pucará del Inca, aún llamado así, en los faldeos superiores del Aconquija sudoeste, es muy elocuente como punto de referencia para fundamentar un juicio.

CARACTERES DE LAS FUNDACIONES

Con las particularidades enunciadas, bien definidas en toda la epopeya de la conquista, fácil es suponerse que la mayoría de las aldeas que se extienden a lo largo de las sierras jaloneando el desierto, han sido obra de los conquistadores, al par que aquellas que perduran o han desaparecido en el corazón de la montaña, sea en la hondonada amparosa y apacible, sea en la cumbre avizora y recia barrida por las ventiscas, lo han sido de los indígenas.

Las viviendas, menos consistentes en aquellas y más sólidas en éstas, confirman la suposición precedente, si bien es cierto también que cuando los españoles fondearon definitivamente en los pueblos nativos, se amoldaron a sus costumbres e impusieron las suyas, modernizando el sistema de construcciones y afirmando en sus lares a los poseedores primitivos de la tierra.

Por otra parte, el interés de las fundaciones castellanas era muchas veces transitorio, siendo las ciudades del Barco, Londres y Cañete, una prueba acabada de ello.

En las aldeas que atribuyo a la estrategia de los defensores, las casas de pircas, muchas de ellas sin aberturas laterales, semejan verdaderos reductos y presentan el aspecto general de fortalezas y resguardos.

El bohío, o sea el rancho, que también es de prosapia aborígen, aparece a menudo con los caracteres típicos de una creación precipitada, en ambas fundaciones, pero es rarísimo en las defensas estables de los indios, siendo más bien una construcción de refugio en las migraciones de valle a valle

que provocó la invasión de los quichuas primero y la conquista después.

El bohío aparece también como una construcción exclusiva de vivienda temporaria de las familias indias que se instalaban en los bosques, allá por la época en que maduraba la algarroba y amarilleaban de frutos los chañares.

Explicado así el origen de muchas aldeas nativas, citaré dos ejemplos de ellas, situadas en lo que he llamado ruta de conquista, es decir a la vera de las montañas, como quien dice al paio, y que como una doble excepción, ni fueron fundadas por los españoles ni conquistadas por ellos en los movimientos de incidencia de las distintas expediciones. Me refiero a las antiquísimas aldeas situadas en los faldeos del Ambato en el valle de Catamarca: “Coneta”, que parece ser una fundación cacana y “Capac-ñan”, hoy Capayán, centro este último de una población laboriosa y pacífica que supo oponerse a la dominación incaica y que, a pesar de su pacifismo, obligó a Diego de Rojas, en su lento tránsito hacia Santiago, a salir precipitadamente con sus huestes para librarlas del hambre, pues los capayanes, muy serenamente, levantaron sus tiendas y destruyeron sus maizales, internándose hacia el Chaco en el breve intervalo de un crepúsculo y un amanecer.

Sea lo que fuese, estas nobles aldeas solitarias que sobreviven a los siglos, con sus casas legendarias, sus costumbres y supersticiones ancestrales, su tranquila somnolencia y su paisaje de égloga, sin progresos y sin egoísmos, estrechamente solidarios en la reciedumbre de su laboriosidad hereditaria, fueron los baluartes de la gran epopeya que se inició con el tránsito de Diego de Almagro por la región de Calchaquí y terminó con la fundación de Quilmes a orillas del Plata.

Viven heroica y plácidamente. La vieja Arcadia no añadiría nada en su vida idílica y casi mitológica. La ignorancia

del progreso y la falta de supremos ideales, les blasona de serenidad y sencillez.

En el amplio panorama de sus valles y sus sierras, la música de los torrentes, alegrando su vida primitiva, les ha hecho refractarios y panteístas. Nada saben del espíritu fenicio importado por el torbellino de la vida actual.



¡ Salve, aldeas sin automóviles !

Pero a las veces, sus pobladores, ceñudos y enérgicos en su aparente poquedad, salen hacia las villas y ciudades “que han puesto su nido en el alero de la sierra” constriñéndolos en las gárgolas de la montaña y se confunden en la farándula de la vida ciudadana.

Vienen con los trofeos de su doliente existir: lanas, cueros y frutos, y se vuelven, luego, reintegrándose a la gesta fragosa por su incurable nostalgia de montes y cumbres.

Lo dan todo a las fauces abiertas y sedientas de las urbes y se vuelven a la hosquedad bravía sin llevar de las urbes ni un átomo de su civilización.

¡Salve aldeas de montañas, sin fábricas y sin automóviles!

Vosotras mantenéis vivo el fuego de las viejas y heroicas tradiciones.

¡Sois las vestales de la Historia!

PASTORELA

(DE PASTORELAS NATIVAS)

Suave amanecer de Estío.

Bajo la aurora diáfana que pule de nácar el cielo de oriente, las campiñas onduladas van diseñando sus contornos en dulces tonos azules y esmeraldas sobre los que flotan como velos nupciales los ténues vapores mañaneros.

Por occidente, sobre las altas sierras esfumadas en débiles matices de acuarela, persiste aún el desmayo nocturno en una suavísima calma de ensueño y de alas inmóviles.

En las hondonadas, penumbrosas y esquivas, una gravedad de nieblas estáticas, y en las cumbres, empenachadas de albores, una densa franja de cúmulos en fuga.

De los campos y heredades cuya entraña abriera en la víspera el bisturí del arado, cunde un olor a heno y hierba fresca, un estimulante aroma de tierra remojada por la bendición del rocío que puso perlas en las flores y trémulos diamantes en las hojas.

Toda la fronda se ha vuelto sonora y el paisaje del dintorno vibra bajo el encanto de una polifonía misteriosa. Trinos en las viñas, cantos en los naranjos, gorjeos y arrullos apasionados en los palomares.

Para el sol, que se diseña tras el festón dorado de las nubes estratos, se alza el himno regocijado de los horneros, cachilos y quetupíes.

En todo el ámbito se oye la fanfarria monocorde de las cigarras y saltamontes.

La brisa tempranera, que funde en una conjunción de caricia íntima las sierras con el valle, trae de aquellas para éste, como la ofrenda de una campesina enamorada, la purísima esencia de sus salvias y alhucemas.

Zumban los insectos sobre las amapolas y azucenas efloreadas en la noche y abren en sus corolas su abanico japonés las mariposas.

Dorados escarabajos vuelan en busca del sol, y a lo lejos, junto a las eras y sobre la reciente arada se abaten los tordos en bandas pardas y azules a escarlar la miés.

En este dulce amanecer del valle, hay un glorioso despertar de alquerías. Sólo el molino se ha pasado en vela, triturando los granos, pero él también volteja jubiloso al teñirse de topacio los confines, como en un ágil desperezo de sus muelas.

En los patios y corrales, ha comenzado el diario romance de las bestias.

Corren cacareando las gallinas y ladran alegres los mastines oteando en los solares y rastros la silueta dilecta de los amos.

Hay un relinchar amistoso de caballos y un filósofo escudriñar de asnos taimados. Estalla de pronto la clarinada de un rebuzno y un cambujo sale alzado hacia los campos vecinos, donde ha resonado el eco de su vibrante y apasionado ofertorio.

Bajo los guindos familiares, un corro de gente toma mate. Labriegos con almádenas y azadas en los hombros van desfilando a su diaria faena.

Mozas ingenuas de rosadas piernas tejen la maraña de sus inquietos andares por los patios y galpones, bajo el persistente atisbo embelesado de los rústicos zagales.

En la hondonada, junto al regato que festonan los sauces, se está formando un corro de lavanderas y en los ribazos del arroyuelo, bajo los ceibos, danzan los chicos y las chucuelas.

Tañen las esquilas en la pradera y en pos de la majada que pace jubilosa, ladra un cabrerillo. Un pastor toca en su flauta de siete cañas, y una muchacha que ha dejado el cántaro a su vera, sobre la grama, le escucha con deleite. Se diría que Diana, cansada de esquivarle a Eros en la noche, ha caído prisionera del dios Pan ofuscada por el día.

Siguen golpeando sus timbales las locustas y cigarras.

Frente a nosotros ha revoloteado un “tumuñuco” (3).
¿Qué albricias nos dará de luengas tierras?...

Ha llegado el sol al cenit. Sobre las mieses erectas, se yerguen los labriegos y enderezan al cortijo con las frentes perladas y oliendo a tamos húmedos.

Ha sonado la campana del almuerzo.

Manos primorosas sirven natilla fresca y tortas calientes sobre el mantel albo y generoso. De las odres rebosantes, llega el jugo ácido de los racimos, chocan las copas, suenan los "obligos" (4), y al declinar el sol, cae sobre las gentes y las cosas la pesada enervación de la siesta.

ESBOZOS PSICOLOGICOS

TIPOS Y EPITETOS

EL SERRANO

Habitante de las sierras, tiene la serenidad recóndita de la montaña y la tosea reciedumbre de su contextura.

Ripioso y granítico, como retobado en pedernales, lleva en sus entrañas el venero purísimo de una bondad congénita. La selva de las quebradas le ha contagiado de umbrías, al par que la cumbre, suave y luminosa, le ha ungido de sol y ha puesto un brillo perpetuo en su vasta mirada inquisidora.

Como suele agitarse la montaña en vendavales de cólera, el serrano sacude a veces su ataxia hereditaria y se desfoga en rugidos. Pero ésto tiene apenas la duración de un celaje.

Hombre de una pieza, ignora la traición e ignora el miedo, y, acaso porque el impulso ascensional de la montaña le impele siempre hacia la cumbre, cuanto más alto sube más se temple su pacífica y legendaria bravura.

La tempestad que barre el páramo de las cimas, le transfigura en semi-dió.

Allí no conoce la tristeza, pero al sondear las lejanías

fragosas con su mirar de cóndor, se diría que algo del antiguo mayorazgo se reanima en su recuerdo y el ceño hosco y bravío cobra rasgos de esfinge.

El abismo tiene también para el serrano la atracción alucinante de un misterio supremo. Por ello, su vida es una sucesión sin tregua de saltos mortales, un alud que no para de rodar sino en el llano de la muerte.

Todos los soles le toman despierto y todos los fríos le entumescen sus miembros. Y cuando el cansancio le rinde en el silencio de tumba de su choza, se vuelve triste y meditativo, en una como reencarnación ritual de toda la amargura de las razas vencidas.

El serrano es profundamente panteísta. De ahí su inquebrantable y mística serenidad hospitalaria y renunciante.

Libre como el viento, extiende su dominio por la sierra sin lindes, mancomunando sus derechos y mezclando sus haciendas, ajeno en absoluto a la discordia ciudadana que ha convertido en un mito la solidaridad de los hombres.

Así, libérrima y primitiva, su vida se ata, sin embargo a una sola esclavitud: su palabra, que por no saber de majaderías, es sentenciosa y parabólica como la de los antiguos Amautas. (5)

Y este hombre fuerte, que hace un culto de la amistad y la refuerza hasta el fanatismo, suele volcarse en lágrimas ante la caricia afectuosa de una criatura.

Es un hombre símbolo.

EL PAISANO

El provincialismo ha sentado sus reales en la Academia dando al vocablo paisano el significado de campesino, con exclusión del habitante de las sierras.

Paisano es el hombre de las pampas, diestro en el arte de cuidar ganados y cultivar la tierra.

Paisanos son Martín Fierro, el viejo Quilques y Don Segundo Sombra. Usan poncho y botas, cabalgan como centauros, prestos al dicho succulento y a la gresea bravía y, ocultos bajo el chambergo de amplias alas sujeto por barbijo, son los contertulios obligados de cuanta juerga hay por los pagos.

Paisano es el hijo del inmigrado que va echando raíces en la gleba criolla y lo es también el patrón de la estancia cuando deja sus lustrinas de ciudad y calza sus botas de campaña.

El serrano, que no tiene más que una sola naturaleza, nunca será más que “serrano”.

El paisano se desdobra en señor urbano y en gaucho rural. Para ello no hace falta más que mudar de arreos y comer a tiras el asado con cuero. La vecindad de los poblados y la facilidad de los transportes, le han forjado esta doble personalidad que le hace gustar dos motivos contradictorios: la urbe alucinante y la campiña somnolienta.

Como su congénere de las sierras, practica el culto de la amistad, y, como la de aquel se nutre y acendra por afinidades de origen y dominio, la de éste se acrisola en fuentes de intereses comunes y sanas expansiones que no malogra el influjo negativo del pasado. Pero, al contrario de aquel, suele andar en discordias y da qué hacer a los jueces por una invisible cenefa de tierra.

Si el espíritu es la fuerza que les mueve, justo es reconocer que el impulso que define y caracteriza ambas naturalezas, les lleva encontrados.

El serrano es un esclavo atávico de sus ancestrales. El ambiente le modela y subyuga a su albedrío, sin que él trate jamás de acorralar y combatir sus designios.

El paisano es un esclavo alucinado del porvenir. Aquel,

si no retrocede, es por lo menos un ser estático que vegeta en la sierra, sin sentir la inquietud renovadora de otros horizontes. El paisano marcha siempre adelante, escudriñando los senderos, asiéndose a todas las posibilidades y buscando sitio donde alzar su tienda de ilusiones. La rudeza del yunque en el que fragua su porvenir, tanto como lo esquivo del panorama en que se mueve, ha puesto en su espíritu un toque de escepticismo. Tiene algo de árabe y mucho de indio del desierto, de ahí su ambición deambulante, a pesar de la “dura lex” que le aprisiona a la gleba.

La idiosincrasia campera se mantiene intacta en el paisano. Sus costumbres, su pintoresca lengua, su generosidad sin artificio, su innata sencillez y su gran amor nacionalista, son los mismos que distinguieron al gaucho antepasado.

El paisano, valiente y socarrón, filósofo y payador, capaz de jugarse entero por sus creencias, es una supervivencia gloriosa del viejo acervo criollo, tan americano, ¡tan argentino!

EL PAJUERANO

Este regocijante barbarismo porteño, arranca de los tiempos de la Gran Aldea.

Es indudable que como bien hallado no tiene sustituto, como no lo tiene también el sustantivado “atorrante” del que nos ocupamos en otro capítulo, y que, con distinto origen, ha venido a reemplazar entre nosotros al clásico “golfo” español.

—¿Dé dónde es Ud., mi amigo? — preguntaba el curioso porteño al desconocido que por las trazas o la tonada, revelara su condición extraurbana.

—Soy de “pa-juera” — contestaba invariablemente el interpelado.

—¿Y para dónde irá luego? — volvía a preguntar el cargoso porteño.

—“Pa-juera, pués — respondía de nuevo y con más énfasis el paisano.

Y naturalmente, como el tipo de la ciudad es ciudadano, el de “pa-juera” tiene que ser pajuerano.

“Pa-Juera” es el inmenso pueblo fronterizo que se extiende a todos los vientos, desde los alrededores de la ciudad capital hasta el límite de la provincia, como los tentáculos de un fantástico pulpo cuyo estómago fuera Buenos Aires.

Sus lindes no escapan de la campiña bonaerense, porque el pajuerano auténtico pertenece exclusivamente a ella; y si bien el vocablo se aplica indistintamente a todo individuo que abre la boca y tropieza por las calles de la urbe y se balancea en el andar y no suelta el brazo de la compañera, tropezadora también y distraída, que ramea las veredas con su amplia pollera floreada, sólo al bonaerense corresponde el epíteto ya que los demás llevan bien clavado el mote de “provincianos”.

El pajuerano de la urbe, es el paisano del campo.

Allá, el hombre se desenvuelve con envidiable maestría y con la soltura de un pez en el agua, pero en la ciudad anda como boleado, según la pintoresca expresión corriente.

Su indumentaria, que escapa a las preceptivas de la moda ciudadana, le delata a la distancia. Camina con un corro risueño a su vera, pasmado de tanta luz y protestando de todos los ruidos. Abre la boca por cualquier motivo y mira constantemente hacia arriba, como si buscara un poco de ese cielo azul de sus campiñas, que aquí se le huye y se le oculta en los rascacielos y en el humo.

El porteño se mofa del pajuerano haciéndole blanco de sus trufas, pero allá es Troya cuando uno de aquellos cae por sus dominios. Con su profunda ironía y su tajante lógica, se toma el desquite y lo humilla y zarandea de lo lindo.

EL ATORRANTE

Este socorrido epíteto, equivalente a golfo o vago, tiene un origen netamente porteño.

Era en las épocas en que se había iniciado el portentoso desarrollo de la ciudad, convirtiéndola en el paraíso de los holgazanes.

Estos enemigos del trabajo andaban en ella por docenas, constituyendo patotas que se hermanaban con los numerosos perros sueltos que merodeaban impunemente por quintas y fondines.

El café que consumía la población, entraba casi en su totalidad en estado crudo, y a fin de tostarlo, se habían instalado en el llamado “bajo de la Recoleta”, justamente en el sitio en que hoy se levanta el monumento al General Alvear, despoblado entonces y cubierto de espinillos y alpatacos, que se aprovechaban al efecto, grandes torreras primitivas formadas por un cuerpo de caldera horizontal que se movía a dos manivelas.

Entre la runfia de vagos que andaban a salto de mata en procura del indispensable desayuno, se corrió la voz de que aquella era un faena sencillísima y “de sentada” que no habría de alterar el ritmo de su habitual holganza, y allá se fueron, invitándose con la voz de orden: “¡A torrar! ¡A torrar!, más por llenarse los bolsillos con café, que por ganarse unos céntimos.

Desde entonces, y justamente cuando los vagos hallaron ocupación, todo individuo de su especie cargó con el epíteto de “atorrante” y el léxico del vulgo se enriqueció con un nuevo sinónimo.

El atorrante es un quiste propio de la civilización. Cuanto más denso es el centro de gravitación de actividades, tanto

mayor es la cantidad de atorrantes que carga sobre su existencia, como un gran caracol que marcha inconscientemente atiborrado de pólipos.

El atorrante es el tipo indiferente por antonomasia, el hombre feliz de la leyenda. Comparte su pan, cuando lo tiene, y es capaz de olvidar sus propias angustias para condolerse de las ajenas. Es tolerante, resignado y altruista; bien es cierto que su altruismo le cuesta poco, compartiendo en ésta su condición esencial, las teorías filosóficas de Hegel, quien se dejaba comer por las chinches y sabandijas de toda calañá, en virtud del derecho natural e inalienable que les asiste para vivir.

En cuanto a su complexión sentimental aparente, se diría que es incommovible. Las cosas que le rodean le tienen sin cuidado, acaso porque, como duerme al fresco, el atorrante hunde su vida y su ilusión en las estrellas.

EL XILOFONO DE ARCADIA

—¿Qué es eso, don Lino? ¿Hay alguna salamanca ⁽⁶⁾ en este cerro?...

—¡Qué salamanca ni sabandijas, hombre! En este cerro no hay más que “puna” ⁽⁷⁾ y piedras... y esta cuesta endiablada que parece un camino de guanacos. ¿Tienes miedo, muchacho?...

—¡Miedo!... ¿qué sabía yo si era miedo este chucho que venía sintiendo desde que comenzamos a escalar el monte, oblicuados sobre las monturas y pegados a la crin de las bestias para no salirnos por la grupa?...

Tanto había oído hablar del cerro, de sus enojos, de sus

misteriosas casas de piedra, “rumihuasis” que llaman los naturales... Tanto me habían asustado con la descripción de los temporales “pa largo”, y, sobre todo, de los huracanes y trombas que descuajaban peñascos!... Tanto de brujería y de aquelarres le habían metido los viejos supersticiosos a nuestra pueril credulidad, que este cerro que ahora hollaba jubilosamente después de tanto temerle a la distancia, me recogía en hondas cavilaciones y en extraños respetos que acaso no fueran sino el estado de anonadamiento frente a su grandiosidad, en contraste con la pequeñez atómica de nuestra insignificante humanidad.

Y ahora, precisamente cuando íbamos repechando a duras penas la “Cuesta del Diablo”, así bautizada quizá por algún serrano chusco, don Lino adelante y bastante rezagado yo para no sentirme receloso, subía desde lo hondo de una quebrada, bruna de frondas, un rumor de tañidos lejanos, de timbales suavemente agitados, de... de qué sabía yo qué música misteriosa y diablesca que tocaba su sinfonía crepuscular en todo el ámbito, a derecha, a izquierda, en el abismo negro de la quebrada y en la cima de la cuesta que trepábamos, repiqueteando en nuestros oídos hasta hacerse francamente intolerable, callándose de golpe y estallando luego sobre nuestras cabezas, en el ramaje de los molles y entre las bromelias y cortaderas que bordeaban el camino en un tupido festón de carnosas hojas y albos plumeros en flor.

—¡No, don Lino: no tengo miedo. Pero ¿qué diablos es ese pic-poc-lic-tac-cloc y ese sonar de botellas, que parece seguirnos pegado a la cola de los caballos?...

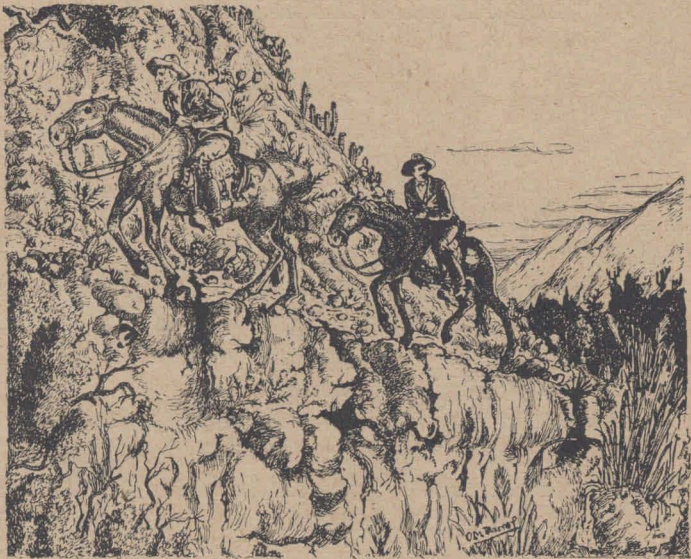
Don Lino se echó a reír, en una suelta carcajada que repercutió en los farallones de secular granito, quebrándose en una orgía de ecos que se perdieron en la lejanía.

—Eso — me dijo luego que el golpe de risa le dejó

hablar — es el concierto de las ranas arbóreas, la música serrana de todos los crepúsculos.

El hombre, sobre ser instruído y poseer una más que mediana cultura, tenía sus aficiones artísticas y era un entusiasta admirador de la naturaleza, por lo que no me extrañó la elocuencia de su respuesta frente al esplendor vernal de estos montes donde hasta el silencio es enormemente expresivo.

Seguimos andando, en penosa brega por el repecho, último tramo de nuestra empecatada travesía y, luego de abordar el altiplano y arreglar las monturas que holgaban ya por la curva caudal de las buenas bestias, comenzamos el descenso, siguiendo en zig-zag el estrecho y ripioso caminejo a cuyo extremo se alzaba el solitario fundo en el que nos aguardaba complaciente, la vieja y amistosa hospitalidad serrana.



Seguimos andando en penosa brega por el repecho

Abajo, a una distancia que me pareció enorme, columbramos el verde y soñado predio, apenas visible ya en el desmayo de aquel sereno y diáfano atardecer.

Un estimulante olor a tambo y a pomas maduras subió en la brisa, junto con el suave y evocador rebombe de la corriente que se rompía en la pedrisca lavada del lecho y nos envolvía en un frescor aromoso y reconfortante.

Nos recibió una hostil zarabanda de ladridos que luego nomás silenció la enérgica voz de los caseros.

Tras de un cordial refrigerio, nuestros maltrechos cuerpos cayeron rendidos en mullidas camas cuya deliciosa frescura fué como un baño sedante que nos durmió hasta el amanecer.

LOS HABITANTES DEL CERRO

II

¡Arriba! — me gritó don Lino en cuanto las primeras luces penetraron en la habitación.

Y no fué necesario que me repitiera la orden, ansioso como estaba de contemplar a la plena luz fulgurante de las sierras, el soñado y bíblico cuadro de las majadas, tendidas aún sobre los collados, y el andar tempranero de los zagales por los faldeos y cañadas vecinos al fundo.

Me lo habían descripto como una nueva Arcadia, y así me pareció en este dulce amanecer serrano en que no sabía qué admirar más: si los fulgores de la luz en la cimera pastiza de los alcores y picos tallados en granito o el balar de las majadas y el tintineo intermitente de las alegres esquilas en los apriscos del término.

Todos los puesteros entre hombres y mujeres, nos habían ganado el madrugón y andaban ya por los cerros y corrales reviviendo el mito del pastor Dafnis.

Por la tarde, vuelta otra vez a la fanfarria de las ranas, más distinta, más acordada y armoniosa que la charanga cumbreira del pasado crepúsculo allá en la malhadada cuestecilla del Diablo.

—¡Las ranas verdes! — Iremos a verlas — me dijo don Lino, atento al éxtasis con que yo las escuchaba.

Tic-cloc-tac-clie.

Siguiendo aguas arriba el curso del saltarín arroyuelo que cantaba su cristalina melodía entre las peñas, nos internamos en un magnífico bosque de nogales cimarrones, viscos y tupidas totoras que sombreaban completamente la sinuosa ruta.

Enormes liliáceas y muchas acuáticas, doblaban sus ramas sobre los remansos transparentes en cuyo fondo se veía, como a través de poderosos cristales ópticos, brillar el bruñido espejo de los jaspes y pedernales.

A cada paso que avanzábamos, abriéndonos brechas a brazadas entre juncales y cortaderas, alzaban el vuelo miles de insectos que dormitaban entre las flores y hojarascas de la orilla, y las ranitas arbóreas, amparadas por su mimetismo, hacían “cloc” hundiéndose en el agua tras de un rápido y gracioso esguince.

Las había verdes, en tonos brillantes y apagados, grises y jaspeadas y eran tan suaves y tersas de piel, que se nos escurrían por entre los dedos cuando teníamos la suerte de atrapar algunas.

Dormidas sobre los tallos y las hojas que festonan los ribazos del arroyo, estas ranitas se confunden con las excrecencias abrillantadas del vegetal, tan perfecto es su recogimiento y tan lisa y pequeña la superficie de su cuerpo, esen-

cialmente mimético, adherido como un crustáceo a las folias pendientes sobre los remansos de la corriente.

A nuestro paso, sorprendidas por el brusco sacudón que imprimimos al follaje, se incorporan sobre el largo resorte de sus cuatro patas y se lanzan al agua en cuya superficie se suspenden, abiertas, como grandes esmeraldas talladas y pulidas.

Invariablemente, todas arrojan, al saltar, un chorro retrospectivo que constituye su instintiva defensa, al par que una fuerza impulsora de retroceso, mediante una instantánea compresión de sus glándulas ventrales.

Cuando las víboras intentan hacer presa del escurridizo batracio, funcionan las glándulas y el ofidio cazador recibe una ducha que lo amortigua y engeuece mientras el delicioso merengue se zambuye en el remanso.

Su domesticidad es inmediata. Si se logra atraparla, pierde su saltarina elasticidad y anda a grandes pasos, irguiendo su esbelto cuerpecito verde sobre los largos y finos zancos, que la suspenden arriba como una enorme araña de los peñascos.

Con el cautiverio, que no es largo, emudece la lira cristalina de su garganta y el lindo animalito se vuelve triste, inapetente, huraño, y cierra los ojos en un prelude de la muerte, que no tarda en llegar, y que la trasvasa insensiblemente, en un estoicismo digno de ser humano.

Clic-cloc-plic-tac.

Aguas arriba, sigue imperturbable la música de botellas y yo me quedo en éxtasis, empequeñecido en mi frágil condición humana, frente al espectáculo de esta gloria de frondas, de colores y de trinos, en la solitaria maravilla de los cerros argentinos.

—¿Volvemos, muchacho?... Ya conoces el xilófono de Arcadia, el instrumento inimitable y exclusivo de las sierras

norteñas, el precursor de la quena de los pastores indios y la flauta de Pam.

—Cuando guste, don Lino.

LA SALAMANCA

Del Aymará *salla*: peña, y *mancca*: infierno. La traducción sería “peñas del infierno”, o “cueva debajo del infierno”, según Lafone Quevedo.

Una vieja leyenda de la pedriza argentina, atribuye a la “Salamanca” misterios de aquelarre.

Y, como en todas estas leyendas lo esencial es el ser incorpóreo, caprichoso y cambiante, que adopta las formas más extrañas y agrestes en sus temporarias encarnaciones, la Salamanca es siempre un sitio supuesto entre lo más intrincado y bravío de los montes, donde sólo tienen acceso los duendes, las brujas y toda clase de sabandijas puestas al servicio del bien y del mal, fuerzas éstas que se combinan en la vida de todos los seres y combaten entre sí por desalojarse mutuamente, según los principios filosóficos que crearon el mito de los premios y los castigos inmediatos.

En la mitología aborígen, la salamanca parece corresponder al subolimpio de los griegos.

Su entrada está resguardada por una encarnación de Pacha-Camac, “el hacedor del mundo”, dios del bien y del mal, quien según algunos arqueólogos, debe corresponder a la Eufroné, o sea la Noche, de la mitología griega, por la similitud de influencias que se les atribuye.

Pacha-Camac tenía la más amplia potestad sobre las

deidades menores, a las que transformaba a su albedrío, ya para hacerlas portadoras de la fortuna y la bienandanza, ya para sembrar la tierra de maleficios.

Para guardar las salamancas o sean los jardines de suplicio y deleite, se valía de la tempestad, el trueno y el rayo, elementos que desataba sobre los cultivos y haciendas, como una manifestación externa de su endemoniado furor.

La creencia tan general entre las gentes de los valles norteños de que “los cerros se enojan” toda vez que un desconocido penetra en ellos, desatándose en terribles ventiscas y largos temporales, no es sino una revivencia de la vieja conseja que atribuye a estos elementos el rol de celosos cancerberos.

Los Viracochas, o sean hombres blancos, los caballeros barbados que según la tradición anunciada por los Curacas serían los avasalladores del Imperio allá para el reinado del duodécimo Inca, profanaron el secreto de las salamancas, adquiriendo con ello el prestigio de semidioses, prestigio que iba — si no a abrirles los caminos de la conquista — a facilitársela por lo menos, mediante las revelaciones que arrancaban a la supersticiosa credulidad de los naturales.

La salamanca era para los indios un lugar de predestino. Sólo se llegaba a él por un favor especial de los dioses y previa una larga serie de pruebas y tormentos que purificaban, de pasó, al agraciado, dignificándolo para penetrar sus misterios y disfrutar sus inefables maravillas.

Los españoles explotaron hábilmente estas supercherías y aún las refinaron con añagazas propias de su ingenio, a fin de arrancar al hoso silencio de los nativos el secreto de los tesoros y “tapaos” que suponían escondidos.

Cuéntase que para conseguirlo, realizaban el mito de la leyenda, llevando como “mediums” a los indios viejos de mayor prestigio, quienes, deslumbrados por la ciencia de los

hombres blancos y deseosos de adquirir su sabiduría, se dejaban llevar dócilmente por los taimados inventores.

El gran alzamiento encabezado por el andaluz Pedro Chamijo, apellidado Bohórquez, al efecto, fué una consecuencia del influjo de su viveza hispana explotada con singular artificio.

La salamanca estaba situada en lo más recóndito de las quebradas y hasta en los bosques de algarrobos que frecuentaban los nativos, casi siempre en alguna covacha o casa de piedra natural. Al iniciarse la prueba, el indio elegido debía ir con los ojos vendados y en profundo y ritual silencio.

Si la venda caía o el indio, desconfiado y medroso, intentaba quebrar la consigna, el sortilegio desaparecía instantáneamente. Mas, si por el contrario, el elegido sorteaba felizmente los rituales preestablecidos, todo le saldría como él quisiera, siempre dentro de lo que a su condición humana podía concederse.

Así pues, luego de un largo viacrucis por ásperos senderos y montes espinosos, orientándose a tientas unas veces y conducido otras por los "iniciadores", el indio penetraba en el sagrado recinto donde todo estaba ya listo para el oficio.

Aquí, las cosas se hacían litúrgicas.

Charlatanes aleccionados en la práctica del curioso ritual, imitaban el silbido de las serpientes y el ruido característico del vuelo del cóndor al par que otros, estratégicamente apostados, le pinchaban los músculos al infeliz, pasándole olas de fuego por sus vendados ojos.

Se oían luego músicas suaves y lejanas, tañer de esquilas, murmullos de fuentes y burbujear de marmitas.

De este ambiente saturado de música y de incienso, surgía la voz cavernosa del oficiante salmodiando en latín y luego en quichua y en castellano.

El salvaje oía todo, aturdido por el dolor y los perfumes

y temblando ante los ensalmos y el aire de hechicería que le rodeaba.

El sacerdote invitaba al indio a solicitar lo que deseara, previo juramento de contestar con verdades todo lo que le fuera preguntado.

Este pedía la inteligencia y el conocimiento de los blancos, la prosperidad de sus rebaños y los secretos para curar el “daño”, (9) que fuera abundante la cosecha de algarroba y, por último, que se le concediera la agudeza del instinto para encontrar por el rastro los animales extraviados y dar con las colmenas y allpamisquis (10) por el vuelo de las abejas.

Concedido todo esto, el sacerdote lo conjuraba a descubrir en nombre de Pacha-Camac y del Inti, (11) los secretos de que le suponía poseedor.

En el intervalo, sonaban dulcemente las esquilas y arreciaba la música del órgano.

El regreso se efectuaba en medio de un gran silencio y después de andar y desandar caminos, el iniciado se quitaba la venda, considerándose desde ese momento un ser predestinado, en posesión de una gran influencia sobrenatural.

Esta leyenda va borrándose en la memoria de los actuales montañeses. Con todo, aún quedan gentes simples que creen en la existencia de las salamancas y afirman haber oído músicas misteriosas en lo profundo de los cerros, a la hora de siesta o en noches de tormenta. En vano la ciencia y la incredulidad general les hablan de alucinaciones. Se ríen de la ciencia iconoclasta, soñando con hacerse ricos merced a la existencia de algún “tapao” (8) que con el tiempo habrán de descubrir.

No hace mucho, unos chuscos se burlaron de un pobre campesino cuya simpleza daba lástima, explotando su firme convicción respecto a una salamanca con un inmenso tesoro en su seno.

Le llevaron con engañas hasta una quebrada próxima en cuyo intrincado monte descubrieron una enorme “lachi-guana” (12).

Con los ojos vendados, como en el rito de la leyenda, lo acercaron al avispero y agitando las ramas de que pendía para enfurecer a los insectos, lo hicieron acribillar a picotazos.

El pobre hombre huyó despavorido, sin que se haya sabido si la brutal herejía le fuera de utilidad.

EL TEMPLE GAUCHO

Juzgados superficialmente por las gentes que no conviven en su medio ni lo han estudiado a fondo en su generosa psicología, los hombres del campo, llamados comúnmente gauchos, se nos presentan tristes, con una complexión sentimental muy propicia al llanto, hoscos y concentrados, de pocas palabras y hasta con una marcada prevención contra lo que sea gárrulo y festivo. Tales son, por lo menos, las características con que lo definen no pocos escritores, quienes han creído encontrar en el espíritu nativo la herencia de las razas adoloridas que poblaron nuestras comarcas y un brote lejano del carácter sombrío y nómade de los árabes.

Algo hay de acertado en tales juicios.

Pero, si prescindimos del tipo clásico de nuestras montañas, cuyo boceto psíquico hemos diseñado en otro capítulo, el hombre nativo de las campiñas argentinas es alegre, humorista y espiritualmente hospitalario, condición esta última que presupone un temperamento típicamente sociable.

En un ambiente exótico y con personas que no han frecuentado su trato ni han sabido ganarse su confianza, su

sencillez innata junto con su amor propio excesivo, le vuelven lógicamente reservado, tanto como es reservado, por discreción o por cálculo, el hombre culto de las ciudades, con la diferencia de que la reserva del campesino y su consecuente apocamiento ante las gentes instruídas, están muy lejos de ser artificiosos y taimados.

Filósofo por instinto y precavido por necesidad, escudriña las almas y observa silenciosamente los caracteres de sus semejantes, y, sean éstos de las ciudades, a los que sabe siempre dispuestos a "tcmarle el pelo", sean los de su propia estirpe rural, cuyas mañas conoce a fondo, si los advierte sinceros y espontáneos, les abre su corazón y se vuelca entero en toda su ingénita riqueza de afectos y sentires.

Su filosofía es entonces sencilla y creadora y su verba, sentenciosa y ufana, opulenta como la naturaleza que le nutre y caudalosa como los ríos de su suelo nativo.

Penetrando en el corazón de nuestros gauchos, lo que no es difícil si se ausculta generosamente en su complexión instintiva, se descubre en ellos un venero de honda simpatía y de puras y bellas emociones.

Su fácil emotividad le hace vibrar en intensas explosiones de afecto y le alza también en cóleras concentradas que estallan como los huracanes en la calma inquietante de los veranos tropicales.

En el gaucho hay siempre el alma de un niño, tímido al principio, juguetón y díscolo luego. Ama intensamente lo que ama, casi se diría que no odia nunca. Y, como los afectos intensos se traen fatalmente su secuela de infortunios y melancolías, el gaucho que los siente y acendra sin saber de disciplinas para contener sus impulsos, se juega entero por ellos y se incendia interiormente en un estoico sufrir de holocausto.

Este es casi su estado perpetuo, más concentrado aún

cuanto mayor es la opulencia de la naturaleza en que vive y sueña.

De ahí la leyenda de su tristeza, sea en su vida peregrina y árdua como en Martín Fierro y Pastor Luna, sea en su vida real de las estancias y campiñas, donde nuestro gaucho, en plena faena, pone la firmeza de su brazo y la nobleza sin límites de su corazón al servicio del progreso, que, sin alcanzarle, lleva hacia delante los destinos de su patria y cubre de una tradicional aureola de prestigio lo que va quedando atrás.

AVES ARGENTINAS

EL HORNERO

“FURNARIUS RUFUS”

El pueblo, que suele ser siempre el mejor jurado, ha resuelto por veredicto unánime, que el hornero, así llamado por la particularidad de su nido, sea el “ave nacional”.

Y a fe que le corresponde este título ya que, además de su admirable ingenio, que bastaría por sí solo para asignárselo, este pájaro es exclusivamente argentino, aunque el área de su dispersión lo ha llevado hasta los países limítrofes.

Varios ornitólogos, entre ellos Félix de Azara, hánse ocupado de este singular pajarito y el mismo Darwin, que nos visitara en 1835, regresó a su patria profundamente impresionado por el novedoso ejemplar argentino.

En virtud de su excesiva confianza y mansedumbre, no hay persona que no haya visto un hornero. Todos conocen

su nido, siquiera por haberlo hallado en los museos escolares, donde la curiosidad de los niños lo ha introducido con regular profusión.

En nuestro Jardín Botánico, yo he contado hasta treinta casetas, varias en pleno proceso de construcción y la mayor parte ya terminadas.

Observándolas, se descubre de inmediato que a sus constructores no les preocupa en lo más mínimo la orientación. La puerta del horno se abre indistintamente a todos los vientos, reparando el interior mediante un tabique divisorio, especie de mampara o paraván, que no es sino una prolongación en recodo de una de las alas de la puerta, — la izquierda en casi todas las casetas observadas — y que divide el nido en dos partes: la antesala o “recibidor” y el nido propiamente dicho, comunicadas ambas por una abertura superior, o sea lo que en nuestras habitaciones constituye la banderola.

Cuando el pájaro anida, lo hace siempre con la cabeza vuelta hacia el orificio, atento al menor ruido y listo para plantarse en la puerta y defender sus huevos a cualquier precio.

El hornito está sistemáticamente instalado en lugar abierto del árbol, medida de previsión que se puede observar muy a menudo en los postes del telégrafo, a cuyo tope parece desafiar a todos los intrusos, inclusive a los muchachos.

Su tamaño es casi siempre el mismo, siendo las diferencias que se notan a veces, más aparentes que reales, pues solo afectan al espesor de las paredes, sin alteración del volumen interior, fenómeno que obedece a causas circunstanciales. Si las lluvias escasean y la materia prima no abunda, las paredes son débiles, siendo, por el contrario, de gran espesor si el barro menudea en el dintorno.

A fines de Julio, comienza el bataneo en los pantanos, lentamente, alternado con nerviosos viajes y paseos, al pare-

cer sin un fin determinado, en los que luce su andar elegante y jactancioso, lanzando a los vientos el repiqueteo jubiloso de su canto, coreado en dúo.

En dos ó tres semanas, el horno está listo, comenzando entonces la parte que podríamos llamar romántica en la vida del simpático casal.

A veces resulta que por falta de lluvias se retarda la construcción. El ave sigue contoneándose muy ufana sobre el césped y a la sombra de los árboles hasta que un buen día llega la bendición del agua remojando las cañadas vecinas. Un repiqueteo de extraordinaria intensidad recibe al aguacero y la tarea comienza sin un minuto de tregua, como dos obreros albañiles que trabajaran a destajo. En la mitad del tiempo normal, el alojamiento está terminado, en este caso menos perfecto, desde luego, que en el anterior.

Mientras la hembra empolla sus cinco huevos blancos de los que por regla general solo fecunda tres, el macho corre con la provisión alimenticia consistente en larvas y arañas que rebusca entre las hierbas. En el intervalo, canta estrepitosamente, a cualquier hora del día, desde la madrugada hasta el crepúsculo, siendo su serenata matinal la primera que se escucha al iniciarse el jolgorio de las aves en holocausto al sol.

Por lo que al ave misma se refiere, ya se sabe que su color general tira al marrón canela, sin que sea posible distinguir en presencia de un casal cuál de ellos sea el macho y cual la hembra, pues el dimorfismo y el dicromismo tan general en las aves, con excepción de la paloma y el gorrión, es casi nulo en absoluto en esta pareja.

Su vuelo es recto y de corto tiraje, y como se caracteriza por ser un ave de costumbres sedentarias, frecuenta los mismos sitios y anida en el mismo edificio, a no ser que por la intrusión de los gorriones que les combaten sañudamente,

se vean obligados a reedificar el nido, tarea que emprenden con filosófica resignación, siendo en ésto como el hombre criollo, resignado y estoico, que abandona su casa, desalojado por las aves negras que le obligan a traficar con ella y vuelve a levantarla donde encuentra una cenefa de tierra libre bañada por el sol.

El hornero es un verdadero auxiliar del agricultor y por ese motivo es dilecto en toda la campiña argentina, donde se reproduce cómodamente sin los peligros que acechan a las otras aves, inclusive la lechuza, que con ser quizá el más poderoso aliado de los sembradíos y hortalizas, es la más calumniada y perseguida de las aves argentinas.

LOS ALAMOS

Su nombre técnico es: *Populus*. — L.

Su área de dispersión: Universal en la zona templada, escaso en la fría, casi nula en la tórrida.

Como elemento decorativo, el álamo no tiene rival. Cier- to es que hay árboles de una euritmia perfecta y de una simetría constante, como los enebros, las palmeras, el aliso y algunas juníferas muy apreciadas para el ornato de parques y jardines públicos, pero su aclimatación, además de difícil, es excesivamente costosa y no compensa prácticamente el lujo de poseerlos.

A la inversa de éstos, el álamo es una planta enjundiosa que a pesar de ser originaria de las zonas templadas, se alza generosamente en todos los climas y se le ve irse a las altu-

ras y penetrar en la atmósfera en una exuberante explosión de folias, desde la frígida Patagonia hasta la cálida Quiaca y desde el risueño vergel del litoral hasta las mismas cumbres de la cordillera.

Quien no ha recorrido el país en su zona subtropical, a lomo de mula, bajo la impiedad de un sol de fuego, abrumado por el cansancio, con la terrible angustia de la sed, en travesías que parecen interminables y que hacen más sofocantes el agobio general de los campos reseco y la falta de un árbol amigo donde sombrearse, no sabe la honda emoción y el júbilo alocado que se apodera del espíritu al divisar a lo lejos, en el horizonte ahumado por el vaho de la tierra, los grupos de álamos que son como los atalayas de los pueblos, como faros en la inmensa soledad de las campiñas. No menos intensa que la emoción de un naufrago al divisar los fanales de un barco, es ésta del paisano viajero que avizora en los horizontes la dilecta silueta del árbol amigo.

No importa que no se conozca el camino. El álamo, visible desde enormes distancias, mayores en las serranías, donde el aire es más diáfano, guía los pasos del viajero y le señala la ruta. ¿Fué previsión lo que hizo que nuestros abuelos plantaran con álamos sus quintas?... ¿Fué por su sombra o fué por su madera?... Lo cierto es que no hay una villa, una aldea, una casa, un rancho donde no se alce un álamo. Arraiga superficialmente en las llanuras y se abraza a las rocas en las serranías. Su flor que es pendular y cilíndrica, sale antes que las hojas y éstas, que aparecen trás la completa florescencia, son de un verde tierno con formas variadas.

Se conocen diez y ocho especies de álamo siendo los más comunes el álamo blanco (*populus alba*) indígena de España, de buena madera y de alturas que llegan hasta los treinta metros. El álamo temblón, casi general en todo el mundo

templado y subtropical. El álamo negro (*populus nigra*) de veinticinco metros de altura y de ramaje amplio y denso, muy extendido en España y Portugal. El álamo canadiense; el de Virginia, el carolino, llamado *populus angulata* por la forma de sus ramas; el álamo balsámico y muchos otros. El más común entre nosotros es el itálico. Esta especie fué introducida por el español D. Juan Cobo, en la provincia de Mendoza el año 1809, extendiéndose luego su cultivo por todo el país. Nuestros campesinos construyen con la madera de los álamos, cajones para envases, enchapaduras para muebles y muchos objetos que precisan madera liviana. Con las hojas se preparan ciertos diuréticos muy socorridos por la terapéutica casera.

El álamo era un árbol dilecto en el olimpo de los griegos, y como todas las cosas útiles, también tenía su leyenda: Faetón, hijo del Sol, fué precipitado en el Eridán (hoy el Pó, en la Lombardía). Las Héliades, hermanas de Faetón, lloraron su desgracia en las márgenes del famoso río durante cuatro meses y fué tal su desconsuelo, que los dioses las trocaron en álamos. Desde entonces, las riberas de los lagos, ríos y acequias, se adornan con el bello festón de sus hojas temblonas y balsámicas, mientras la copa penetra en el espacio en busca del sol padre, acaso con la inútil ansia de fundirse en sus besos.

LA MUJER ARGENTINA

La belleza física y moral de la mujer argentina es un lugar común en los juicios de los intelectuales y observadores que visitan el país.

Aparte de lo que tales juicios puedan tener de amables y circunstanciales, en el fondo es indiscutible que encierran una verdad fundamental, sobre todo cuando sostienen que la mujer argentina es el puntal de las instituciones y elemento de equilibrio y armonía en la familia y en el conglomerado social.

Nuestro hogar es esencialmente suave en virtud de la sedancia espiritual que irradia en ellos y el respeto a la tradición que hace de la mujer una reliquia de todos los tiempos.

Pero conviene hacer un distingo entre la mujer fundadora de nuestros hogares, la matrona por excelencia y la dama actual, heredera de su enjundia moral.

Aquella dividía sus atenciones entre la familia y sus devociones, con exclusión de todo aquello que constituyera la característica diferencial de los sexos. Jamás invadía lo que en su concepto legendario estaba destinado a los hombres.

Su hogar, su patria, su Dios. He aquí el tríptico donde encerraba todos sus afanes, subyugándose resignada y satisfecha al cumplimiento ritual de sus imperativos.

Era la vestal de las virtudes y sentimientos hogareños que hoy blasonan nuestra señorial tradición.

La dama de los días presentes ha complicado su vida con el cultivo de los deportes y vive más de prisa, en consonancia con las exigencias y modalidades del medio ambien-

te, robándose un tanto a su vida casera en holocausto a nuevos imperativos que así se lo imponen, lo que no importa disminuir sus valores morales y sí una superestructura de caracteres éticos y estéticos que la completan y definen.

Puesta así, a tono de lo que podríamos llamar contemporáneo, nuestra mujer es en lo físico una síntesis de la elegancia clásica: esbelta, flexible, garbosa en el andar; sencillamente natural, como que no tiene por qué echar mano de artificios dada su general complexión estatuaría, llena de nerviosos esguinces que le prestan una ingénita y seductora coquetería.

Por lo que respecta a su moral, bien se sabe que los hogares argentinos han heredado de sus fundadores coloniales la virtud capital de la austeridad, arraigada en el respeto a la autoridad paterna, el culto de la tradición, la inflexibilidad de los principios religiosos y sociales y la solidez del vínculo familiar, acendrado en disciplinas afectivas, propias sólo de nuestra stirpe nativa.

Moldeada en este ambiente, en el que se han conjugado los más diversos caracteres étnicos mediante la fusión constante de las razas, nada de extraño tiene que se juzgue a la mujer argentina como una de las más bellas y gentiles de la tierra, sin que sean ajenos a esta definición su amplia y exquisita cultura y su sereno valor para sortear los quebrantos y adversidades, virtud ésta que no es sino una revivencia gloriosa de las que fueran orgullo y blasón en nuestras damas de antaño.

EVANGELICAS

Amistosa ofrenda a la juventud argentina.

De los apotegmas bíblicos, éste de “honrar padre y madre” es el más bello y sublime de todos. La armonía y la estabilidad sociales se apoyan en esta honra.

Sin ella, la familia es un mito amasado en la discordia.

El viejo apólogo de aquellos tres hijos que fracasaron en sus esfuerzos por destruir el hacedillo presentado por el padre, encierra una gran lección consecuente a la solidaridad de vínculos.

¿Qué sería la humanidad sin este imperativo de los afectos ancestrales?

Honremos a nuestros progenitores para que nuestros hijos practiquen la ejemplar lección en nosotros mismos.

* * *

Tal vez entre los amigos no falte quien os aconseje velar vuestras ideas y adaptarlas al medio. Si así fuera, enrostradle su falta de afecto y de lealtad, pues os está invitando a ser hipócritas.

Vuestras ideas deben ser tersas y transparentes, penetrantes como una espada y potentes como golpes de almádena, no para herir a los hombres sino para zaherir sus debilidades.

* * *

No levantéis marejadas con el viento de vuestras impulsivas rebeldías.

Estudiad en los libros y en la vida. Aclarañ la visual y tamizad los conceptos. Aprended a distinguir lo que va de lo ideal a lo hacedero, y, cuando hayáis fortalecido el cerebro, serenado aspiraciones y purificado el corazón para llevarlo en la mano, echaos a las arenas de la lucha, no como el reciarío de los circos paganos, sino como el maestro divino, con la palabra ungida en la suprema virtud de la dulzura y la franqueza.

* * *

En cada gota de agua vive un mundo y a pesar de ésto es cristalina.

Si no podéis ser puros, sed por lo menos como el agua: transparentes.

* * *

Sed fuertes para los fuertes y generosos para los débiles.

No hay mayor cobardía que la de inclinarse ante los potentes y erguirse ante los miserables.

En todas las lides, procurad que los contendores sean por lo menos de vuestra talla, pero elegidlos siempre — cuando no podáis sortearlos honestamente — entre los que os honren con su victoria u os cubran de lauros con su derrota.

* * *

Todos los seres deben forjarse una personalidad por ser ésta el factor esencial de la independencía.

Sed personales y apresuraos a definiros antes que los demás influyan en vuestras modalidades y os esclavicen a las suyas.

* * *

El afán de discutir por contradecir, revela cultura ínfima y complejión espiritual arrabalera.

No discutáis jamás con seres de esta clase porque correréis el riesgo de confundiros en ella, pero sí, enseñadles siquiera sea dándoles la espalda, que para llegar a las alturas y contender en ellas, es condición previa tener alas y haberlas ejercitado en vuelos amplios.

EN LA TRILLA

COSTUMBRES VIEJAS

Todos los atardeceres son tristes y éste de los predios, sobre los que ha caído un crepúsculo definitivo, es una síntesis de todas las tristezas. — PASTORELAS NATIVAS.

I

En la vida rural de varias provincias argentinas, la trilla de las mieses en las pequeñas parcelas que cultivan sus labriegos, ofrece aspectos singularmente curiosos, desconocidos para el habitante de las ciudades.

Los hombres son hijos de las épocas y, como tales, trasuntan en sus costumbres y modalidades, los caracteres típicos que las definen.

Por eso, al correr de los años, vánse los hombres y con ellos todo el acervo solariego que constituye los cimientos tradicionales y honrosos de nuestro nacional orgullo.

Con estas ideas y con algo de nostalgia en el alma, lle-

gamos una mañana al puesto de don José Manuel Díaz, luego de zarandearnos a través de un campo bravío, cribado de vestustas huellas por las que discurríamos tratando de adivinar cual fuera la que a nuestro destino convenía.

Don José Manuel era un hombre de bella estampa selvática, recio de cuerpo y espíritu, de rostro trigueño sombreado por espesa barba greñosa y entera. Su sonrisa, que, más que un efecto de repercusión íntima, parecía un gesto congénito de sus facciones, le aureolaba de una serena bondad, tanto como su mirar amplio, claro y lejano, tal que si buscara las cosas fuera del límite de la común visual, dábale el aspecto de un hombre extasiado en los horizontes, en una como constante delectación estética.

Tipo campechano y nativo, tenía algo de aborigen y de hidalgo español, y, ya fuese en la ruda brega de la vida campera, ya en la ceremoniosa actividad de la ciudad a donde le llevaban de cuando en cuando sus pequeños intereses, ambos caracteres se conjugaban admirablemente, presentándolo como un acabado ejemplar criollo en el que supervivían todas las bellezas de lo clásico.

Puntilloso en el obrar y franco en el decir, nadie le había encontrado jamás un hueco vulnerable, aparte de que su hombría de bien, probada en cuanta ocasión fuera necesaria, le había granjeado la respetuosa simpatía de todo el mundo.

Motivo era éste para que su casa fuera el “apiadero” de cuantos tuviesen algo que hacer por los puestos, entre ellos nosotros, que al propósito de pasar un día en el campo, sumábamos un acicate sentimental.

—Apiensé (13) amigos — nos dijo afectuosamente, sin conocernos aún, en cuanto enfrentamos la tranquera, al par que corría hacia nuestro encuentro, en no muy amistosas demostraciones, una tropa de perros de todo pelo.

—“Bajesén”, no hagan caso de estos cuzcos, son puro ruido.

Libre el terreno de la perruna amenaza, nos dejamos caer no sin trabajo, pues la brava jornada nos había acalambrado hasta los huesos.

Tiempo hacía que nos vinculaba una tierna amistad con el dueño de aquel fundo perdido en los soleados desiertos de Capayán, a la vera del que en tiempos ya lejanos fuera camino real a Córdoba.

Así, pues, su efusión conmigo no tenía nada de extraña. Por lo que a mi camarada y colega atañía, la cosa cambiaba de aspecto en razón de ser ésta la primera visita que efectuaba al puesto desde su arribo a provincias.

Sin más que dos palabras de presentación, la que holgaba por otra parte, se dejó sacudir sin pronunciar él ni una sola, aturullado por lo espontáneo y cordial de la recepción.

Porteño nato, ignoraba en absoluto estas maneras tan típicas de la hospitalidad campesina, tanto más afectivas y generosas, cuanto más adentradas en la zona norteña y montuna del país.

—¿Qué le parecen estos pagos, amigo? Esto no es “Güenos Aires”, ¿eh?

—En efecto, — le contestó el porteño — pero esta vida tiene encantos con los que no se sueña siquiera en las ciudades. La sencillez de las gentes, su extremada generosidad, su carácter... sus modales... son cosas que yo conocía sólo en los libros y que suponía ya extinguidas con el esplendor solariego de nuestros antepasados. Confieso que estaba equi-

vocado al juzgar la crisis de valores espirituales como un mal general y definitivo. En estos pueblos, señor, se mantiene incorruptible la vieja hidalguía nativa.

Este discurso y otras cosas que le fueron saliendo en cuanto abrió la boca, llevaban trazas de recorrer la gama completa de las alabanzas, por lo que con toda la discreción que el caso exigía, intervine cortando la gárrula expansión de mi colega.

—Nos dijeron que hoy trilla, don José, y hemos venido a presenciar la faena. Allí podrá este mozo rectificar otros juicios.

—Primero le han de echar algo al estómago, muchachos. ¡O andan ayunando de traspaso? (14).

¡A ver, Justino! — llamó dirigiéndose a unos puesteros que ajetreaban por los alrededores — matá un chivo de los gordos para obsequiar estos amigos. ¡Volando!

Y diciendo y haciendo, nos empujó hasta el zaguán de la casa, donde una bien peinada morocha nos esperaba en guardia, con el mate listo.

II

¡HUIRA! BURRO, ¡HUIRA!

La trilla no era operación que pudiera despreciarse, en particular para mi compañero que había oído hablar de ciertas liturgias y deseaba comprobarlas en el terreno.

Junto a la era, los peones habían comenzado ya las tareas preliminares, no menos interesantes que el resto de la faena.

Tres parvas que la rodeaban en triángulo, fueron demanteladas en pocos minutos, a cuyo efecto, y en el centro

de cada una, se había trepado un hombre, horquilla en mano, instrumentó ritual construido con tallos lisos de “schinqui” (15) o tusca y terminado en tridente, con el cual pinchaban las gavillas arrojándolas por lo alto al centro de la era.

Varios muchachotes metidos en sombreros que el tiempo había convertido en “pirhuas”, (16) rompían y desparramaban las gavillas de manera que fueran formando capas uniformes sobre el terreno.

La era, llamada propiamente trilla en todo el norte argentino, afecta invariablemente la forma de un círculo, con rebordes para evitar la fuga de la mies.

En el centro de este rueda que se construye en terrenos de tosca, desbrozando el suelo hasta dar con ella, se clava un grueso tallo de retama de metro y medio de altura, rematado en horqueta.

Tal es la sencilla cama o nido donde va a efectuarse, después de la siega, la más curiosa y capital de las escenas rurales de tierra adentro, especie de operación cesárea indispensable para abrir las espigas y extraer el grano.

Los individuos de las parvas llegaron a las bases sin mayores contratiempos, pues que a menudo suelen encontrarse en ellas víboras, zorrinos y otras alimañas que las hallan muelles para instalar sus viviendas.

Las vizeachas y quirquinchos especialmente, las horadan sin piedad en procura de su bien provista despensa.

Listo ya el colchón de la mies, un muchacho trajo tres burros, acollarados a distancia conveniente para que pudieran moverse con relativa libertad. Recogidos y cabizbajos entraron éstos, con rebeldías de chicuelos que barruntan una zurra. El más pequeño de los tres, un cambujo algo novel en la faena, fué asegurado al palo central con una triple collera sin nudos a fin de que pudiera deslizarse sobre el eje.

Apareadas a los asnos seguían tres mulas cargueras por orden de tamaño y terminando la ringla, otras tantas yeguas, dos de las cuales quedaban fuera del tendido, en reserva para cuando se extendiera el radio de la “cama”.

Detrás de esta cuadriga tan heterogénea, se colocó uno de los muchachos a guisa de arriero, caballero en un jameigo rezago, blandiendo en la diestra una larga y flexible picana.

Lo que se inició entonces fué un mareante y continuo voltear del ganado que arrancó desconcertado al grito de “huira, burro, huira serrana”, girando luego en forma regular así que dieron las primeras vueltas en torno al eje. El juvenil arriero distribuía puntazos a diestra y siniestra, estimulando ora a los burros, ora a las yeguas orilleras sobre las que descargaba sendos y sonoros garrotazos.

¡Huira, burro, huira!

Las yeguas andaban a un trote regular y sostenido, mientras el cambujo del palo, discurriendo vaya uno a saber qué asnales filosofías, marchaba al paso, hundiendo el hocico en la mies a cada vuelta.

Desde los bordes de la era, los puesteros, a golpes de horquilla, volvían las gavillas que estaban debajo, las que a su vez pasaban a la superficie donde el bataneo de los animales las desmenuzaba de inmediato.

Como la tarea “iba para largo” don José Manuel nos invitó a sombrearnos debajo un tusecanal cercano donde su previsora hospitalidad se había cuidado de hacer llevar algunas enormes sandías.

Aquello fué la gloria, pues comimos a destajo, con voracidad de chiquillos, hundiendo las manos en el corazón sangriento de las sandías y bebiéndonos luego el jugo en las mismas cáscaras, abiertas en canal. ¡Tan libres nos sentíamos bajo esta plenitud de cielos provincianos que no ha sido ni será conquistada por ninguna clase de invasores! Sólo los

que no viajan, los brutos y poltrones ignorantes que siguen el consejo de Eduardo Wilde, nunca sabrán del incomparable encanto de nuestras campiñas a la hora en que la virgen naturaleza abre sus nectarios y los ofrece, amplia y generosa, a la delectación de los que aún tienen espíritu y saben comprender sus íntimos poemas.

¡Huir burro! ¡Huir Serrana!



El juvenil arriero distribuía puntazos a diestra y siniestra

LA AVENTADA

(LA TRILLA, continuación).

Pesadamente y a fuerza de esguinces acrobáticos, volvimos a la era al tiempo en que, ya bien trituradas las espigas, desamarraban los animales soltándolos por los rastros y abrevaderos, operación que los brutos, como en una secreta consigna, agradecían con ruidosas e irreverentes efusiones, arrancando en una zarabanda de relinchos y corcovos para detenerse fuera de tiro a mirar el efecto de sus gracias.

Inmediatamente se dió comienzo a la segunda parte de la faena, consistente en juntar la trillada en un montón central.

En pocos momentos se formó una montaña perpendicular a la dirección de los vientos, semejante a un lomo de ballena en cuyo centro el palo de retama figuraba un colosal harpón clavado hasta la horqueta.

Ambos costados del lomo fueron barridos “como una sala”, según la certera observación de mi colega, que seguía entusiasmado el proceso para él tan singular de la faena criolla.

—¿Por qué — le preguntó a don José — se hace esta limpieza de ambos lados?

Sonrió el hombre y le miró con aire investigador. No concebía que nadie, por más porteño que fuese, ignorara el motivo de un hecho tan común.

—Mi amigo, — le dijo así que se convenció de que no le estaba “tomando el pelo” — se limpia de los dos lados por-

que aquí el viento corre de donde le da la gana, sin que nosotros, intervengamos para nada en ello. Si viene del sur, aventamos para el sur y si corre del norte, aventamos para el norte.

Medio picado por la ironía de la respuesta, mi compañero vió en ella un claro por donde colar una venganza y se metió por él.

—¿Y, porqué, entonces, no barren en el sentido circular de la rosa de los vientos ya que puede correr de este a oeste si así se le ocurre?

Volvió a sonreír el buen hombre y acercándose al porteño para golpearle fraternalmente la espalda, le largó este otro informe no menos rotundo:

—En las montañas, mi querido amiguito, los vientos corren en el sentido de los valles y los contrafuertes que los bordean. ¿Ve Ud. éste? Pues está abierto por el sur, y, como esa abertura es la única puerta que tiene, por allí salen y por allí se cuelan.

La observación era certera y mi acompañante tuvo que morderse los labios.

En esto comenzó a soplar una fresca brisa nortea, y de inmediato, los hombres hundieron las palas o bieldos en la paja cargada de grano, para arrojarlas por lo alto en un experto y gracioso voleo, en sentido inverso al viento.

El trigo caía como una lluvia de oro sobre el espacio limpio y la paja, más liviana que aquél, bandeaba la era cayendo al otro extremo.

Si el viento es continuo, la operación queda lista en pocas horas, dos o tres a lo sumo. Pero suele acontecer que las rachas corren con largos intervalos. En tales circunstancias, está obrando sobre la faena un hado maligno al que la tradición aconseja alejar recurriendo a un curioso exorcismo. Ambos venteadores levantan con la mano derecha una puña-

da de miés y la arrojan al espacio llamando al viento con silbidos a dos tonos cromáticos muy suaves, a la manera del conocido canto del “crespín” y a veces en uno solo, si el viento no acude al primer llamado, largo, triste, con regulares intervalos.

Rara es la vez que este procedimiento no da los resultados esperados, según nos lo juraron los venteadores, estimulados por nuestra pertinaz ineredulidad.

Cuando regresamos a la casa del tranquilo fundo, el sol había traspuesto ya las cumbres cercanas, envolviendo en un baño de oro-cobre las quebradas del cerro frontero.

FOLKLORE VEGETAL

EL ALGARROBO

(PROSOPIS ALBA — PROSOPIS NIGRA)

Este árbol autóctono de las regiones argentinas, merece los honores de la más cálida apología.

Ninguna otra planta de nuestra flora particular puede ostentar los blasones de su legendaria estirpe.

Bello y opulento, diseminado por toda la zona templada y cálida del país, no desdeña ni los jardines ubérrimos ni los desiertos hidrópicos, y, con la misma ufana gallardía con que larga el airón de su fina hojarasca hacia todos los vientos de los llanos, se afirma en el pedriscal bravío de los alcores y se abraza al peñasco inaccesible de las cumbres como un ilusionado explorador de alturas luminosas.

Porque este árbol tropical, nacido en el caos de las primeras estratificaciones geológicas con el designio inmanente de servir a la humanidad, hunde su follaje implorante en la entraña de la atmósfera para descuajarla en lluvias y abre sobre el rescoldo de los médanos nativos el magnífico parasol de su fronda vigorosa, con mayor dilección por los parajes abiertos donde arden los resoles y se chamuscan los arbustos.

Bajo su sombra se agazapan las bestias y capean los hombres las borrascas, y, acaso para justificar su prestigio de árbol choza y su arcaico abolengo de árbol faro, cuando arrecian las ventiscas y se hacen insoportables las reflamas, silba en su tallambre la flauta polifónica de Eolo y lanza su agorera carcajada la chuña atisbadora de horizontes, al tope de su ramaje.

Como un milagro de los valles tristes, allí donde alza su techumbre amiga, surgen los ranchos vencedores del desierto y arraigan los hombres sus ilusiones y su prole.

Por lo que respecta a su pasado, la historia del algarrobo no es menos brillante. En la magna epopeya de la conquista, tuvo una destacada y singular participación. Todas las razas de las regiones calchaquinas se nutrieron con sus frutos, y las huésteres conquistadoras de Almagro y Diego de Rojas, exhaustas y sedientas, compartieron con aquellas la fruición de la exquisita añapa, la refrescante aloja y el alimenticio patai.

Fué en realidad el “árbol nodriza” de las primeras fundaciones en tierra indígena.

Los naturales le llamaban “tacu”, vocablo que se traduce por algarroba o algarrobal, y allá para la época en que comenzaban a madurar los frutos, las mujeres con sus hijos, y a veces familias enteras, se instalaban en los bosques, iniciando lo que llamaban “Fiesta de la algarroba”, verdadera orgía ritual en honor de Pacha-Mama, con bailes y cantos

apologéticos alternados con los melodiosos “haillis” y el llanto triste de las famosas quenás.

El algarrobo, que suele irse hasta quince y más metros de altura, con un tallo colosal y una ramazón siempre vigorosa, ofrece un gran contraste en sus pequeñas hojitas compuestas, a manera de finos peines de doble dentadura, sumamente sensibles a la brisa, lo que suele valerle también como al álamo el apodo de “temblón”.

Este follaje se renueva cada dos inviernos en los sitios reparados, quebradas, etc., y anualmente en los campos abiertos.

Sus matojos son de un verde tierno y sus flores, colgantes en racimos de un solo pedúnculo, casi microscópicas, de color amarillo pálido, rodeando en número considerable al cabillo central, cuyas dimensiones llegan a seis y hasta ocho centímetros.

La planta es monóica a andrógina, pues en un solo cabillo peduncular nacen flores de los dos sexos.

Los indios llaman “pichusca” a la algarroba en ciernes y “tacu-yuyu” a la verde.

Cada árbol tiene sus frutos de forma particular que no varía con los años, pero es rarísimo encontrar dos plantas que tengan vainas iguales, a menos que sean de una descendencia inmediata y directa.

Otro tanto ocurre con el sabor, dándose a menudo el caso de que, en plantas filiales, el gusto sea distinto. La influencia de los árboles vecinos, suele alterar la característica de muchos, tal como sucede con la fusión de las distintas razas humanas.

Hay dos clases de algarrobos, sin contar como clases distintas a las intermedias como la “panta” y algunas otras que parecen híbridas de las dos primeras: el blanco, llamado técnicamente “*Prosopis alba*” y el negro: “*Prosopis nigra*”.

Este, que no es tan bello ni frondoso como su congénere, es en cambio más abundante y se halla formando extensos bosquesillos, a cuyo amparo las mujeres se pasan semanas amasando “guaguas” (17) y cociendo los “ladrillos” del dulce patai.

La algarroba es de una potencia alimenticia extraordinaria, motivo para que los hacendados la compren a buen precio para el engorde de sus ganados, no así los pobres que la conservan en “guaspanes” o “pirguas”, para su propio sustento.

La madera de ambos algarrobos tienen múltiples aplicaciones siempre que se los industrialice en vivo, pues el árbol secado espontáneamente sólo sirve como combustible.

En todas partes se designa a las plantas con sus respectivos nombres, así la higuera, el naranjo, el ombú, la tusca, el quebracho, etc. Sólo el algarrobo es llamado sencillamente “el árbol”, con lo que se da a entender que esta importante leguminosa, acaso la mayor de nuestros campos, es, por antonomasia, la única que merece bien su título.

EL OMBU

(PICURNIA DIOICA)

Esta hermosa planta de la familia de las fitolacáceas, cuya prosapia de origen se disputan ambas repúblicas del Plata, ha inspirado una simpatía próxima a la veneración, quizá porque, como a ninguna otra, la naturaleza le ha deparado una situación de privilegio, ya junto a los poblados máximos, ya en el solemne aislamiento de la llanura argentina.

¿Qué otra planta puede ostentar como ésta los blasones que le han hecho famosa?...

Bajo su amplia y bruna copa, la indiada planeó el malón a los poblados y el ataque a los fortines, y la conquista vindicadora del desierto le hizo albergue de su larga brega.

Mudo atalaya de dos razas, el ombú fué testigo de sus luchas hasta que la civilización avasallante quebró el furor ancestral de los nativos y entregó a la industria fecunda las vastas soledades del sur argentino.

Fué toldo y fué tapera. Fué refugio en los incendios con



que el salvaje impedía la persecución de sus hordas y fué morada cuando el progreso destacó sus primeros paladines.

La gratitud del gaucho primitivo, nómada y perseguido, le ha levantado un altar en los corazones criollos y ha exaltado la leyenda de los torneos musicales bajo el magnífico alero de su copa.

Martín Fierro y Santos Vega, los númenes gauchos de la pampa, trovaron sus cuitas bajo el protector silencio de sus ramas y en la noche alta gimen las tórtolas y se quejan las ánimas deambulantes en un extraño remedo de todos los ecos.

Arbol dilecto de los poetas, las décimas y madrigales escritos en su loa llenan los libros del cancionero nacional, y, ya sea en la epopeya de la Cautiva, ya en la sencilla improvisación del trovero popular, su centenaria arrogancia traspasa las lindes del común afecto para convertirlo en numen inspirador y en dios tutelar.

La lira olímpica de Obligado y Echeverría no es más elocuente que la guitarra de Betinotti para cantar su prestancia.

Y el ombú sigue paramoso, solitario y esquivo, jaloneando en el presente atrafagado y profano de las colectividades, las etapas heroicas del pasado argentino ennoblecido en la brega y enaltecido en la tradición.

Arbol refugio y árbol nido, opone a las tormentas demolidoras su recia contextura de siglos y en su amparosa serenidad de viejo asceta, se abollan los pamperos y palidecen las reflamas.

Su cuna parece ser Buenos Aires, aunque para sostener lo contrario los cisplatinos citan el caso de encontrarlo formando compactas colonias en Canelones y otros lugares de su territorio.

Tengan o no razón los estudiosos y polemistas que de ello se han ocupado, lo cierto es que el ombú es desconocido

en otras regiones del globo y puede afirmarse con el poeta que si “cada comarca en la tierra tiene un rasgo prominente”, cualesquiera de las pampas, la nuestra o la oriental, tiene en el ombú su rasgo característico.

A pesar de todo, sus valores como árbol nativo no justifican el plebiscito que le confirió el honroso título de “árbol nacional”, en primer lugar por que no es ni el más difundido ni el más útil de los árboles autóctonos y luego, porque un juicio entre gentes que no conocen más que el ombú y los caldenes, necesariamente debe volcarse por aquél.

Este valioso ejemplar ornamental de nuestra riquísima flora, no tiene precisamente la estructura propia de los árboles y sí mucho de las hierbas, por lo que se le debe considerar como un herbáceo gigante.

Cuando es tierno, su tallo puede ser hendido con la uña, conservando toda su vida una adiposidad pulposa que lo hace inútil hasta para encender un fuego.

Su largo existir le obliga a ser rechoncho, y, como nace solitario, y es, por temple, combativo, hunde su planta y se afianza en el subsuelo con una tentacular raigambre que le nutre por varios siglos y le asegura su invulnerabilidad para los vientos.

Los ombúes que suelen nacer en el dintorno por un milagro de sus nupcias seniles, petulantes y engreídos se inflan por el cuello, se agarran bien a la tierra, y sólo cuando están seguros de su firmeza, sueltan por lo alto su frondosa arrogancia, muy ufanos del singular papel de sus destinos.

Pero los jóvenes no abundan en las pampas porque como es planta dióica, y por lo común se corta sola, suele muchas veces morir sin descendencia.

En los jardines y plazas de las ciudades son más fecundos, por cuanto se unen en las vecindades plantas de ambos sexos, perdiendo con ello la salvaje rebeldía de los que no

han sido conquistados. ¡Cosas de la civilización, que doma los instintos, sea en las bestias, sea en las plantas, esclavizándoles al dogma ciudadano que les hace andar y vivir al ritmo de la famosa admonición cristiana: “Creced y multiplicaos”!

EL CHAÑAR

(GURLIEA DECORTICANS)

En toda la zona norteña del país, picando especialmente hacia la montaña; se desarrolla esta planta indígena de tallo liso y geométrico, verde en sus primeros años y recubierto de una ligera corteza gris bermeja en la edad madura.

Su ramaje algo hirsuto en el llano y más elegante y suelto en los montes y altiplanos, es siempre recio y engrañado, motivo para que los cachilos y “pumpunas” (18) instalen en él sus nidos y le tomen por guarida las víboras arbóreas que catan sus frutos y se engullen glotonamente los pichones.

Se le encuentra a la vera de los caminos, en los cercos y patios familiares, en los latares y tierras en escajos, al borde de las eras y hasta formando tupidos bosquecillos en los rastrojos de cultivo y en los bañados.

Crecen espontáneos, sembrados en su mayor parte por las deyecciones de las bestias que se deleitan con los frutos.

Sus hojitas pecioladas, de un verde ceniza análogo al color del tallo adulto, no guardan proporción ni con la planta, que por lo alto llega hasta diez metros, ni con el desarrollo de los frutos que sobrepasa a menudo al de las más robustas aceitunas y que, como éstas, cuelgan ya en racimos

de tres y cuatro, ya solitarias, de un largo y flexible pedúnculo.

Aunque tiene bien ganada su alcurnia de árbol perenne, su madera se desmorona fácilmente a poco de secarse y no tiene por ello ninguna aplicación.

Algunos naturalistas le hacen provenir de Chile, en cuyas regiones cálidas es notoriamente abundante, si bien con menos corpulencia que en el noroeste argentino, región de tosea que prefiere para su desarrollo.

Es planta monóica y su florescencia se efectúa de septiembre a noviembre con ligeros retardos de origen climático en las regiones altas.

Sus flores de un suave color amarillo, no pasan de un centímetro, pero las da el árbol en tal cantidad, que parece en su época, constantemente bañado en sol.

Aunque su característica no es el fruto en vainas o legumbres, esta planta está clasificada como una leguminosa papiionácea, que lo produce carnoso y con una sola semilla, muy semejante al del olivo.

Tiene una pulpa áspera y repugnante al gusto, lo que no impide que sea para mucha gente un comestible deleitoso.

Cuando aprietan los calores estivales, estos frutos se hinchan en pocos días, tomando un tinte color chocolate que luego se convierte en un amarillo fulgurante.

En este estado, una leve brisa los abate a granel en una lluvia de oro que alegra el corazón de las doncellas con la promisoriosa ventura de las vendimias amables, paralela al regocijo de los zagales por la época en que se trillan las mieses y se llenan de rumores y animación las eras y graneros.

Con los frutos del chañar, las hacendosas mujeres del norte fabrican una excelente aloja de propiedades laxativas

y sabor análogo al de la sidra, que adquiere, una vez fermentada, todas las características de las bebidas alcohólicas.

Pero el objeto principal de su recolección estriba en la fabricación de un aromático arropo, que la farmacopea moderna recomienda como un poderoso antídoto para las anginas y un sedante insustituible para muchos desarreglos orgánicos.

DRAMAS MICROSCOPICOS

Medio escondido entre la abigarrada vegetación de una infecta laguna de aguas dormidas, se paseaba tranquilamente un ser de aspecto horripilante cuya vista sola causaba un indescriptible crispamiento.

Su cuerpo, pulposo y grisáceo, se enderezaba al moverse, sostenido por ocho largos palpos, algo semejantes a los de una tarántula gigantesca, rodeados de centenares de agudos dardos cargados de mortífero veneno.

Entre las ramas donde acechaba el monstruo, apareció en un salto brusco otro ser de pesadilla. Semejaba una enorme locusta sin pinzas y su cuerpo alargado era de una transparencia tal, que se veía latir el corazón en su interior.

Acercóse inconsciente del peligro, rozó un tentáculo del monstruo y se recogió instantáneamente. Mas por rápido que fué su movimiento de guardia, el enemigo fué más rápido aún. Como un relámpago alargó uno, dos tentáculos, palpó y asió como una tenaza. Siguió una lucha a muerte, agitando y revolviendo la masa infecta de su alrededor y la víctima cedió ante el veneno, siendo devorada en un instante.

Un segundo drama se desarrolló en una rápida corriente de un líquido espeso y oscuro que se deslizaba entre rugosas y estrechas paredes.

Esta corriente arrastraba un ser informe, sin cabeza, sin cola y sin color, que a veces parecía una serpiente contráctil y elástica y otras un tronco sin ramas, porque a medida que se movía, cambiaba de forma.

Era un ser espantoso, imponente, cuyo destino era destruir. Buscaba, sin duda, algún remanso de la corriente para dedicarse a su siniestra obra. De pronto chocó con una cosa blanca, viviente, que apareció de improviso como una creación instantánea. La masa blanca era también informe, pero al revés de la otra, su destino era bien distinto. Este ser era un destructor de destructores. Al ver a su taimado enemigo que avanzaba cautelosamente, se avalanzó sobre él, lo envolvió con su cuerpo y lo devoró de inmediato.

Los dramas descriptos fueron captados por el ojo avizor de un microscopio.

El primero sucedió en una gota de agua de charca. La feroz araña era una hidra de tamaño no mayor que la cabeza de un alfiler. Su víctima, una pulga de agua.

Los seres del segundo drama, se encontraban en una vena: el corpúsculo blanco de la sangre exterminaba a un terrible microbio.

I

¡CUESTA ARRIBA!

(DE PASTORELAS NATIVAS)

Héme aquí cabalgando en un magro rucio, camino de los Angeles, por un sendero de cabras, cuesta arriba hacia las cumbres, luchando con la “puna” (7), llenas las manos y la cara de rasguños, sin defensa contra la hosca jactancia de las breñas y el terrible armamento de los “churquis” (20) y cardones, todo por visitar a un viejo amigo de mi padre que vivía como un ermitaño en el corazón de aquellos montes, esquivo a las francachelas de las gentes, que le tenían por loco.

—¡Anda! — me dijeron — vale la pena de hacer un viaje para verlo a don Matías y pasar una semana cazando vizcachas.

Valía la pena, en efecto; pero nadie se ofreció a llevarme allá, debiendo hacerlo sólo, para evitarme las trufas que me echarían, por tenerle miedo al cerro.

—Cuando allá llegues, si es que llegas — me atizaron por la espalda los muy chuscos — procúrate un guía. Y se rieron luego tras del consejo.

Quien no ha hecho alguna vez una jira por los cerros, no tiene la más leve idea del valor temerario y la resistencia física necesarios para afrontarlos. ¡Hay que tener agallas!, como dicen los criollos, y, aunque yo carecía de ellas o por lo menos ignoraba que las tuviese, me di a suplirlas con un poco de amor propio y otro poco de exaltada curiosidad,

mezclada ésta con cierto recelo que yo sentía discurrir por dentro poniendo freno a mis impulsos.

Atravesé un latar de varias millas, al trotecito suave del menguado caballejo, y en menos de una hora enfrenté el exiguo boquete de la quebrada por la que debía introducir mi pobre y temblona humanidad.

¡Y aquí comenzó Cristo a padecer! La dichosa quebrada y el camino a los infiernos debían ser parientes cercanos, malgrado la pintoresca y amable descripción que de éste hacen los catequistas.

De entrada nomás y luego de trepar un talud gredoso que flanquea el río al desembocar éste en el llano, me sentí apretado por una doble cintura de montes bravíos y horriblemente escarpados que parecían prontos a descuajarse sobre los abismos y que se alargaban hasta juntarse en las alturas lejanas con el espinazo principal del cerro, columbrado apenas entre jirones de azulada niebla.

De estos montes y de las hendeduras de los peñascos rojizos que los acantilaban, pendían racimos de “chaguares” (21), “caraguatáes” (22) y “cereus” (23) de mil especies, y se iban por lo alto, mezclando sus ramajes, los fragantes molles, los espigados viscos y los talas y quebrachos que debían ser colosales, a juzgar por el tiraje de sus tallos que yo veía en perspectiva oblicua y que, quién sabe por qué milagro de gravitación, se mantenían firmes y enhiestos entre la doble atracción del abismo y de los cielos.

El viejo jamelgo seguía prudentemente la sinuosa huella, obligando al caballero a cuerpearles con rápidos esguinces a las hostiles ramas de los mistoles y “sombras de toro” (24) que obstruían literalmente el paso.

En sentido inverso, y acaso con la misma ansia de espacio que yo iba sintiendo, se abría paso el río, amortajado en la honda umbría por un mar de frondas verdinegras.

Le tuve fraternal envidia, aunque por el rebombe que producía en los saltos y despeñes, bien me daba yo cuenta de que su brega por salirse al llano, no era menos brava que la mía para escalar el monte.

Miré hacia el valle y vi sus predios luminosos en la lejanía de los campos abiertos, como un paisaje de mieses doradas, visto por el vano de una ventana.

Penetrando en el corazón del monte, la vegetación se hacía menos intrincada, dejando grandes claros por donde penetraba la luz plena, reflejada por las nubes. Sólo en las rincóneras y aristas de las quebradas convergentes, el mar de frondas continuaba denso, sin ceder un palmo al terreno libre.

Coronando las cimas veíanse ahora panzudos “yuchanes” (25), y uno que otro pino de los que luego habrían de menudear, así que fuésemos, jinete y jamelgo, buceando más en la entraña del cerro.

Bordeando los taludes del caminejo, pendían enormes helechos, azucenas en flor y no pocas higueras silvestres con la tentación de sus largos frutos amarillos, ásperos al gusto pero exquisitamente dulces y sabrosos, a la manera del conocido “kaki”.

Yo seguía faldeando barrancos y peñascales obsesionantes, cuesta arriba, siempre cuesta arriba, inclinado sobre las crines del rucio que casi tocaba con el hocico la pedrisca del sendero, mientras la montura iba cuesta abajo por el arqueado lomo del paciente animal, rebelde a la línea ascendente y demasiado amable con la ley de la gravedad, que amenazaba sacarla por la grupa con caballero y todo.

Al llegar a un altillo desde el cual el sendero se largaba bruscamente hasta el río, hice un alto para apretar la cincha y volver el recado al sitio normal.

Hecho ésto, monté de nuevo y me hundí en la quebrada donde canturreaba la cristalina corriente.

II

LA FLORA DE LAS SIERRAS

El camino se prolongaba ahora por el mismo lecho del torrente, bruno en pleno día por la tupida selva que coronaba los ribazos y bancales de ambas orillas.

Gigantescos “arrayanes” y “matos” (26) cruzaban por arriba sus florecidas copas y en todas partes, en la orilla, entre las grietas del peñascal inaccesible, en el lecho mismo del río, en la rampa del frente y hasta la media altura de los taludes que caían al lecho madre por los dos costados, la suave cascada de los sauces llorones formaba cortinas densas que llegaban hasta el agua, mientras que a la inversa de éstas, los cebiles, viscos y quebrachos penetraban en las alturas en unaalzada inconcebible.

Y en todo el ámbito, con acentos que desvanecía o vigorizaba la brisa montañera, se oía una soberbia polifonía de cantos y de trinos, entre los que imponían sus acordes las mágicas armonías de los breveros y las reinas moras.

A falta de coca, me puse a masticar hojas de mato, indicadas en substitución de aquella para combatir el abrumo general que provoca la “puna” (7) y que venía sintiendo desde que comencé la empecatada aventura.

Varios metros río arriba, el camino dejaba la corriente y se hundía en un bosquecillo de flexibles cañas coronadas de un blanco plumero. Estaba ya en el Carrizal, sitio medio entre el llano y el portezuelo.

Al salir de éste, nuevos matices florales se ofrecieron a

mi vista un tanto abrumada de belleza. Flores por doquiera, largos asfódelos rojos y amarillos que surgían como por milagro de las grietas rocosas, enormes flores colgantes, margaritas y “aleluyas” (27) tapizando los troncos y alfombrando literalmente las peñas, el fragante “corpus” mezclado a las blancas campánulas de los bejucos, y las rosadas y estriadas de las enredaderas leguminosas, el “té del burro” asomando su cabeza de víbora entre la yuyada olorosa, la “doradilla” (28) y la yareta, pequeño helecho negro y crespo la primera, y especie de gruesa barda parásita con flores microscópicas de umbelas la segunda, flores rasantes de diversas musgíneas, olorosas algas y... dominando todo este cromo de naturales maravillas, el vivísimo rojo y gualda de las “achiras” (29) sobre las que paseaban su nerviosa esbeltez, mariposas azules y esmaltados picaflores.

El aire estaba embalsamado por mil esencias camperas, destacándose la suave fragancia de la menta, del tomillo silvestre y del aristocrático espliego.

Mis aficiones científicas y mi gran devoción por la naturaleza hubieran tenido aquí para largo tiempo y mayores deleites, pues aún encontré en las escarpaduras de los taludes formados por un brusco recodo del cauce, nuevas maravillas en los lirios blancos y rosados que abrían sus corolas sobre la caricia del rocío, que subía desde el torrente en una espesa niebla.

Pero bien me daba yo cuenta de que si no apretaba el paso, me tomaría el crepúsculo en plena quebrada, y esta perspectiva no era cosa que pudiera resistir mi temerosa complexión.

Hasta aquí había flanqueado con relativa comodidad la briosa montaña, siguiendo el curso a la inversa del arrastrado torrente que dejaba oír su continuo rezongo entre la umbría, pero a partir de este tramo, el camino daba el adiós

a su compañero y se trepaba en zigzag, buscando la cima del monte que nos cerraba el paso, mientras aquel torcía el recodo y se perdía cerro arriba, vaya uno a saber en qué desconocidos y terribles antros.

Me agarré pues a las crines y picando al noble animal cuya serenidad me prestaba bríos, en pocos minutos estuve en el ansiado portezuelo, definitiva abertura por la que podía colarme ya tranquilamente en el pueblujo de los Angeles, arcádica villa cuyos fundos se veían ya envueltos en la penumbra crepuscular.

Desde el fondo, subía hasta el portezuelo el jadear de los ríos, y el rebombe del aire traía desde las quintas ubérrimas del poblado, hálitos de tambos y olor de pomas maduras.

Ya estaba, pues, a buen recaudo.

¡Había sorteado incólume las dificultades de la brava travesía!

LAS ILLAS

Todos los pueblos, desde su caótico origen, sea éste profano, científico o bíblico, han sido y siguen siendo supersticiosos porque creen en la superexistencia de uno o varios dioses. Y, como los dioses son siempre invisibles aunque el artificio y la inventiva humana les haya corporizado en íconos y símbolos, sus manes son siempre arcanos y, por consiguiente, su influencia escapa a la visión inmediata de los seres de carne y hueso.

En vano la ciencia y la filosofía se afanan por imponer sus principios. Todo lo que admira, extraña o inspira temor a la mente humana, está regido por una voluntad y un poder sobrenaturales. La divinidad representa todo lo que traspasa los límites de la concepción humana.

Cuanto más inferior es el hombre en la escala de las razas, más opaca es su visualidad mental y por consiguiente, más limitada su capacidad de raciocinio y discernimiento. Ello explica la razón de su mayor poder supersticioso.

Con frecuencia, mientras un hombre culto se mofa de los espíritus y sus menguadas actividades, el ignorante tiembla y se agazapa bajo el influjo terrorífico de lo misterioso y recóndito.

No están exentos del temor de los abismos ni los mismos sabios, quienes prefieren huir del vértigo, bordeando filosóficamente su irresistible atracción.

Pero el pueblo, que no filosofa y vive llanamente, con sobra de tiempo para pensar en su resguardo, teme sin escrúpulos al poder ignoto del que se supone pendiente y busca antidotos y sueña en la manera de contrarrestar sus ataques cuya dirección desconoce.

La superstición es la rémora de los pueblos, pero no es de ellos la culpa sino de los panegiristas que pintan a los dioses terribles y vengativos, amenazando con el fuego y el agua por cualquier razonable desliz, en su afán de atemorizar a las víctimas para echarles el lazo en la misma forma taimada con que las serpientes cazan a sus presas.

No hay excepciones en este sentido para todas las ideologías místicas, como no las hay también en la afición de los dioses por los sacrificios de holocausto.

Desde los antiguos ídolos germanos que exigían rociar los banquetes con la sangre de las entrañas calientes de ciertas bestias, hasta los rituales aparatosos y solemnes del actual cristianismo, todos los dioses se nos presentan antojadizos y perversos, listos siempre para descargar su cólera sobre la mísera contextura humana, en evidente contradicción con la esencia doctrinaria que los supone buenos y piadosos.

La exacerbación mística que se produce temporalmente

en el seno de los pueblos, no es sino el estado de temor que corresponde a la virulencia de las admoniciones proselitistas. De ahí el afán general de procurarse a todo trance, los amuletos contra la indignación divina, estimulada por la ignorancia de las pobres gentes que no saben a qué atenerse para andar en gracia de todos.

Unos queman muérdago en la alta noche, otros llevan en el bolsillo un pequeño billiken cuando no una pata de conejo, una pluma de lechuza, la mascota del número trece, un cuerno de coral, etc., etc., todo ésto con el único secreto designio de contrarrestar maleficios y a consecuencia de ese estado de temor que enferma y amilana las energías de la fauna pensante.

Entre nuestros aborígenes, la superstición cobraba caracteres de una terrible endemia. Adoraban dioses fuertes y prestos al violento encono.

El sol, la tierra, las nubes, el trueno, el rayo y los ciclones eran dioses y elementos vengativos. Para calmarlos inventaron el ritual de sus danzas y crearon la gracia de las pequeñas "Illas". Estos amuletos eran construídos con trozos de cuero, cobre y pedernal y las mujeres indias, detentoras máximas de la superstición, los llevaban en pendientes, listas para exorcizar a los dioses cuya cólera se hacía presente en el temblor de tierra, en el huracán bravío, en las terribles sequías, en el rayo y el granizo.

Para cada ídolo, para cada elemento, para el bien y para el mal, los indios tenían su illa predilecta. Con ella en la mano, pedían a Pacha-Mama, la diosa "que todo lo da" que aumentase los críos de sus majadas y doblase la cosecha de algarroba.

La conquista, que pudo modificar esas costumbres y barrer con las supersticiones, hizo precisamente lo contrario,

trasmitiéndoles las que se trajo y adquiriendo las del pueblo avasallado.

Y es que, para castigo de los que las fomentan, las supersticiones, que vindican al ser humano contra la cólera de los dioses, gozan de mayor privanza que las doctrinas amenazantes de la bondad divina.

¡Nos amenazan...? ¡Defendámonos! Es la consigna de orden.

NUESTROS INSECTOS

I

EL RUNAHUANCHI

AVISPA POMPILUS. — Del quichua *runa*: indio, y *huanchi*: muerto o con la muerte.

En los terrenos abiertos y en los ásperos pedriscales de los faldeos y latares, encontramos un curioso insecto, muy semejante al avispón rojo de los viñedos, (*vespa crabro*), del cual sólo difiere en sus costumbres y en el color negro de su cuerpo. Sus alas, como las de aquel, son rojas y poderosas, tanto, que al volar producen un zumbido áspero que instintivamente nos hace poner en guardia.

Relativamente abundante en las regiones cálidas, a veces suele encontrársele en las casas en ruinas, cuyas viejas paredes escala audazmente buscando los intersticios de los adobes o el barro blando que rellena la curvatura de las tejas en los techos coloniales para “enterrar” en ellos su prole.

Este singular insecto, del que vamos a revelar algunos secretos, es el “San Jorge”, llamado por los naturales “runahuanchi” o “rinihuanchi” según las regiones, vocablo del léxico aborigen que en el primer caso se traduce por “indio muerto o con la muerte”, y en el segundo por “ir con la muerte”, interpretación que me parece más ajustada a los hechos.

Su víctima predilecta es un robusto arácnido, muy conocido en todo el medio-día argentino, el verdadero medio-día, que es para nosotros la región cálida del norte, a la inversa del medio-día europeo que comprende el sur.

Su área de dispersión es enorme, pues se le ha encontrado en las regiones frías de la Patagonia y entre los pedruscos de la Cordillera, donde pasa los inviernos con su carga de arañitas aparentemente inmóviles.

Esta víctima del san jorge es la tarántula, llamada por el vulgo araña “plus-plus” — y en términos científicos “*Lycosa Narbonensis*”.

Luego sabremos cuál es el origen de su desgracia.

El san jorge o rinihuanchi, es un insecto díptero casi exclusivamente pedestre. Sus hermosas alas no le sirven sino para vuelos cortos, mejor dicho, no las aprovecha en vuelos que le serían inútiles, dado que vive en los parajes frecuentados por sus víctimas y subordina sus necesidades a condiciones circunstanciales. Es un bicho matrero, que vive a salto de mata, buceando en los agujeros y rendijas, come donde encuentra vituallas y anida y duerme donde lo pesca la noche.

Expliquemos mejor esto que parece paradójal tratándose de insectos cuya inteligencia y perfección de dotes nos dejan asombrados.

Para el caso, sigamos al primer san jorge que se atravie-

sa en nuestro camino, cosa que no ha de tardar en producirse a la hora en que arden los resoles.

Parece no reparar en nuestra presencia, juzgando por la despreocupación con que vuela. Zumba en nuestro contorno, se asienta delante, levanta de nuevo su vuelo nervioso y se posa casi en el mismo sitio, auscultando el terreno en idas y vueltas por encima de los guijarros y por entre los resquicios del suelo. Desaparece entre unas matas y surge de nuevo, como el lebrél que ha perdido una pista y olisca la tierra y otea en los aires para orientar por el olfato la pesquisa.

¿Qué busca con tales ansias el inquieto animalito?...

Desde luego descubrimos que el motivo de sus andanzas es análogo al que obsesiona al perro que ha sentido la proximidad de una presa. Frente a nosotros le vemos aparecer arrastrando ahincadamente una enorme araña.

¿A dónde va el insecto con tan horrible botín? ¿Le sobrarán fuerzas para llegar a destino con una carga superior en cuatro o seis veces al peso de su cuerpo?...

De pronto abandona la pieza, explora el terreno, pónese a cavar con la maestría de un viejo pocero, arranca las piedrecillas con los fuertes garfios de su boca, las pasa por bajo el abdomen graciosamente y en un rápido pataleo va arrojando piedras y tierra tras de su esbelto cuerpo de avispa. En pocos momentos, el insecto desaparece totalmente en la improvisada fosa. Sólo se ve ahora la tierra y las piedrecillas que arroja a paladas desde el interior de la obra.

Durante toda esta operación de zapa, el desconfiado díptero va y vuelve varias veces al sitio donde lo espera inmóvil la menguada araña. Estas visitas parecen ser de información, a fin de cerciorarse de que no ha sido burlado ni por el arácnido, ni por algún intruso de su ralea, que acaso pudiera andar por las vecindades a la pesca de ajenas presas.

En uno de estos viajes, carga con el inerte despojo y,

quieras que no, lo introduce en el agujero. ¿Que se resiste?... Pues a agrandarlo rasqueteando los bordes y sacando algunas paladas más de tierra.

Hecho ésto, el ingenioso enterrador forcejea de nuevo, hasta que araña y rinihuanchi desaparecen en el pozo.

Minutos después reaparece el san jorge, cierra el redueto, coloca en la abertura un túmulo de piedrecillas y se marcha definitivamente, en un vuelo sin retorno.

La operación, que no ha durado una hora, es la de un verdadero sepulturero. Ha traído un difunto, ha cavado la fosa, lo ha introducido delicadamente en ella, ha colocado encima la tierra removida y le ha puesto la cruz.

II

REVELACION DEL MISTERIO

¿Qué misterio, qué necesidad inmediata de su existencia obliga al rinihuanchi a presentar combate a un enemigo tan formidable como es la tarántula o lycosa de Narbona?... Está muerta la víctima cuando la lleva hacia el entierro?... La guarda en esta fosa como una reserva alimenticia en su despensa?...

Ninguna de estas suposiciones nos da la clave del enigma, que nosotros vamos a descifrar como una maravilla entomológica generalmente desconocida, a fin de contribuir honestamente al conocimiento de las costumbres del ingenioso insecto.

El san jorge no se alimenta, como pudiera suponerse, de arañas, sino de pequeñas orugas y larvas que se come a

bocaditos, reservando aquellas para un destino completamente distinto.

Nunca se ha visto a un san jorge arrostrar una gresca con otro animal que no sea la famosa araña, elegida concienzudamente entre las panzudas lycosas hembras, en cuyo abultado abdomen hay una considerable cantidad de sabrosos huevecillos. Esta masa viscosa que constituye la futura prole del arácnido, es el alimento de selección para las voraces larvas del rinihuanchi, que el insecto deposita con un certero harponazo de su oviducto en el centro mismo de aquella bien provista despensa.

Ocho o diez días después del entierro del presunto muerto, las larvas desarrolladas abren como una granada el vientre de la lycosa, que estalla ante la presión interna de aquellas, sirviéndoles, a la vez, de inmediato desayuno.

Durante esta gestación, la presa se ha mantenido intacta gracias a un flúido anestésico que la inmoviliza sin paralizar la vida, condición indispensable para que no se descomponga durante el entierro, malogrando el desarrollo de los huevos del avispon, lo que lógicamente ocurriría si estuviese muerta.

Esto explica la apariencia cadavérica de la víctima mientras el cazador la cuarteaba hacia el sitio elegido para morada.

Como el peso y la forma de la araña harían imposible su acarreo a largas distancias, en cuanto el hábil cirujano encuentra lo que busca, lo harponea desde el aire, lo anestesia con rápidas inyecciones suministradas en los ganglios y una vez inmovilizado el arácnido, elige en las cercanías el sitio apropiado para labrar el nido y lo transporta de inmediato hasta él. La caza es, como se ve, previa siempre a la elección de la futura cueva y la postura está subordinada a

la mayor o menor facilidad con que descubra una tarántula cuando se aproxima el desove, lo que no siempre ocurre a voluntad del cazador.

El “Spex del Languedoc” es un avispon muy semejante a nuestro san jorge, mejor dicho, es el san jorge mismo, con la diferencia de que su presa predilecta es la chicharra de las viñas, una “Ephiphigera” de vientre regordete que las larvas del spex chupan con deleite.

Por lo demás, sus métodos de caza, el pinchazo anestesiante que aplica en los ganglios cervicales de su víctima, el azaroso acarreo a reculones por superficies ásperas y paredes ruinosas, su precipitado bucear en la tierra para abrir el nido, etc., son en todo semejantes a los de nuestro rinihuanchi.

¿Y por qué — se dirá — el Spex del Languedoc se dedica a la caza aérea de la epipígera en lugar de la caza pedestre de la lycosa como lo hace nuestro insecto?

La razón es bien sencilla. La caza de la chicharra no ofrece los peligros de una lucha a muerte porque es absolutamente inofensiva.

Entre ésta, que se entrega pataleando y la enorme araña que se defiende con idénticas armas con que se ve atacada, la elección no es dudosa.

Es, por otra parte, un caso común de adaptación al que no puede someterse nuestro insecto por no existir en las regiones que frecuenta la jugosa epipígera de Europa.

Y acaso también porque, como el rinihuanchi es bien criollo, por temple nativo es más valiente.

EL RIO DE MIRAFLORES

En plena región diaguita, quizá en el mismo sitio bataneado por las huestes de Diego de Almagro en su tránsito a Chile, vi un día bajar de las sierras tinogasteñas, revueltas y bermejas las aguas del río Colorado.

No era éste el cantarino y transparente arroyo de mis recuerdos juveniles.

Este torpe río que se iba campo afuera, echándose al llano, abotagado y sanguinolento, por la escarpada abertura de Cerro Negro y lamiendo los médanos de Copacabana... este arrastrado río que corría de banda a banda, sin saltos y sin lomos rugosos, no era el río de mis evocaciones, el río de la querencia nativa que tantas veces surcara en el travieso ajetreo de los años mozos.

Me habían dicho que se le parecía, que era bravo y torrentoso como aquel y que en el turbulento alarde de su linfa, había de oír la misma soberbia zarabanda de trueno con que se abalanzaba por el declive el torrente de los viejos afectos.

Le tuve lástima a este río sin pedrones grises y sin barrancos cortados a plomo y más lástima aún a las tierras que menguaría su riego de melosas gredas.

¡Mi río! ¡Mi viejo río de los Angeles llamado de "Miraflores" al besar el valle, ese sí que era bello y noble, suave y dulce en la musical corriente precaria de los días de Otoño, fragoroso y terrible en el desparpajo violento de las crecientes de Estío.

Veinte años largos habían pasado desde que le vi enfurecerse con los taludes y echarlos a andar por delante con

su carga de montes descuajados, llevándose majadas, confundidas en lo negro y espeso de sus turbiones, arrastrando sembradíos en ciernes y barriendo los bancales de los ribazos, pletóricos de huertas y tabacales.

Ya en mi pueblo, en regreso de los valles diaguitas del oeste, volví a desear este alarde del viejo río, amansado quién sabe por qué conjuro de los dioses.

—¡Va a llover pronto! — me decían los hombres del solar, que barruntaban el agua explorando los horizontes y recogiendo la legendaria predicción del halo de la luna y el canto angustioso de los vencejos y “aguateros”, que agoraban en largos vuelos crepusculares el ansiado chaparrón.

—¡Va a llover pronto!
Pero el agua no venía.



¡ Mi río ! ¡ Mi viejo río de los Angeles ! . . .

Ya estaban pardos y hechos yesca los árboles de las lomas, exhaustas las aguadas, donde las bestias desesperadas engañaban la sed hundiendo los hocicos en el barro ardiente.

Todo el campo parecía un reverbero, incendiado en las reflamas de la siesta.

Río arriba, iba en busca del agua una procesión interminable de gente cargada con barriles, con tinajas y hasta con ollas que asentaban en la cabeza, prácticas más que los hombres las mujeres, y que no bajaban, para inquirir de la caravana que volvía de regreso, donde alcanzaba la punta del agua. En la quebrada, se quedaban horas, refrescándose en la bendición de aquellas lágrimas de la montaña que se afanaban inútilmente por llegar al valle.

¡Va a llover pronto!

Las bestias se acostaban a morirse, rumiando resignadas, en una larga agonía que ahogaba en congojas a los hombres.

Por fin el cielo se puso de ladrillo, cantaron las chuñas barruntando la ventisca, relincharon los caballos y volaron despavoridas las gallinas. Un viento cálido sopló del sud, envolviendo en torbellinos de polvo a todo el pueblo, que se recogió presuroso y expectante.

Detrás llegaron las nubes, amenazadoras y negras, con la entraña bullente del fragor de la pedrisca. Instantes después, gruesas gotas oblícuas rebotaban en el suelo, que chispeaba como ceniza caliente, y luego nomás comenzó la granizada, que pasó felizmente como una racha detonante, dejando la cortina blanca de la lluvia, que a la hora formó regatos y anegó los campos.

Sobre las cumbres, bramaba el trueno llenando las quebradas con fragores de hecatombe. ¡Debía estar lloviendo a mares!

Pasó el chubasco y en la serena tranquilidad que suce-

dió a la orgía de los elementos, pudo sentirse el bramido de los torrentes y cascadas de la montaña, echándose enloquecidos río abajo, hacia las llanuras glorificadas por el aguacero.

— ¡La creciente!, ¡la creciente! — se oyó por todas partes entre el alborozo de los chicuelos y la inquietud de los hombres.

¡Es de las bravas! — afirmó alguien. — Hay que cerrar la compuerta del tajamar “pa” que no entre barro. — Y salió disparado, hacia las bocas de toma, por si fuera posible allegarles a tiempo algunas piedras.

La creciente había doblado ya el recodo de San Lorenzo y el estrépito de los peñascos, que arrastraba como miserables guijas, era ya bien distinto en el poblado.

¡Al río, al río!

Llegamos casi juntos, el pueblo en masa y la formidable avenida, que se insinuó en una punta negra, revuelta, silenciosa como un reptil, y pasó bullendo a nuestro lado, subiéndose siempre, hasta barrer los bancales de ambas bandas y desalojar a los curiosos de un sitio a donde nunca había osado llegar.

De cuando en cuando se oía el sordo retumbar de las rocas que chocaban, astillándose, en la negra entraña de las aguas, en cuyo dorso embravecido que formaba lomos enormes y hervía en cascadas y alzaba nubes de espuma pulverizada, iban barranca abajo, viscos y yuchanes colosales, descuajados de los taludes, ranchos arrasados, bultos y masas informes, bestias, acaso, sorprendidas en los bajíos al ir a saciar su larga sed.

Tras de esta avalancha, volvió a triunfar la enjundia de los campos nativos, florecieron los vergeles, verdearon los cañadones, subió el pasto hasta tocar los árboles y pudo el pueblo, de nuevo, justificar su nombre: ¡MIRAFLORES!

NUESTROS ARBOLES

EL QUEBRACHO

(SCHINOPSIS LORENTZII)

Ni la poesía ni el sentimentalismo gaucho que suele darle su estro, han tenido para este árbol indígena las definiciones afectivas que acaso se merezca por su importancia.

Bien es cierto que el espíritu criollo, justamente por ese elemental romanticismo que lo caracteriza, suele volcar sus predilecciones con un criterio admirablemente ponderado y una exacta noción de los valores fundamentales de las cosas.

Para el paisano, que juzga los elementos que le rodean en virtud de la mayor o menor influencia benéfica que le reportan, el quebracho no es más que una planta de vida transitoria, destinada a caer bajo el tajo del hacha en cuanto su tallo adquiere el espesor necesario para sostener un encatrado o convertirse en carbón.

Lo espera si lo tiene en sus rastrojos, lo chapoda para que la estípite “no se vaya en hijos”, lo ve crecer y fortalecerse conteniendo sus impulsos de tenderlo por el suelo, hasta que un buen día del mes de Agosto, cuando se podan los viñedos y se apartan los mugrones y se amplía el parral con los nuevos sarmientos, alza su reluciente hacha y va en busca del árbol pacientemente cultivado, lo corta a ras del suelo, desbroza el tallo, aparta para leña las ramas útiles y se vuelve con el tronco a la rastra, indiferente a la depredación cometida y muy feliz de poderle añadir a su viñedo una nueva cenefa de flamantes vigas.

Como el ombú en las pampas, como el sauce y el álamo en los bañados litorales, el algarrobo y el chañar son árboles dilectos en el cortijo provinciano.

Bajo el toldo amparoso de sus magníficas frondas, gesta la vida aldeana sus campesinos modales. Duermen los hombres renovando fuerzas y gastan las suyas sus mujeres tejiendo y recordando.

Cuando muere un algarrobo, algo de la vida se desgarrar con su muerte y hay en las gentes una congoja unánime, un sentimiento de vacío, como el que dejan los seres queridos cuando parten a un destino ignoto.

Y es que con el árbol, han crecido los hombres, hermanados en un ritmo de campesina serenidad; bajo su sombra jugaron siendo niños y bajo esa misma sombra vieron pasar la caravana bulliciosa de los nietos, siendo viejos. Son árboles del solar que comparten la civilidad de sus moradores y forman parte integrante del valor de sus predios. Ocurre lo contrario con el quebracho, que no goza de privanza en ellos, y que, acaso por un designio compensador de la naturaleza, se ha recogido en la yerma soledad de los campos incultos y en la umbría impenetrable de las quebradas, cuando no en la escabrosidad inaccesible de los cerros.

Es singular este fenómeno, comprobado en todo el noroeste argentino, en el que ambos árboles conviven con fácil enjundia. En los poblados y sus aledaños, cunden los algarrobos; fuera de ellos, el quebracho triunfa sin excepciones, haciéndose más abundante a medida que se aleja de la influencia civilizadora de los humanos ajetreos.

No es difícil que su sede principal y talvez originaria la constituyan los desiertos del norte santiagueño y la zona bravía del Gran Chaco.

Ninguna planta resiste con mayor brío a los rigores de

la sequía y hasta dijérase que siente fobia por el agua si se observa su limitado número en los bañados y bajíos.

Esta afirmación no importa una definitiva característica de la planta sino en cuanto respecta al quebracho blanco, pues el colorado parece no rehuir los halagos de la lluvia, especialmente el colorado santafecino, que arraiga y crece en terrenos humus.

En la zona noroeste, mientras el blanco abunda en los valles, el colorado triunfa a la vera de los arroyos y en lo alto de los contrafuertes donde reinan las nieblas y soplan los remusgos.

Ambos quebrachos se caracterizan por su tallo en estípites, que los hace particularmente aptos para vigas y durmientes, aparte de su consistencia que es la razón principal de su importancia.

El quebracho blanco es de hojas simples lanceoladas, de un sabor análogo al de la quina. Las hojas del colorado santiagueño, que es el mismo de la región montuna, son finas y compuestas, a la inversa del santafecino que se parece al blanco y que constituye una fuente de riqueza enorme por el tanino que produce.

Los buscadores de oro que la civilización ha destacado sobre la hijuela prodigiosa de nuestros mayores, sin concepto de patria y sin amor al terruño, han controvertido todo lo que en la vida nativa es afectivo y romántico, convirtiendo el amor al árbol por el bien inmanente que prodiga “vivo”, en la pasión egoísta del mercader que lo reclama “muerto” y que va talando sin piedad, de este a oeste y de sur a norte, los inmensos bosques argentinos.

LA SOMBRA PATERNA

(EVOCAION)

Corrían por los patios del viejo solar, tres, cuatro criaturas en el dulce albor primaveral de la inocencia, ajenas al soplo de tragedia que conmovía los corazones en el interior desolado de la antigua casona.

Una criada vino hacia los chicos, ahogada en convulsiones hiposas.

—¡Pobrecitos míos! — dijo besándolos por turno y envolviéndoles en un gran abrazo compasivo y solidario, mientras desfogaba su honda congoja en lágrimas que fluían silenciosas como de un manantial.

—¿Y mamita?...

—Mamita se fué al cielo.

—¿Es lejos el cielo?

—¡Lejos, muy lejos! — Y los escondía en el regazo para que no la vieran llorar.

El mayorcito levantó la cabeza, la miró con afecto y secándole las lágrimas le preguntó muy serio:

—¿Por qué lloras, ñaña?

—Por nada, hijito.

—Y mamita... ¿Por qué no nos llevó?... ¿Tardará mucho?... ¿Nos traerá confites?...

—Fué a juntarse con los reyes, queridito. ¿Ves aquella estrella? ¡Es ella, tu mamita!

Y seguía cobijándolos bajo el amparoso y dulce abrazo.

En la alcoba, afrontando estoicamente su infortunio, se comía las lágrimas el padre, en la honda desolación de aquel

terrible drama que le hundía de golpe en la perspectiva de quien sabía qué abrumos, para él y para los pobres huerfanitos, prematuramente tristes, como forjados ya en la previsión de todos los descalabros y amarguras.

¿Sería éste el precio de la virtud? ¿Eran, pues, los buenos solamente quienes debían pagar con oblaciones de dolor la gracia de tener piadosas convicciones y reciedumbre de moral?

Al siguiente día, todo apareció enlutado en la casa y esta negrura de los corazones y los vestidos, era como una intolerable ausencia de la vida en el ritmo sereno y doliente que reemplazó a la dulce alegría de aquel viejo solar.

La buena Pancha, la ñaña de las horas felices, que cazaba mariposas para los bebés junto a las berreras del arroyo y que saltaba con ellos como salvaje corzuela por los patios familiares mientras cosía la madre o regaba los rosales, contábales ahora graciosas historietas de príncipes y de hadas, que aventaban el amargo tedio de las criaturas, al par que nublaban de pasajero olvido su recóndita tristeza.

El padre amasaba su dolor en largas lecturas filosóficas o trataba de anestesiarlo en la distracción de su diario bregar por campos y montes, pensando en huirle al predio y comenzar en otro lado, estimulado por el imperativo de aquellas cuatro vidas en las que se perpetuaba la vida de la madre, la penosa ascensión por la conquista del pan.

El recuerdo siempre vivo de la muerta sería el fanal de sus futuros destinos.

Pensándolo y repensándolo, llegó el día en que salió del pueblo. Su bagaje era pobre, su voluntad enorme.

Con este acicate y el escudo de su incorruptible honestidad, el crisol de Buenos Aires le absorbió en su entraña tras de una larga odisea y luego que consiguió encontrar el

cauce natural por donde iría su congénita bondad recogiendo halagos y sembrando gratitudes.

No fué dura la fortuna con ellos en la gran urbe. Las vinculaciones de familia y de amistad que ampliaron el círculo de acción del padre, no fueron menos obsequiosas y acendradas con los niños, seducidas por el fresco candor y la viveza espiritual que perfilaba su temple moral, único blasón de aquella familia de abolengo, que diera guerreros a la patria y maestros fervorosos a la ciencia.

Pasaron los años, se hicieron jóvenes los niños, sutilizó cada uno su conciencia y su talento en la forja del ejemplo diario de aquel padre granítico y austero, y el ambiente señorial de la casa reforzó los vínculos que hubiera desquiciado el infortunio, aliado a la independencia de conceptos, a no ser la vieja moral rediviva en los corazones y el latente recuerdo de la madre, de la que viva o muerta, su amor era la única fuerza capaz de polarizar voluntades y fundirlas en un mismo anhelo de perfección humana.

Los tres primeros cursaban estudios en las Facultades, y, como si el destino hubiera esperado esta manifestación de hombría para sacudirles la definitiva tragedia, cuando el mayor recibía su diploma de abogado, el padre caía rendido por una terrible ataxia que le hundió en el lecho, destruído en su moral y menguado en su robusta complexión anímica.

Un día, la vieja criada lo encontró sin vida.

Fué como un mazazo esta nueva imposición de lo inexorable. Fué como si un roble gigantesco se hubiera abatido, dejando en el sitio un vano enorme.

Pero la simiente de su ejemplo había caído tan honda, tanto de su estirpe había trasvasado en el alma de sus hijos, que, malgrado lo agresivo del destino, nunca fué más fuerte la cohesión afectiva que los unió a raíz del golpe.

Bajo el tenaz agobio de los corazones, latía una como

suprema serenidad en estos niños que la doble orfandad convirtiera en hombres a la temprana edad en que aún se siente el magnetismo de los juegos infantiles.

Era que en la casa, la sombra paterna convivía señorialmente con sus hijos y les traía desde lo ignoto la bendición de la madre.

I

LA ESCUELITA DEL PUEBLO

(DE PASTORELAS NATIVAS)

Antes que hubie cumplido los cinco años, mi padre me envió a la escuela por consejos del cura.

Recuerdo una sola aula con un rellano al frente, donde los muchachos, al lado de la mesa del maestro, recitaban sus lecciones. Un grietoso encerado colgaba de uno a otro extremo de la pared frontera.

Viejo y sombrío caserón de dos aguas, rodeado de jaras y pichanas y poblado de lechuzas y murciélagos, tenía para los escolares una doble fama inquietante: el maestro, de día y las brujas, al anochecer.

Porque en aquellos luengos tiempos, paralelas a la letra, venían las consejas y cuentos de aparecidos y “mulánimas” (30) para meternos miedo y doblegarnos al rigor de los viejos sistemas docentes.

¿Quién fué mi primer maestro?... ¿De qué métodos se valía para enseñarnos a los campesinos los rudimentos de todas las ciencias?...

No lo recuerdo. Lo único que conserva mi memoria de aquel entonces esfumado ya en las brumas del pasado, es la colección de castigos y flagelaciones que se imponían como diaria penitencia.

Esto remueve una débil semblanza del maestro, quien no siendo normalista y no poseyendo, por consiguiente, la habilidad pedagógica ni la autoridad suficiente para estimular nuestro interés y tenernos a raya, echaba mano de argumentos que felizmente han pasado a la historia, conservándose sólo en el recuerdo como un documento tradicional del heroísmo con que los maestros enseñaban y los alumnos aprendíamos.

La vieja escuela, severa y dogmática, que estaba por lo general en manos de religiosos, — y ya se sabe cómo la gastaban estos maestros de la cultura regional — infundía primero el respeto al individuo, lo que una vez conseguido por virtud del temor a las represalias más que por convicción, servía como base a la tortura del aprendizaje, lento, difícil, fundado exclusivamente en la ejercitación de la memoria.

Así, pues, con la misma monótona pertinacia con que nuestras abuelas nos hacían aprender el “Credo” y la doctrina cristiana, los bravos dómines nos hacían aprender la historia y la moral.

La escuela tenía un maestro civil, pero la influencia del cura, que lo hizo nombrar, era en ella manifiesta, razón sobrada para que los castigos y penitencias estuvieran por él fiscalizados, siendo varios de ellos de su exclusiva invención.

Las impresiones ingratas recogidas en la primera edad, adquieren con el andar del tiempo relieves imprevistos, lo que explica que, por sobre todas las cosas que conmovieron nuestra juvenil emoción, floten aquellas en el recuerdo con caracteres imperecederos y nítidos.

Lo contrario estaría en pugna con la naturaleza del ser

humano y constituiría una negación de este singular extravío del espíritu, que nos inclina siempre a olvidar lo bueno, al par que magnificamos en la mente lo que no debiera recordarse.

Nada conservo de aquellos días como un motivo grato a mi memoria, aparte de lo que, como añoranzas de cosas juveniles, tienen de bello y sentimental para el hombre ya maduro.

En cambio, aún resuenan en mis oídos como ecos que se hubieran proyectado en el espacio y en el tiempo, los gritos de angustia de los muchachos encerrados en el “cuarto del dijunto” y recuerdo el gesto y las muecas de dolor que hacían los “crucificados” y los conversadores, condenados a permanecer mucho tiempo, acaso horas, con una tiza atravesada entre las mandíbulas.

El “cuarto del dijunto” era una pieza contigua al salón de clases, sin tragaluces ni ventanas, ni otra comunicación que una ínfima rendija que daba al aula, especie de prensa por la que los damnificados debían “filtrarse” al interior, picaneados por el maestro que, tras del castigado, atrancaba la puerta en cuanto aquel entraba en el antro.

Los muchachos grandes se reían y hacían mofas de lo que guardaba el cuartujo, pero los pequeños, entre los que yo debía ser el “benjamín”, nos crispábamos hasta la médula cuando el maestro nos amenazaba con dejarnos en él hasta la oración.

Y la cosa no era para menos.

Entre los pocos elementos de ilustración que había en la escuela, se contaba un gigantesco esqueleto que, al decir de las gentes, “se había venido sólo” del cementerio vecino, demasiado vecino á la escuela.

Y era el caso que el tal esqueleto, totalmente invisible para la enseñanza, servía subalternamente para “meternos en vereda”, como decía el maestro.

El hecho es que la osamenta fué metida en un cajón y colocada verticalmente en aquella infernal pieza, por cuyos desvencijados aleros revoloteaban los buhos y se paseaban las brujas con velas encendidas.

Para darle carácter, el maestro, como las vestales del sagrado templo, le encendía en el cráneo, por detrás de las órbitas, una fantástica luminaria.

Claro está que para nosotros, aquello, sumado al rosario de patrañas y supersticiones que nos metían las viejas criadas, santiguándose mientras, era poco menos que el infierno de que nos hablaba el cura.

LA ESCUELITA DEL PUEBLO

(CONTINUACION)

A media cuadra de la escuela, alzaba sus gruesos muros la casa del “señor cura”, como le llamaban sus feligreses.

Allí vivía el buen hombre custodiado por una terrible jauría que al menor descuido, y con sólo que miráramos en esa dirección, se nos echaba encima, desnudándonos en un santiamén si las piernas no respondían al esfuerzo salvador.

Sobre estos perros y los pavos reales que los tenía por docenas, llovía constantemente una furiosa pedrea que más de una vez quebró la mansa línea del sacerdote, acarreándonos desagradables consecuencias de carácter colectivo.

¡Cuántas veces pagaron justos por pecadores!

Una tarde, — y ésto sí que lo recuerdo — los pavos invadieron el patio de la escuela, discurriendo por él con la vanidad olímpica que los distingue, lanzando su formidable grito

ritual “creooo, creooo”, y abriendo el majestuoso abanico de sus colas.

Uno de los muchachos mayores, vecino del cura y enemigo de éste por farandulerías que el buen hombre le achacaba, casi siempre con razón, vió la oportunidad de tomarse un desquite y, con impulso realmente insensato, se lanzó sobre el más bello, arrancándole el magnífico plumero caudal.

No tardó en llegar el fraile y allí nomás, en presencia del maestro, inició la investigación sumaria.

Hubo acusaciones concretas y negativas rotundas, pero viéndose acorralado el autor por la intuición del cura que le sindicaba como tal, buscó una víctima entre los pequeños y, fuese que yo estuviera a la vista o que, por la privanza de que yo gozaba en la casa, supusiera que en mí no habría sanciones, el caso fué que me acusó públicamente de aquella herejía.

Yo eché a correr aterrorizado, desesperadamente, hasta llegar a mi casa, casi sin respiración, y explicarle a mi padre la injusticia atroz que se me echaba encima.

Tengo razones para afirmar que este episodio me alejó temporalmente de la escuela, amparado por la fé de mi madre que confiando en mí, no quiso dejarme a merced de la cobardía de los grandes.

Al fin y al cabo, ella era mi mejor maestra y, de las lecciones trasmitidas por su tierna y acendrada constancia, arrancan los primeros recuerdos sin sombras que constituyen el blason sentimental de mi vida y la base afectiva de mi complejión moral.

Recuerdo inviernos crudos, fríos de nieve que nos recogían junto al fogón en compañía de la “maestra”, rodeando los llares donde humeaban las marmitas con batatas coloradas y se asaban los zapallos criollos, partidos en mitades.

Mi primer libro fué el del “Gato”, así llamado por el enorme morrongo en cromo que adornaba la tapa.

Dos o tres años después, leía sensatamente el libro de Mantilla y “La Conciencia de un Niño”, de Andrés Bello, creo.

Por ese tiempo, la famosa escuelita fué trasladada a un edificio más humano, cambiado el maestro por una “señorita” y renovado en parte su material didáctico.

En esta nueva escuela vuelve a encontrarme mi memoria, ya más hombrecito y con suficiente aptitud para afrontar sin recelos la presencia de cualquier esqueleto, por más luminarias que tuviera. Pero el famoso espantajo había ya desaparecido.

Por esos años, las fiestas “mayas” y “julias” constituían motivos de singular regocijo para los escolares, siendo desde las vísperas, verdaderas apoteosis de juvenil entusiasmo.

Nuestro mayor anhelo fincaba en vestirnos de azul y blanco, y las madres, estimuladas por la perspectiva de nuestro fervor nacionalista, sacrificaban gustosas el sagrado hábito celeste y blanco de la Purísima, que usaban para asistir a misa.

Aparte de estas manifestaciones y modalidades afectivas de la nueva escuela, muchas otras había que la hicieron más humana y atrayente, de acuerdo con los postulados de la moderna enseñanza: la maestra, suave y amable, el juego de los trompos, el triángulo de las bolitas, las caritas, las hormillas etc., todo ésto en caballerescos torneos de destreza que llevaban el “visto bueno” de la gentil “señorita”.

La salida de clases cobraba el aspecto de una suelta de palomas, mejor dicho de gavilanes, tal era la grita que armábamos y la velocidad del desbande.

Los burros, que constituían el más socorrido medio de traslación y que dormitaban filosóficamente durante las dos largas horas de clase, atados a las tuscas del cerco o amontonados a la sombra de los chañares del patio, volaban calle arriba y calle abajo y se perdían por los callejones y atajos, quejándose bajo el peso de los muchachos, que a veces iban ensar-

tados en el lomo vivo del estoico cuadrúpedo, de a tres y hasta de a cuatro.

Los pobres asnos pasaban levantando nubes de tierra con su extraordinaria carga, ansiosos de recobrar su libertad y largarse por los campos y revolcaderos donde otros muchachos los “yuteaban” (31) de nuevo para volver a la escuela al día siguiente.

Tales muchachos y tales asnos han desaparecido para siempre del terruño. Los actuales son como de otra raza, bien es cierto también que en la escuelita, nacionalizada hace ya tiempo, hay ahora maestros normales, y en el pueblo, muchos tureos, muchos extranjeros que han reemplazado a los padres nativos y se han adueñado de los viejos solares donde nos hicimos hombres.

¡La nueva civilización!

Porque la otra, la civilización verdadera, que no se confunde con el progreso material que se viste y disfraza con su nombre, esa ha muerto hace tiempo, con nuestros padres, con nuestros abuelos.

IDIOMAS AUTOCTONOS

Aunque propiamente hablando, ninguna de las lenguas que se usaban durante la conquista es argentina, en el concepto de su influencia madre, la vasta zona de dispersión de las mismas dentro de nuestras fronteras, ha hecho que se las considere como tales a los efectos del estudio de las razas nativas y la filología general y comparada de las lenguas autóctonas.

Es por demás interesante el estudio de las mismas ya que

de su estructura particular, sus declinaciones y principios gramaticales, se pueden deducir aproximadamente los orígenes de las razas que las hablaron.

Muy pobre es la bibliografía que nos queda de esos idiomas, ya casi extinguidos y los estudios hechos, fundados más en tradiciones y leyendas que en un conocimiento documentado de la realidad, no van concretamente más allá de la época del descubrimiento y las primeras expediciones conquistadoras.

En lo que respecta a las lenguas que se hablaba en el remoto pasado del norte argentino, la obscuridad es completa, sin que basten a disiparla las nobles tentativas de algunos pacientes investigadores y el precario legado filológico de los misioneros e historiadores de la conquista.

Sin embargo, debemos atenernos a estas fuentes, ya que los nombres de lugares y las palabras sueltas que aún se usan en el lenguaje criollo, o sus transformaciones sucesivas, no pueden constituir elementos de investigación precisa.

Muchas han sido las lenguas usadas por las distintas razas y tribus primitivas en nuestro territorio y, toda vez que se acepta como un hecho indiscutible la influencia asiática en la civilización pre-colombiana de América, lógico es deducir, y así lo afirma la gran mayoría de los escritores, que los orígenes de esas lenguas, o por lo menos de algunas de sus transformaciones recogidas por los cronistas de la conquista, deben encontrarse en el caos de las corrientes prehistóricas que llevaron a las razas por todas las latitudes, especialmente a la raza pelasga.

Muchas analogías, tanto en la escritura gramatical como en el significado, a los que se deben añadir no pocas afinidades respecto a sus mitos y costumbres, hacen suponer que acaso se esté en lo cierto atribuyendo a los pelasgos la importación remota de su lengua.

VI

EL QUICHUA

Por su riqueza expresiva, su estructura gramatical, sus declinaciones y los principios invariables que lo rigen, el quíchua es un idioma perfecto.

Cierto es que faltan en él algunos elementos para clasificarle entre las lenguas madres, pero éstos son substituídos por partículas, prefijos e interfijos, que no sólo completan el significado de sus expresiones sino que llegan hasta alterarlo completamente.

Su importancia es manifiesta y mucha lástima es que no se haya profundizado en su estudio, transportándolo hasta nosotros en todo el esplendor de su significativa belleza.

El quíchua o keshua, como se sabe, es la lengua cuzqueña, que por razones de conquista invadió la región noroeste del país y se impuso merced al poderío del imperio incásico, matando el uso de las lenguas nativas en forma casi absoluta y violentamente imperativa.

Cieza de León, antiguo cronista incásico, dice al respecto: “Aún no había dejado la criatura el pecho de la madre, cuando ya comenzaban a mostrarle la lengua que había de saber y aunque al principio fué dificultoso y mucho se pusieron a no querer aprender más lenguas que la suya propia, los reyes pusieron tanto empeño que se salieron con su intención”.

La conquista encontró ya en su agonía las diversas lenguas de nuestros indígenas y borrados o transformados ya

los nombres de lugares que hubieran podido guiar al investigador entre la bruma histórica de esas regiones.

El quíchua es de una regularidad perfecta y sólo tiene una conjugación.

No acepta sonidos indecisos, siendo, por el contrario, de una fonética rotunda y bien definida, elaborada casi siempre en la base de la garganta. En ninguna otra lengua está más determinado el valor fonético de la letra k.

Como una particularidad de este idioma, debe hacerse notar que carece de nombres abstractos aislados, los que se distinguen siempre acompañados del infinitivo ser y con partículas posesivas prefijas.

Ejemplos: ser blanco, ser honesto, mi belleza, tu bondad.

Pero la más famosa de todas las rarezas constructivas de esta lengua es la distinta acepción de infinidad de vocablos según el énfasis de su pronunciación y la modulación labial, supralingual o gutural que se efectúe al emitirlos, singularidad ésta que implicaba para quienes lo hablaban con interés, una profunda preocupación fonética para no tergiversar el significado de las expresiones, y su correspondiente sutileza de audición para percibir nítidamente los sonidos y darles su respectivo valor. De ahí la cadenciosa musicalidad que algunos entusiastas de esta lengua descubren en ella.

Por último, conviene hacer notar que sólo por excepción se encuentran vocablos agudos en este idioma, siendo en su casi totalidad, de terminaciones llanas.

El quíchua es el idioma de la montaña. Misterioso y recóndito como ella, en su vibrante sonoridad tiene mucho de hosco y bravío.

Los torrentes, las ventiscas, el fragor de los peñascos desquiciados y el rebombe profundo de los huracanes que barren las cumbres, todo ésto parece resonar en las guturaciones y onomatopeyas del quíchua, lengua que el Dr. López y Adán Quiroga, entre otros, hacen derivar del pelasgo.

II

EL GUARANI

Al revés del quíchua, este idioma del nordeste argentino parece tener su origen en el murmullo de las aguas, en el canto de los pájaros y en el silbar de los vientos.

Admite variaciones y tiene más de una conjugación. El bilela y el aimará parece ser que entran en su estructura, aunque aquél es de pronunciación gutural y de fonética muy semejante al lule y al cacán, siendo raro encontrar en el guaraní una guturación tan seca como en aquéllos.

Es más bien una lengua de fonética internasal y por consiguiente, algo gangosa en ciertos vocablos.

No es ni con mucho un idioma de una morfología perfecta como el quíchua, pero su cadencia es más dulce, y en general, su pronunciación más fácil.

Véase en estos ejemplos la nitidez musical de las vocales, especialmente de la *i*, la que en virtud de la característica aguda de las palabras, tiene aproximadamente una terminación silbante: *miní*, *petiribí*, *yguazú*, *irupé*, *catú*, *gurí*, *ypóná*, *Paraná*, *ibirá-pitá*, etc. Debe hacerse notar que el sonido traducido con la *y*, en este idioma tiene una pronunciación ambigua, equivalente al diptongo *eu* del francés.

Como puede verse, la acentuación aguda diferencia fundamentalmente al guaraní de las lenguas de la montaña, graves todas, como si las razas que las hablaran, por razones evidentes de topografía, hubieran tenido que estirar la penúltima sílaba para hacerse oír en el desnivel de los valles,

en relación con la sierra, o en las llamadas de monte a monte, costumbre que aún perdura en las gentes del pueblo, en las que hoy llamamos “tonadas provincianas”.

De este suave idioma que se hablaba en todo el Paraguay oriental, Misiones y la Mesopotamia, llegando hasta la parte norte-litoral de Buenos Aires, han quedado algunos tratados con traducciones más o menos perfectas, debidas en su mayoría a los jesuítas que radicó en el territorio la conquista espiritual. Pero su importancia documental e histórica está muy lejos de aproximarse siquiera a la que ofrecen las lenguas del noroeste argentino, donde, por ser tenaz y violenta la penetración castellana, apenas si han quedado algunos vestigios, visibles escasamente para el ojo paciente de los filólogos y amantes de nuestro trascendental pasado arqueológico.

III

EL ARAUCANO

Bello y complicado idioma éste de la epopeya de Arauco.

Como el quíchua, y acaso en la misma época de la invasión de esta lengua en los pueblos diaguitas del Tucumán y Calchaquí, el araucano atravesó las altas cordilleras meridionales y se corrió de sur a norte costeando la franja de influencia de sus estribaciones, hasta penetrar en el famoso valle de Conanto, hoy Belén, en el corazón mismo de la epopeya calchaquí.

Algunos historiadores suponen que la invasión se efectuó por el norte, a la altura del San Francisco, a la manera

de los quilmes que llegaron de allende los Andes, estableciéndose, no sin resistencia, al norte de Calchaquí, y que simultáneamente se produjo la invasión incásica que los barrió hacia el sur antes que arraigaran en la comarca.

Lo cierto es que el araucano, en su tránsito por tierras diaguitas, parece haberse fundido con la lengua kakana, o sea el idioma primitivo de los naturales, encontrándolo así la conquista, que lo echó más allá de La Rioja, punto límite del famoso imperio cuzqueño.

Al encontrarse con esta poderosa barrera, fácil es suponerse que en su retroceso, los araucanos se extendieron como las aguas de una esclusa rota sobre las planicies del sud y sudeste, llegando hasta el territorio de la hoy provincia de Buenos Aires, donde no es raro encontrar nombres de prosapia indiscutiblemente araucánica; Chivilcoy y Areco entre ellos.

Toda la Pampa, así como Cuyo, San Luis, Río Negro y Neuquén, pueden considerarse como la región araucana de la conquista, trasvasada del otro lado de la Cordillera por las incursiones en masa o aisladas de la raza de Arauco.

El ranquel, tan conocido por las campañas vindicadoras que provocaron sus incursiones en tiempos relativamente cercanos, es el araucano mismo, con las modificaciones impuestas por el medio y la topografía, distintos de los de su origen.

En esta lengua, de caracteres llanos, aunque no escasean las palabras agudas, las terminaciones en che, li, ao, . . . parecen generales así como la radical huill, lo que hace bien visibles las huellas de su paso tanto en Calchaquí como en la región andina y pampásica donde abundan los pueblos con aquellas características en sus nombres.

En la región patagónica tenemos "Quitao", "Quinchao", "Ahuitao", "Aliao", etc. y en la región calchaquí de Cata-

marca, límite norte extremo de la penetración araucana, existen aún los viejos pueblos de "Pileiao", a quince kilómetros del versante sur de Andalgalá, "Julumão" allí mismo, "Sumalao" a pocos minutos de los suburbios de la ciudad de Catamarca, "Anguinao", "Fiambalao", etc., etc.

Como documento indiscutible de la planta araucana en los valles diaguitas, queda un pueblo pintoresco y típico, con todas las características de los poblados indígenas. Me refiero al pueblo de Arauco, estribado sobre una derivación muelle del cerro de los Sauces, en cuya falda la fundación de Aimogasta se alza como un oasis, proyectando hacia la llanura medanosa, la fresca esmeralda de sus ubérrimas vides y el verde-humo de sus famosos olivares.

Arauco significa "agua gredosa".

Esta lengua no tiene, como la quíchua, una propiedad de invariabilidad que facilite su estudio. Pero lo realmente singular es que, en plena región calchaquí, en el centro del país y hasta en el litoral, por la emigración constante de los vocablos, se hablan hoy muchas palabras de origen aceptado como araucano y que no tienen traducción en otras lenguas.

Son bien conocidas y pertenecen al lenguaje común las siguientes: "cuncuna", "yoli", "yoles" degeneración de "yoli", "hualicho", "huasca" o guasca, "laucha", "chiripá", "chicha", "chuehoca", "choclo", "chuña", "chala", "chacra", "cuma", "pirka", etc., etc., palabras que aunque muchos suponen cuzqueñas, no tienen como ya se ha dicho, traducción en el idioma de los incas y sí en el de Arauco.

COSTUMBRES PUEBLERINAS DE ANTAÑO

¡Pum... Pum... Pum...!

—¡Pero quién será el zonzo que golpia tan fiero a esta hora? ¡Pancho! ¡Levantá hombre, andá ve quién es!

¡Pum... Pumm... Pummm...! Abra cuma Rosario.

—¡Levantá presto hombre, si es la cuma Venancia! ¡Qué habrá pasao?

Medio dormido se echó el hombre al suelo corriéndose hasta la puerta cuya tranca levantó a tientas, pues era obscura la noche y no había en el rancho ni un miserable cabo de vela.

—Velay, comagre, ¡qué le pasa que viene tan agitada?...

—¡Qué me hay pasar, hombre de Dios, sino que acaba de morirse sin viático don Lindor, el sepulturero y no hay ni un alma bendita pa que lo vele y rece por él.

—¡Que sia muerto quien? — gritó la mujer desde la cama, incorporándose como si alguien la hubiera pinchado por debajo.

Don Lindor, el sepulturero, — informó el marido.

—Y vengo a llevarla pa que le hagamos compañía — añadió la comadre penetrando en la alcoba.

Al par que se vestía “ña” Rosario en la obscuridad, iba inquirendo noticias del “caso” aquel, mientras del otro extremo de la piezuca donde esperaba la cuma, surgía la bronca voz atropellada y gangosa de la informante como si saliera de una caverna, pues el bulto que la emitía era invisible.

—Diz que lo hallaron muerto en la puerta del rancho, con un perro negro que toriaba fiero pa lao el monte.

—Sería el mandinga!

—¡O l'alma de algún dijunto enterrao vivo!

—¡Jesús nos ampare! Dicen que muchas noches se oyen lamentos en el cementerio y que algunas almas benditas se pásian con velas encendidas hasta que cantan los gallos.

—Anoche gritó la lechuza en el árbol del patio. De fijo qu'era por él.

—Y los caranchos daban gueltas ayer juntito al rancho, como si olfatiaran presa.

—¿Y el perro ese no sería l'ánima viva del turco Jacobo? Diz que le debía plata el dijunto.

A mí me pidió prestada una infinidad de veces yerba y tabaco. Pero yo ia se loí perdonao, pa que entre al cielo.

—Dios se lo hai pagar comagre.

Por fin salieron. En la puerta se volvió la dueña y le atizó al marido esta recomendación:

—Levántate temprano y vení al entierro.

El hombre se enroscó como un gato y se tapó hasta los ojos "no jueira que..."

En la bruna hosquedad de la noche, las dos viejas, arrebujadas en sendos pañolones negro-verdes, parecían dos brujas o dos de las parcas, dirigiéndose al averno.

A medio camino entraron en lo de "ña" Petra, la ca-brera, quien informada del suceso, saltó de la cama y se sumó al grupo.

Completo así el trío famoso, andaron y andaron en ríngla, precedidas por la cuma Venancia que se sabía de memoria el camino en dirección al cementerio, en cuyas vecindades vivía solitario el pobre enterrador, a quien esa tarde, al caer el crepúsculo, le había llegado la hora.

Desde lejos vieron las tres viejas la lucecita del candil, que se filtraba por la destartalada quineha del rancho. Comenzaron entonces a lanzar hondos suspiros y al enfrentarse

a la puerta, por cuyo vano se distinguían las siluetas de dos o tres hombres, junto al catre donde el muerto parecía dormir con los botines puestos, los suspiros fueron trocados en una verdadera jeremiada en tono mayor, que cobraba con lo tranquilo de la noche en la soledad campera, acentos de pavoroso embrujo.

Ya en el interior de la pieza fúnebre, las tres mequetrefes arreglaron las ropas del muerto, le estiraron las piernas sin descalzarlo, lo envolvieron en una vieja sábana a guisa de mortaja, y cruzándole los brazos por encima de ésta, le pusieron entre los dedos una ramita de olivo bendecido. Luego, por turno, y alternando el rito con lamentaciones del más extraño jaez, reiniciaron el llanto profesional por el alma del difunto.

De cuando en cuando, la plañidera de turno cortaba el llanto para encender un cigarro, que armaba mientras, continuando con mayores bríos hasta que llegaba el momento de pasarle el “cargo” a la parca más próxima.

Una de las viejas se paró en seco.

—¿Y si estuviera vivo el pobre?... ¡Tantos así habría enterrado él, que a lo mejor...!

“Ña” Petra, además de Cabrera y lloradora de oficio, era también despenadora, siendo no pocos los que habían entregado su alma con el auxilio de la robusta mujer.

Esta se llegó hasta el muerto, lo puso de espaldas sin ninguna clase de aspavientos, y con todo desparpajo montó en el torso del infeliz enterrador. Hecho ésto, se arremangó hasta los hombros, aplicó una rodilla en el espinazo del difunto, y metiendo ambos brazos por debajo del cuello, lo levantó con una fuerza bestial. El espinazo se partió con un “crac” que resonó sordamente en la pieza.

—¡Ya está! — dijo, volviendo al llanto con énfasis creciente.

Al rayar el día, llegó el marido de “ña” Rosario acompañado de algunos hombres y el carpintero del pueblo. Entre aquellos y éste, fabricaron en el acto un cajón prismático en el que metieron al muerto, sin mortaja y siempre con los botines puestos. En seguida cargaron con él, rumbo hacia el camposanto.

Las viejas hacían cortejo, sin llantos ahora, pero musitando oraciones que más parecían conjuros.

NOCHES PROVINCIANAS

En la excelsa serenidad de las campiñas sin progreso, cobran las noches su máximo esplendor y placidez.

Arde la luna, “como un ósculo divino sobre una pupila azul”, y en los campos y cortijos que baña la claridad de la vieja Selene, cae un blando desmayo de seres y de cosas y cesa el duro alentar de la brega cotidiana.

Sobre los pétalos albos de los jazmines y azucenas, plegan el vistoso cromo de su abanico las alegres y nerviosas mariposas y en los matorros del término, donde se agazapa la sombra, encienden sus intermitentes fanales las luciolas y los tucos ⁽³²⁾.

En el vecino aprisco, se apeñuscan las majadas mientras vela el cabrerillo que las trajo al redil, mordiendo en los garrones a las mañosas y rezagadas.

Los corderillos, insomnes, se dan de topes en la zahurda circular que les aparta de las madres y, como toques de alerta, se alzan en el abullonado montón de las ovejas que ruman en el bajío del aprisco, largos balidos de reclamo.

Duermen los hombres y sueñan las mujeres. En el hos

pitalario patio familiar, que regaron por la tarde para quitarle su estival abrigo las doncellas de la casa, sus camas, blancas de sábanas y rojas de colchas, semejan túmulos abandonados, con ofrendas de flores.

Y es que estas gentes, primitivas como los árboles, hechas a la luz sin tamiz de las campiñas asoleadas y los horizontes sin confines, no conciben el estío sin el fresco dormitorio de los patios, ni cambiarían su higiénico descanso, a plenitudes de aire, por la sofocante tiniebla de los cuartujos, donde merodean las arañas y tañen sus timbales los “chilicotes” (33).

Desde las colinas y altozanos que atalayan los cortijos como mudos guardianes de su sueño, baja un remusgo con aromas de alhucema y suave alentar de torrentes. Más cerca, en los canteros del jardín, en los arriates cuajados de jazmines y en las parras que limitan el término, los grillos y locustas entonan su inagotable sinfonía, mientras suena en la cañada la charanga de las ranas y el barítono de los sapos, que agoran la llovizna.

Todo, menos ellos, está en letargo en esta dulce ventura de las noches provincianas.

De improviso, rompe el silencio un impresionante alarido.

¡Alilicucú!...

Rezongan los mastines y sondean nerviosos la profunda negrura de las frondas.

¡Alilicucú...!

Nadie ha visto este pájaro nocturno de infeliz agüero. Nadie define su vida ni conoce su tamaño. Le suponen grande, misterioso y hostil y acojen su lamento como un inquietante augurio.

¡Alilicucú...!

Tres, cuatro alaridos, y el extraño rápsoda se pierde en

el arcano indescifrable de su vida, misteriosa como la noche de los campos donde habita.

¡Brú... Prú-Prú!

Ladran de nuevo los perros y alguien en la cama se incorpora santiguándose.

Por el sendero lejano, se oye un tropel de seres en desvelo.

Salen los canes escapados al encuentro de quien sea y entre el furioso ladrar de los guardianes y el chistar de los dueños que les apaciguan, rompe una guitarra en suave preludio y cunde en la noche la dulzura de una trova en gentil obsequio a las doncellas que duermen.

Todos los rumores callan, como si el triste canto tuviera la virtud magnética de silenciarlos. Hasta los perros, acaso con la intuición de que la música es grata para el corazón de sus dueñas, han vuelto a enroscarse tranquilamente en sus dormideros.

Sigue el trovador hilvanando estrofas.

Bajo el albor de las sábanas, se oyen cuchicheos y voces apagadas de amable comentario. Un suave arpegio termina la serenata y tras del clásico “¿a quién se debe...?” vánse los noctámbulos calle abajo o calle arriba, ladran otra vez por puro vicio los lebreles, y como en una conjuración general urdida en la sombra, vuelven los bichos a taladrar el silencio.

¡Brú... Prú-Prú... Guá...!

EL HIMETO DE ARCADIA

I

MARAVILLAS ENTOMOLOGICAS

Extraño y sugerente mundo éste de los insectos en su infinita variedad de especies y en los múltiples misterios de organización y de costumbres de su existencia azarosa.

Maravilloso y fascinante mundo, capaz de hundirnos por sí solo, en largas cerebraciones y profundos estudios, no ya en la inagotable variedad de las especies conocidas, sino en una sola de sus familias, cuyos individuos, con ser tan pequeños, ofrecen a la observación y al análisis los más curiosos y atrayentes motivos.

Trasladémosnos al campo. Nos instalemos pacientemente en cualquier lugar apartado de nuestro inmenso territorio, mejor allí donde chamusca el sol y urden sus estivales arabescos los lagartos siesteros, en el breñal estéril, en el rastrojo abandonado, en el carcahuesal de los fértiles bañados litorales o en el áspero y bravío pedriscal de algún valle provinciano, donde, como una graciosa ofrenda de los cielos, surgen tras de las lluvias las corolas escarlatas de la verdolaga junto a las albas y rosadas campanillas de los junquillos de San Roque y se abren en un baño de oro las fragantes flores esferoidales de los "churquis" (20) y las tuscas.

¡Qué contraste enorme en el corto espacio de unas cuantas millas!

¡Qué diferencia en la vida y en las cosas! Allá el ruido,

aquí el silencio. El gesto duro y enérgico en las villas, la sencillez geórgica en las campiñas. La pasión desbordante de la humana codicia ahogando los nobles impulsos de la estirpe en el consorcio de las urbes, la bondad inmanente de las almas oficiando en la suave y serena liturgia del alentar campero. La esclavitud allá, la libertad aquí.

Nuestra accidental vivienda rodeada de montañas que perfilan su cobriza crestería en la misma entraña de las nubes, se anega en luz de sol y se duerme apacible bajo la débil linterna de los astros en un toldo de cielos fulgurantes.

Zumban los insectos en el día y pulsan su cordaje lírico los grillos en la noche, y por todo el ámbito, en la vecindad de los cañadones pastosos, en los resquicios de las paredes ruinosas, en los jardines y en el escajo montuno, se alza perenne, a todas horas, una polifonía de estridencias y notas cristalinas que son el ofertorio y el reclamo de la hueste alada, devanando en la sombra el misterioso ritual de su existencia.

Hemos llegado al fundo al comenzar Estío.

Como sus moradores, tendremos que hacer la siesta, enervados también por el abrumo general que recoge en esta hora la vida toda.

Bajo un cobertizo que sombrea un algarrobo en flor, la gentil dueña nos ha puesto catres de tijera con sábanas muy blancas.

Pero, ¿podremos dormir?... Una nube zumbona nos da la bienvenida. Vuela nerviosa sobre nuestras cabezas, sube en volutas hacia el techo de barro y cañas ensambladas, de las que penden como amentos sus extraños nidos, baja luego, sale sin rumbo fijo, entra de nuevo por ventanas y resquicios, se abate audaz sobre el lecho, nos pasea por la frente sudorosa, nos acaricia los brazos en un cosquilleo de terciopelo.

En vano la aventamos. Inútil es nuestra protesta de honestos habitantes de ciudad, no acostumbrados a este asedio de los campos. La nube zumbadora se detiene un instante, se abre en abanico, se posa sobre las flores amarillas del algarrobo, y vuelve a la carga en un tenaz rebusque de... ¿de qué?...

Vamos a descubrirlo maravillados, porque al fin su impertinencia nos obliga a prestarle atención.

Observemos estos bichitos al paso de su andar por los dedos, cuidándonos de no aplastarlos.

Uno está sorbiendo algo con su diminuta y movable trompeta, con la que nos da graciosamente un imperceptible masaje.

Otro de mayor tamaño, más audaz o más exigente que su congénere, se insinúa por debajo del puño y está efectuando un trabajo de zapa por el brazo.

Simultáneamente dos o tres insectos, cuyo abdomen parece una flor de aroma por lo amarillo, nos dan de papirotazos en un vuelo nervioso de fuga, desapareciendo en el hueco de unas cañas.

Algo semejante hemos visto alguna vez en nuestros jardines, al abrirse las corolas.

No son desconocidos, pues, estos bichitos de tormento, aunque allá los hemos dejado pasar indiferentes.

Son los himenópteros, los eternos buscadores de polen y de néctar, caracterizados por sus cuatro alas membranosas finamente nervadas.

Son los famosos habitantes del clásico Himeto de la antigua Grecia, conocidos en su gran variedad melífica con el nombre genérico de abejas y el científico de ápidos.

Como estudiosos, aparte de lo que pudiéramos encontrar de interesante en la estructura general de estos insectos, bien quisiéramos detenernos en la observación de alguna que

otra sorprendente excentricidad de organización particular de cada grupo. Pero lo que interesa en ellos singularmente, es su método de vida, su constante y árdua movilidad, su maestría en el arte constructivo, su don de orientación y su prodigiosa memoria instintiva, que le lleva invariablemente al mismo nido o a donde quiera dirigirse, sea la estación del año que fuese y siempre que se trate de abejas nidífugas como las osmias y chalicodomas.

Aparte de todo esto, que ya es mucho, fuerza es reconocer que hay algo aún más asombroso en la vida de estos insectos y es su libre voluntad para imponer a los huevos de sus larvas el sexo que conviene, según sea la amplitud de la celda que los recibe.

II

LAS OSMIAS

Sigamos el vuelo de la que tenemos sobre nuestras cabezas: una abejita mediana de color negruzco, menos audaz que las zapadoras.

Es una "osmia", llamada abeja de las cañas.

Su vuelo la lleva directamente hacia unas azucenas abiertas en un arriate del jardín. Se introduce en una de ellas, llena el buche con el néctar que almacena su cáliz, vuela en seguida hacia las flores del algarrobo y embadurna en éstas sus patas posteriores que rasquetean hasta cubrirse de polen.

Cuando está literalmente abrumada por la carga, regresa al cobertizo donde "personalmente" ha construido sus celdas en el hueco de una caña, o se introduce en el nido de

barro del “chalicodoma”, abeja que lo abandona a merced de la piratería de las osmias.

Deja su carga, y vuelve a repetir la operación con la misma tozudez e igual destino.

Si la cavidad es amplia, el huevo que deposita es hembra; mas si por el contrario, la celda es reducida, el huevo contiene un germen masculino.

Desde luego, conviene advertir que en todos los himenópteros, la hembra, que es el individuo más importante de la familia, por ser la que lleva el fardo del trabajo y las responsabilidades consiguientes a la perpetuación de su especie, es el elemento principal de la postura.

Si buceamos en el nido de una osmia, descubriremos algo sorprendente: las celdas del fondo contienen siempre larvas femeninas, separadas una a una por débiles tabiques que se rompen al menor impulso. Las celdas anteriores, en menor número, están ocupadas por los gérmenes masculinos, disposición invariable que se explica por el más rápido desarrollo de los machos, que son los primeros en echarse al sol, aventajando a sus hermanas en varios días.

Observemos otra de las huéspedes de nuestras manos: es de mayor tamaño que la anterior y de un color parduzco.

Ausculda la piel con la trompetita que mueve como una sonda en todo sentido, va y viene sin oriente hasta que por último alza el vuelo, decepcionada quizá, yendo a posarse sobre un balde con agua. Bebe con ansia, se levanta limpiamente, se asienta allí nomás, sobre un cantero con tierra removida, desembucha el agua y hace un poco de fina argamasa que recoge luego en las antenas, para dirigirse hacia otra linde del cobertizo, donde está construyendo su nido. Suelta el barro allí, lo presiona con la trompa y las patas posteriores, lo alisa con la espátula de su abdomen y continúa así en su labor de hornera hasta que concluye sus casillas.

Es otra especie de osmia que prefiere trabajarse su morada al aire libre antes que subordinar el sexo de su prole a la caprichosa medida de las celdas del chalicodoma.

Por lo demás, todo se opera de acuerdo con las costumbres de la primera. Luego comenzará como ésta la recolección del polen y la succión en los nectarios para la fabricación del delicioso merengue que ha de repartir equitativamente en todas las casillas de que consta su nido, cuidando de que las porciones mayores correspondan a las hembras.

Por lo que dejamos por sabido, podemos deducir que lo que buscan tan afanosamente las industriosas abejitas al pasearse por nuestra piel, son las exudaciones propias de la estación de los calores.

Nada hemos aprendido aún y ha caído ya la tarde en el solitario retiro campesino que nos sirve de laboratorio.

Las flores han comenzado a inclinar sus corolas y a plegar sus pétalos.

Una “dama de noche” despereza sus albas campánulas y en una contradicción con la naturaleza que se prepara al sueño y al reposo, abre a la caricia de las brisas crepusculares el magnífico nectario de sus fragantes cucuruchos.

Algunas abejas rezagadas se abren camino a través de los pétalos adormecidos, huyéndole al abrazo asfixiante del sueño floral. Otras se introducen decididamente en la hospitalaria corola de las campanillas y allí se quedan, sobre el dorado lecho, a la espera del nuevo día.

Estos últimos himenópteros son las “antóforas” y los “chalicodomas” de las paredes, sorprendidos por la noche en la tarea de llenar sus ánforas.

Descansemos también nosotros bajo el toldo serenísimo de las estrellas, al aire libre como los hombres primitivos, mientras el mundo invisible nos regala desde la fronda del dintorno con la serenata maravillosa de sus cantos.

NUEVOS MISTERIOS

LA AVISPA DE LOS VIÑEDOS

Hemos reparado las fuerzas en un sueño continuo. En el amanecer diáfano del valle, los cuerpos parecen ingravidos.

No ha salido el sol aún y ya estamos en pie bajo el florido algarrobo del patio, asaltado por una turba de ápidos, avispas y abejorros que por lo tempraneros, parecen haberse “pasado en vela”.

¡Qué gran lección de pertinacia estamos recibiendo en nuestra pobre humanidad ciudadana! ¡Qué gran lección de amor y de equilibrio!

Nos la dan estos insignificantes bichitos mañaneros y nos la ofrecen los hombres en su laboriosa y alegre convivencia con aquellos.

Un mocetón bronceado por el sol, color característico de los hombres de campo, nos espera con el mate cebado y una sonrisa cordial y amplia.

Nos sentimos renovados en esta dulce calma hierática de la campiña donde todo es un himno a la epifanía del sol.

Y esta liturgia de la naturaleza que despierta alborozada, que se estremece al unísono, que vibra en todos los seres y las cosas en un orden perfecto y en una admirable solidaridad universal, exalta nuestra complejión anímica y nos desmedra en la transitoria estructura material que todo lo equilibra: hombres y bestias, aves e insectos, en el definitivo salto de la vida a la muerte.

Nos queda el consuelo de la razón para elevarnos por

sobre lo instintivo de la existencia. Nos queda la voluntad.

Y bien: mientras llega lo inexorable, en tanto que surcamos el declive hacia el término de la noche sin aurora, carguemos la mente de ciencia y el corazón de sentimientos, aquella para comprender a la bestia y diferenciarnos de ella en el consorcio social, éstos para acercarnos a su vida, para ver y aliviar los dolores de su angustiada y azarosa animalidad, interponiendo el sentido afectuoso del altruísmo entre su débil estructura y el bastardo y enfermizo egoísmo que nos impele a destruirla.

Estamos en el campo. Todo invita en él al recogimiento y al amor, ese estado primitivo y perfecto de los seres que tanto nos identifica con el numen creador.

En los corrales y rediles, balan los ganados recogidos a la espera de la esquila. Cantan dos horneros en un viejo sauce del bañado vecino y en los algarrobos y "lechicos" (34) que cierran el término, ha comenzado la clásica sonatina de las cigarras.

Nuestras vecinas, las osmias, limpian su harpón defensivo en el extremo de las cañas y ejercitan las alas como probando su eficiencia tras la ruda tarea precedente.

Las miramos con simpatía, pese a la siesta que nos frustraron, porque conocemos ya el misterio fecundo de su atrafagado existir.

En cuanto el sol se ha levantado por sobre los árboles más lejanos, comienzan a tejer su invisible maraña en la infinita ruta de los aires, preciosas y ágiles uranias y coleópteros de brillantes élitros.

Algo como una brasa choeca en nuestra frente y el dintorno se satura de un olor acre y característico. Es un avispon rojo, el terrible y bien conocido huésped de los viñedos y frutales, el alevoso "pije" de las casas colgantes, ocultas casi siempre en un hueco de las vigas en carcoma, entre los

pámpanos y hasta en las ranuras que deja el andamiaje en las paredes desnudas y rústicas.

Este díptero colonial técnicamente llamado “Vespa Cra-bro”, es el azote de las uvas y los higos, en particular. Las osmias y abejas comunes buscan las frutas abiertas y accidentadas y prefieren el néctar de las flores. La “anthófora” o “lleva flores” se nutre y avía exclusivamente en éstas. El avispón rojo rompe la corteza con sus poderosos garfios bucales y desvasta los racimos.

Sigámosle un instante, con cuidadas precauciones para evitar su fácil encono y el flechazo inflamante de su estilete, capaz de desfigurar el rostro con el terrible veneno de que lo impregna.

Desde la uva o el higo donde sacia su voracidad, alza el vuelo y se va en línea recta hacia el nido que construye con hojitas masticadas y detritus convertidos en una pasta grisácea.

Comienza por una celda cilíndrica de un centímetro de longitud por tres milímetros de diámetro. Pone en ella su huevo larvario, cierra la celda con la misma pasta, aunque de menor consistencia, y continúa la confección de otras adheridas a la primera y en las que a su turno repite la operación.

Si volvemos a visitar la obra después de un par de semanas, nos sorprenden dos cosas: la casa colgante tiene ya un diámetro que varía de diez a quince centímetros, no siendo raro encontrar nidos que llegan hasta veinte, adaptados en su conformación lateral al espacio de que disponen.

En este tiempo han nacido ya las primeras larvas y éstas se unen a la progenitora coadyuvando en el trabajo.

Como todas las casas son colgantes y la construcción se efectúa de arriba abajo, la avispa se despacha siempre en

posición invertida y así duerme durante toda la gesta, sin que tal cosa parezca molestarla en lo más mínimo.

Dejemos en paz a este menguado bicho y regresemos al abrigo, donde nos espera una bien provista mesa. No todo ha de ser observación y ayuno en este campo fecundo donde, como una tentación, se oyen balar los cabritos y se está sintiendo un tufillo a humitas ⁽³⁵⁾ y a jugoso asado.

EL CHALICODOMA DE LAS PAREDES

Vulgarmente: Bumbún. Onomatopeya que imita el zumbido del insecto.

La siesta nos depara iguales acechanzas que en el día anterior, pero como hemos de hacer una larga excursión por tierras áridas y pedriscales hoscas, nos cubrimos hasta la cabeza y echamos un sueñecito bajo la enervación que nos produce el zumbido intermitente de las pertinaces catadoras.

Dos horas más tarde, siguiendo al moctón que nos precede con excelente humor, aunque agobiado por el peso de un morral con vituallas y una enorme hacha que le hacía cruz por el hombro, nos internamos por el carcahuesal de una hondonada vecina, abundosa en pastos camalotes y flores de espliego y “nío-nío” ⁽³⁶⁾.

No faltan las tuscas y espinillos cargados de aromos, en los que nuestra vista ya experta, descubre nuevos himenópteros.

Junto a una pequeña abejita negruzca que tiene las patas posteriores y hasta el abdomen cargados de polen, camina pesadamente un enorme insecto negro, especie de abeja

gigante, clasificado como un abejorro himenóptero para diferenciarlo del coleóptero de ese nombre, que en lugar de alas tiene élitros.

Los dos himenópteros, hartos de flores, levantan el vuelo simultáneamente, lanzándose como flechas en dirección al collado que acantila el valle a dos o tres kilómetros del fundo.

Sigámosles en su fantástica fuga, siquiera sea con la imaginación.

A medio camino, la pequeña lleva una delantera de muchos metros, volando siempre en línea recta. La grande que es una abeja albañila, va rezagándose en vuelos irregulares, hasta que se detiene frente a unas ruinas convertidas en harnero, semejantes a esas paredes que han servido para ejercitar la puntería en las maniobras militares.

El grueso insecto revolotea zumbando, se confunde con muchos otros que buscan su respectiva tronera y por último se introduce en la que le pertenece dejando en su interior la preciosa carga de néctar y de polen.

Además del poderoso zumbido que distingue a la albañila, se la conoce fácilmente por su abdomen y las patas, que lleva recubiertas de un espeso vello, tegumento que el animalito utiliza admirablemente, recogiendo en él todo el polen que necesita. En tales condiciones, el chalicodoma parece una flor de tusca bailoteando en el aire.

La hembra que es negra, va armada de un poderoso aguijón que suele hacer sus víctimas entre los muchachos incautos, que los atrapan para convertirlos en globos cautivos, atándoles un hilo en una pata.

El macho, algo más voluminoso y de un color rojizo agrisado, es completamente inofensivo. De diciembre a febrero, las paredes se pueblan de un rumor de huracán lejano, tal es la nube de chalicodomas que las agujerea para construir

en ellas sus celdillas de barro, perfectamente simétricas, a las que revocan artísticamente con una ligera capa de fina arenisca.

Esta particularidad del nido, relleno de una miel pastosa, amarilla y exquisitamente perfumada, ha dado el nombre a la mentada abeja.

Chalicodoma significa albañila.

* * *

Detenidos con este insecto, hemos perdido la ruta de la veloz abejita. No importa: hay muchas que siguen su camino porque el enjambre a que pertenece tiene algunos centenares y a veces millares de individuos.

Sigamos a la primera que pase si tenemos la suerte de distinguirla en su instantánea travesía, ayudados por la diaphanidad del ambiente.

¡Dos! ¡Tres! ¡Una ringla! Estamos de parabienes.



LAS COLMENAS

Trepamos el collado hostil y salvaje, alentados por el bravo mocetón que camina dando zancadas y con la vista fija en el aire para pescar al paso el escurridizo puntito negro del insecto, que a decir del guía, nos llevará directamente a su guarida.

Frente a un *cereus* gigante, de los que llaman vulgarmente cardón, se detiene expectante. Ya no es sólo un pequeño proyectil el que puede orientarnos... ¡Son docenas! Y esta concentración que sentimos gravitar sobre nuestras cabezas, descubre la proximidad de la colmena.

Busca el mozo con una atención de felino, rodea el cardón, lo ausculta de abajo arriba y por fin avanza resueltamente en dirección de un soberbio ejemplar situado en la misma arista de la loma.

Desde varios metros, su vista de lince descubre la ringle-ra de abejitas entrando en el nido.

Nuestra perspicacia pueblera no da con la entrada.

—Ahisito, en la “paica” (37).

—¡Ah sí, ya la vemos!

Era un pequeño orificio con un reborde circular de un diámetro escaso de tres milímetros, construido de arenisca mezclada con una sustancia negra muy semejante al alquitrán. Una verdadera y perfecta construcción de mortero.

Aplicamos el oído y allá en la entraña del tronco percibimos un sordo rumor de marea o mejor, de fragua en plena actividad.

El paisano se desprende del morral, baja el hacha, mide el tronco tratando de adivinar el desplazamiento interior del hueco melar y cuadrándose como un gladiador, empuña y alza en alto el pesado y cortante instrumento.

—¿Qué hace, amigo! — le gritamos.

—Pues sacar la colmena — nos contesta el hombre con toda naturalidad.

Nos oponemos. ¿No es acaso una herejía? ¿No conocemos ya cuanto se ha dicho y escrito sobre las abejas? Su vida colonial, su laboriosidad ejemplar, la clásica haraganería del zángano, la fecundidad de la reina y la matanza general de los holgazanes por las obreras, son cosas que todo el mundo sabe. Con lo que nos ha descripto Maeterlink tenemos bastante.

El hombre nos mira como si fuéramos bichos raros, estupefacto. No concibe la menor razón que justifique esos escrúpulos. ¿Para qué ha traído el hacha entonces?... ¿No sabemos que la miel de esos insignificantes insectos es un manjar delicioso?... ¿Ignoramos que las gentes se la quitan en las boticas para curarse muchos males?... ¿Con dejar viva la reina!... Y ésto, en nuestro obsequio, porque el buen hombre, supersticioso desde luego, se la hubiera deglutido muy fresco, creyendo en la tradición que asegura que, con la reina en el estómago, un individuo puede descubrir todas las colmenas que quiera.

Mientras abrimos la boca por ésto que se nos dice, el hacha comienza a abrir un tajo transversal, a medio metro debajo del orificio por el que entran y salen, inconscientes del pillaje que las amenaza, las mansas abejitas que serán sus víctimas.

Nos resignamos a presenciar la inaudita depredación, sintiendo como si la simpatía que nos inspirara el mocetón

se estuviera convirtiendo en algo así como un principio de hostilidad.

Acuciados no obstante por los misterios que venimos descubriendo, seguimos con interés la menguada operación.

Rápidamente, porque la corteza del cardón es una pasta, el hachador ha tallado un rectángulo que profundiza cuidadosamente.

En uno de los golpes, el hacha se va “hasta el ojo”, lo que indica que ha encontrado el vacío perforando toda la parte sólida del tronco.

Presiona haciendo palanca y el rectángulo se desprende dejando al descubierto el bullente enjambre.

La colmena está ya a la vista y, con no poca sorpresa, constatamos que lo que sabíamos respecto a las colmenas en los meleros de la industria, no es nada parecido a lo que estamos viendo.

En una cavidad estrecha, que antes ocupara el corazón, o sea la médula del gigantesco captus, hay un conglomerado de lo más heterogéneo.

En la parte superior, una especie de racimo de uvas formado por celdillas o alvéolos de cera negruzca separados por tabiques esferoidales y a veces poliédricos. Debajo de este racimo, que contiene la miel, otras celdas semejantes, recubiertas de una fina capa de cera color chocolate. Este es el depósito de polen amasado. Cada celda contiene el polen y parte del néctar de flores hermanas, pero no hay dos alvéolos que tengan el mismo sabor, lo que por sí sólo constituye una maravilla de previsión dentro de la estructura general de la colmena.

Hemos comido esta “flor” y hemos comprobado lo que parecía imposible: cada celda polenífera, conserva, no obstante la transformación que debe sufrir la materia prima, el perfume de la flor que ha servido para rellenarla. El mozo

del fundo, catador experto de sabores, nos va descubriendo el origen de cada uno a medida que nos va alcanzando los que a su juicio son más preciados; flor de tusca, de ulba, de cardón, de doca, de mburucuyá o pasión.

Debajo de la flor, se distingue un extraño pastel también retobado en cera y cuya forma nos recuerda los panales artificiales que venden como naturales los almaceneros de la ciudad. El hombre lo extrajo con mucho cuidado y se lo llevó a la boca, chupando con deleite.

—Aloja criolla — nos dijo—. ¡La chicha de los salteños!
Al probarla hicimos muecas.

Este agrio brevaje constituye el biberón de las larvas. Primero lo amargo, después lo dulce, parece ser la consigna de las abejas. Primero el laxante para los recién nacidos, luego un desayuno de flores y por último el sedante de la miel. ¡Qué soberbia intuición materna la de estos criollos animalitos!

Debajo de todo este material que llena la despensa, y haciendo base a la colmena, se encuentra un nuevo pastel de ocho a doce capas con celdillas cilíndricas ocupadas cada una por una larva.

Parece ser que las hembras u obreras, se conforman con la frugal comida de las flores, no así los machos e individuos neutros, que se beben la miel, hasta que las hermanas, cansadas de la vil explotación, los echan a empujones a la calle, pasándolos a deguello así que uno de ellos haya cumplido con la reina su efímera misión.

¡Lástima grande que la colonia humana no tome ejemplo de esta formidable lección y se deje sorber la sangre impunemente por el ejército de vagos que la enquistan.

En los bosques de Salta y Jujuy, esta abejita a la que llaman mestiza, es de un color rubio áureo. Cuando se acerca

a su guarida y se espesa la línea, ésta parece un rayo de sol filtrándose entre los montes.

Réstanos hacer notar que tanto las mestizas como las negruzcas del sud tropical, son absolutamente inofensivas, razón de más para que la depredación sea realmente lastimosa.

LOS FAROS DE NUESTRA ARCADIA

En un libro en el que se hace la apología de nuestras bellezas y costumbres, sería ingrato, a fe, prescindir de los factores intelectuales que han intervenido en su medio, contribuyendo a darle su característica y prestigiosa modalidad.

Vamos, pues, a dedicar un capítulo a los que llamo "Faros de ARCADIA", seguros de que, con sólo mentarlos, hemos de estimular a los estudiosos, en particular a aquellos que aún no han encontrado el norte de su definitiva personalidad y que acaso estuvieran a tiempo para plasmarse en el molde de esas vidas cumbres.

I

LOS POETAS

José Mármol. — Poeta romántico cuyo estro tuvo acentos épicos en los versos y en su prosa de combate.

Nació en Buenos Aires en 1815 y murió en la misma en 1871 a raíz de una rápida dolencia cardíaca. A los veinte años, tras de haber escrito algunos artículos contra la tiranía,

Rosas le hizo encarcelar, convirtiéndolo desde ese momento en el más encarnizado y tenaz de sus enemigos.

Para mantener su independencia, constantemente amenazada por los esbirros del tirano, se expatrió a Montevideo, generoso asilo de una pléyade argentina que honró luego a la patria.

Sus principales obras poéticas fueron los “Cantos del Peregrino” y los dramas “El Poeta” y “El Cruzado”.

Como polemista fué formidable, siendo su novela “Amalia” un verdadero modelo de crítica y un alegato al par que un proceso completo contra la obra nefasta del tirano.

Muerto Rosas, volvió del ostracismo, trocando la lira del vate por la pluma del periodista.

Representó a Buenos Aires en el Congreso, fué director de la Biblioteca Nacional y en sus últimos años perdió la vista.

* * *

Olegario V. Andrade. — Este vate llamado el Víctor Hugo argentino, nació en Concepción del Uruguay en 1841 y murió en Buenos Aires en 1882.

Notable entre los más notables poetas de América, no ha sido aventajado hasta nuestros días por ningún cantor épico de habla castellana.

Su característica fué la frase vigorosa y detonante, tallada dentro de una profusión tropical de espléndidas imágenes.

Aparte de dos o tres poesías sencillísimas como el “Consejo Maternal” y “La Vuelta al Hogar”, todo es grandilocuente en su preciosa rima.

Entre sus más celebradas producciones se cuentan “Prometeo”, “El Nido de Cóndores”, “El Arpa Perdida”, “A

San Martín”, “La Creación” y “Atlántida”, soberbio poema este último, que le valió la flor natural en el certamen poético de 1881.

Un año después de haber sido laureado y cuando sólo contaba 41 años de edad, el destino, que suele alimentarse de los mejores, tronchó la vida del egregio vate, restándole a la patria la gloria de su magnífico estro.

Poco antes de morir había fundado algunos periódicos, entre ellos “La América” y “Tribuna Nacional”.

* * *

Esteban Echeverría. — Fué una de las víctimas de la tiranía.

El Cisne Americano, como le llamaron sus coetáneos en virtud del elevado y sentimental lirismo de sus cantos, nació en Buenos Aires en el año 1805 y murió expatriado en Montevideo en 1851, sin el consuelo de presenciar por lo menos la caída de su verdugo.

Entre las obras que han cimentado su fama figuran “Consuelos” y “Rimas”, reunidos en volúmenes completamente agotados.

Sus poesías sueltas más notables son “Avellaneda”, “La Guitarra” y “Angel Caído”, siendo su bello poema “La Cautiva” una de las mejores composiciones de nuestra literatura poética.

* * *

Juan María Gutiérrez. — Periodista, literato y poeta enjundioso y brillante, siguió el mismo camino del exilio que marcó el destino de Mármol, Echeverría, Varela y muchos otros espíritus dilectos.

Nacido en Buenos Aires en 1819, murió en la misma en 1878, después de pasear su patriótico dolor por Chile, Uruguay, Perú y Europa.

Fué rector de la Universidad de Buenos Aires, destacando por sobre todas sus actividades espirituales, su especial complejión de maestro.

Durante su destierro en Montevideo, fué laureado por su canto poético "A Mayo".

II

LOS MAESTROS

Pedro Goyena. — Entre un paréntesis que va de 1843 a 1892, vivió este preclaro espíritu argentino que fuera el doctor Pedro Goyena. Su cuna y su tumba están en la gran ciudad que tanto exaltó con su afecto y honrara con su poderosa mentalidad.

A los veintitrés años de su fecundísima vida, fué designado catedrático de Filosofía en el Colegio Nacional de Buenos Aires, cátedra que pasó a dictar luego en la Facultad de Derecho y que tuvo que abandonar más tarde para enseñar Derecho Romano, asignatura que dominaba como un maestro.

Sus grandes dotes para la oratoria le llevaron a la vida pública.

Llamado a ocupar una banca en el Congreso, su elocuencia dejó una huella memorable, contribuyendo a marcar una época de las más brillantes en la historia del Parlamento Argentino.

Compañero y gran amigo de Estrada y como éste, orador, filósofo y escritor, el binomio inseparable de sus nom-

bres se ha proyectado en los destinos sociales del país con la claridad de un lampo en la noche.

Aparte de sus obras y artículos de enjundia, que constituyen una labor de gesta y que debiera conocer toda la juventud argentina, su "Crítica Literaria" subraya otro aspecto de su poderosa y dinámica mentalidad.

* * *

José Manuel Estrada. — Esta gloria de las letras argentinas vió la luz en Buenos Aires el 13 de julio de 1843.

Como una revivencia de la nobleza y austeridad del hogar tradicional, no hay otra vida que pueda parangonársele.

Fué educado esmeradamente en las severas disciplinas del más puro cristianismo, cursando estudios superiores bajo la sabia dirección del Padre Hidalgo.

Hombre de acendrado fervor patriótico, de talento meridiano, de sólida erudición, de portentosa elocuencia, fué un demoleedor y fué un constructor en nuestra incipiente estructura social.

Fué llamado "maestro de las juventudes", y a fe que supo volcar en ellas toda la riqueza de sus nobilísimos ideales.

Fué periodista, miembro del Consejo de Instrucción Pública, diputado a la Legislatura, rector del Colegio Nacional, etc., etc. Pero sobre todo fué MAESTRO.

Enviado al Paraguay como Ministro Plenipotenciario, falleció en la Asunción el 17 de septiembre de 1894.

Sus restos fueron repatriados poco tiempo después.

Entre sus obras más famosas podemos citar "El génesis de nuestra raza", "La América en peligro", "Derecho Constitucional" y "Lecciones sobre la historia de la República Argentina".

* * *

Fray Mamerto Esquiú. — Entre los sacerdotes-maestros de nuestra gesta democrática, este humilde fraile llamado “El peregrino”, ocupa el plinto más alto.

Nació en Piedra Blanca, provincia de Catamarca, el 11 de mayo de 1826 y murió en plena acción de apostolado en los desiertos del sur de la misma provincia el 10 de enero de 1883.

Desde su nacimiento y hasta la edad de tres meses, el niño estuvo entre la vida y la muerte, por lo que la madre, sumamente devota, prometió a San Francisco de Asís vestirle el hábito de la orden en cuanto recuperara la salud.

En cumplimiento de este voto materno, el niño llevó el sayal de los discípulos de Asís desde los cinco años hasta su muerte.

Nunca una ofrenda de esta naturaleza estuvo más en concordancia con el espíritu que aquella encadenaba. Porque el hijo que al principio cumpliera inconsciente la voluntad paterna, fué, con el juicio, robusteciendo su vocación hasta convertirla en definitiva y entregarse para siempre a los imperativos de su singular predestino.

Un determinismo simplísimo dentro de sus conceptos humanos, le hizo abandonarse con la más honda resignación a lo que juzgaba el motivo esencial, mejor dicho exclusivo, de su existencia: ser humilde, ser tolerante, ser útil.

Maestro desde los 17 años, estudia todos los arcanos y se convierte en sabio.

La Constitución del 53, tan resistida por la sociedad que descuajó la tiranía, tuvo en él su mejor paladín y del famoso y grandilocuente discurso patriótico que pronunciara en su defensa el 9 de julio de aquel año, arranca la gloria que le aureoló hasta su muerte y que fué exaltándose a cada paso de su vida perégrina, hasta volvérselo intolerable.

Huyó de la gloria y se exiló en Tarija.

Viajó por tierras áridas, predicando en ellas la virtud y enseñando las ciencias, y, cumpliendo una obsesión de su mente, peregrinó por Jerusalén llevando en alas de su verbo pleno de unciones y de fervores patrios, una magnífica eclusión de prestigios nativos.

Respecto de su bautismo de gloria que le valió el nombre de “Orador de la Constitución”, el doctor Pedro Goyena escribió lo siguiente: “Habló a los argentinos con palabra tan alta y elocuente, que jamás, ni antes ni después, se pronunció otra igual...”

En forma parecida, otro porteño, el doctor Miguel Navarro Viola, pronunció las siguientes palabras: “Sólo os pedimos que desde allí (Catamarca) arrojéis una mirada sobre nuestro suelo y midáis la distancia; y si las elevadas torres de nuestros viejos y magníficos templos os parecen demasiado bajas para incitaros a descender hasta ellas, el pueblo de Buenos Aires tiene algo más encumbrado que ofrecer al genio: el inmenso entusiasmo de la parte ilustrada de su sociedad. ¡Orador!, ella brinda a vuestra elocuencia con las bóvedas de sus Basílicas, en otro tiempo llenas de la palabra de los Gómez, de los Funes y de los Agüero. El humo de los sagrados incensarios nunca habrá subido tan alto, ni la palabra de Dios se habrá acercado tanto al lenguaje sublime de la creación.”

El Padre Esquiú fué obispo de Córdoba después de rechazar el arzobispado de Buenos Aires.

Como maestro, como escritor, como predicador y polemista, su palabra rayó siempre en los horizontes de lo infinito.

III

LOS PUBLICISTAS

Mariano Moreno. — Este ilustre precursor de la nacionalidad argentina vió la luz en Buenos Aires el 23 de septiembre de 1778.

Cursó sus primeros estudios en el famoso colegio de San Carlos, trasladándose luego a Chuquisaca donde se graduó de doctor en leyes.

Los prolegómenos de la causa revolucionaria y el estallido de Mayo, lo contaron entre sus más fervorosos partidarios.

Sus escritos más fogosos le fueron inspirados por sus ideas democráticas, nutridas en las fuentes de la revolución francesa, y a las que supo defender con brío y sostener incólumes hasta su prematura muerte ocurrida en las trágicas circunstancias que todos conocen.

Sus producciones fueron recopiladas en un tomo que se publicó en 1896 y constituyen un valioso tesoro de doctrina política y económica.

Murió en 1811. Su cadáver, que bien merecía descansar en la patria para que se le ofrendaran sus flores, tuvo como tumba la inmensa extensión del mar.

* * *

Juan Bautista Alberdi. — Tucumán fué la cuna de este ilustre varón argentino que amasó los cimientos de la Constitución Nacional.

Nació en 1811 y falleció en París en 1884.

Con motivo de la repatriación de sus restos, el gobierno de la República decretó honras extraordinarias.

Estudió en Buenos Aires y se graduó de abogado en Montevideo. Poco tiempo después representó a su país como Ministro Plenipotenciario en París, España, Estados Unidos e Inglaterra.

Sus escritos y estudios han sido recopilados en 16 tomos, constituyendo en suma un valioso archivo de documentación histórica.

Pero las obras que harán imperecedera su memoria son “Las Bases” y “El Crimen de la Guerra”, formidable polémica doctrinaria esta última, relacionada con la guerra contra el Paraguay.

Fundó diarios, centros de cultura, cenáculos literarios, etcétera, y en todos ellos supo dejar la huella indeleble de su potente numen y de su no menos potente espíritu de combate.



Domingo Faustino Sarmiento. — Justamente llamado el “hombre-cumbre”, Sarmiento es uno de los polígrafos argentinos más famosos.

Nació en San Juan el 15 de febrero de 1811 y murió en la Asunción el 11 de septiembre de 1888.

Atormentado por el ansia de saber, estudió con una pertinacia ejemplar, leyendo cuanto libro caía en sus manos.

Desde el humilde puesto de dependiente de tienda, ascendió todos los cargos y supo conquistar todos los títulos, hasta el de Dr. “Honoris Causa” que en Norte América se discierne sólo a los grandes hombres.

Fué maestro, periodista, guerrero, literato, diputado, senador, ministro de gobierno y presidente de la República.

Como todos los espíritus privilegiados de su época Sarmiento no aceptó el yugo de la tiranía y se expatrió para Chile, en cuyos centros más selectos fulguró su inteligencia.

Pedagogo y maestro insigne, fué toda su vida un obsesionado de la cultura.

Observando métodos y madurando ideas, viajó por Europa y Estados Unidos y fué al regresar de este último país cuando le encontró en Río de Janeiro la noticia de su elección presidencial.

Sus escritos están recopilados en 52 volúmenes que constituyen un precioso tesoro en la bibliografía nacional, pero sus obras más famosas son “Facundo” y “Recuerdos de Provincias”.

* * *

Bartolomé Mitre. — Este excelso varón es una de las glorias más puras de nuestra tierra. Con Sarmiento y Avellaneda, constituyen el tríptico más famoso de hombres poliactivos, capaces por sí solos de perpetuar el prestigio secular de un pueblo y de una raza.

Para honra nuestra, nació en Buenos Aires en 1821 y para gloria de la posteridad falleció en la capital de la República en 1906.

El histórico jubileo con que le honrara su cuna, fué la base del monumento que habría de levantársele, no importa en que fecha, como una ofrenda impostergable de la gratitud nacional.

¡Mitre ha muerto!

Cuando este grito cundió por todos los ámbitos de la

patria y del orbe, enmudeció la palabra para que hablaran los corazones y tañeran sus estrofas de dolor las liras.

Si Mitre no hubiera sido todo lo que fué, su actitud sustancial, en concordancia con la doctrina sustentada por el gobierno de Sarmiento, sublimemente humana y democrática, de que “la victoria no da derechos”, hubiera bastado para el plinto de su gloria universal. Pero fué tan enorme su bagaje consular, que el bronce y el mármol acaso no sean suficientes para representarlo en símbolo.

Era un predestinado a la inmortalidad y supo siempre campear a la altura de su sino. Fué un héroe y fué un clarovidente.

Su poliédrica mentalidad animó todas las facetas del prisma.

Hombre Acción y Hombre Fanal. Fué estadista, escritor, guerrero y poeta.

Con Cané, Andrés Lamas y otros ilustres argentinos, inició su carrera literaria en el Uruguay. Publicó muy joven un tomo de poesías titulado “Rimas”, y tradujo más tarde en sonoros tercetos castellanos “La Divina Comedia”, del Dante.

Como una síntesis monumental de su labor histórica, nos quedan de Mitre dos obras sustantivas: “Historia de San Martín” e “Historia de Belgrano”.

Como biógrafo se cita su ejemplar trabajo sobre Rivera Indarte.

Como polemista brioso, aparte de toda su labor de periodista, escribió sus cartas sobre la triple alianza.

En su carrera, que fué un caso típico de dinamismo físico y mental, ocupó los cargos de diputado y senador, culminando en la presidencia de la República que fué histórica.

El diario “La Nación” y el Museo y Archivo Mitre, dos

instituciones que honran al país, superviven con la misma enjundia que alentó el gran espíritu de su fundador.

* * *

Nicolás Avellaneda. — Hijo del mártir de Metán, no podía quebrar los designios del destino con que nació su estirpe. Llegó a la presidencia de la República por la misma lógica fatal que lleva los grandes ríos a la mar.

No había de suspenderse en el vacío la arrebatadora fuerza inmanente que le impelía a la cumbre. Fué frondoso y totalmente magnífico como la naturaleza tucumana que le ungió al nacer.

Vió la luz en la ciudad histórica en 1836 y falleció en el mar en 1885.

Estadista insigne, profundo pensador y delicado poeta, llevó la expresión oral y escrita al más alto grado a que puede aspirar un hombre.

Forjado en la fragua del heroísmo y de las más excelsas virtudes ciudadanas, la prosapia tradicional del viejo solar nativo, tanto como los destinos del país que se le confiaran, tuvieron en Avellaneda su numen protector.

Estudió en la vieja universidad de Trejo y Sanabria, de la que salieron tantos ilustres varones, y completó su cultura en Buenos Aires.

Como glorias de la literatura nacional, nos han quedado de Avellaneda sus "Memorias", "Cartas" y "Discursos", verdaderos veneros donde la juventud estudiosa puede abreviar a torrentes y dar relieves a su carácter.

Su prematura muerte constituyó un gran luto nacional.

FOLKLORE VEGETAL

LA FLORA HUMILDE

Hablando de nuestra flora autóctona, pocas veces se dedica un recuerdo a las modestas plantas del breñal, tan importantes como los árboles selváticos y muchas de ellas utilísimas y realmente preciosas.

¿Qué sería de nuestros campos sin la verde y refrescante alfombra de las hierbas? ¿Cómo sería posible la vida en las cumbres sin ese portento muelle que se llama el pastizal o “aibe”? ¿Cuál sería el destino de los pueblos agrestes sin la terapéutica salvadora que hizo de la insignificante matita de tomillo, de doradilla, de yareta, de quimpe, la medicina inicial y más que socorrida para muchos de sus males?...

Vamos a reparar en parte esta ingratitud científica, dedicándoles en este libro argentino, parte de los elogios y apologías que suele dispensárseles al pasar, cuando nos acaricia la frescura perfumada de su agreste y modesta generosidad.

* * *

La Saetilla. — Es ésta una gramínea (Aristida Spegazzini), muy resistente y sumamente abundosa. Aunque su talla es menuda, sin distanciarse mucho del musgo de los jardines, su raíz mantiene una asombrosa vitalidad, no así las ramitas, semejantes a una planta pequeñísima de trigo, que no resis-

ten por mucho tiempo los fuertes soles del verano. El ganado se regala con este pasto en cualesquiera de las formas en que lo encuentra, siendo muchas veces su alimento esencial.

Después de las lluvias primaverales, los campos se cubren de un tapiz verde pálido, que cobra mayores luces y se densifica en torno de la vegetación que lo sombrea.

Poco tiempo después, las matitas se abren en pequeñas flores compuestas, que semillan casi de inmediato en una especie de diminutos harpones que le han dado su nombre: "saetilla", convertido por la gente campesina en "saitiya".

No tiene aplicaciones ajenas a sus condiciones nutritivas, pero suele dejar ingratos escozores con el leve pinchazo de sus saetas.

* * *

La Pichana. — (Cassia aphilla).

Esta planta que tiene la virtud de conservarse siempre verde, aunque con tonos opacos en invierno, es una conocida leguminosa de los valles y terrenos abiertos de la precordillera, que crece con mayor enjundia en el límite medio de la llanura y la pedrisca. Sus hojas en rimeros, que en realidad son tallos múltiples, ya que la planta no tiene hojas, por cuyo motivo se llama aphilla, están constituidas por largos filamentos cilíndricos muy flexibles, condición que aprovechan las gentes del pueblo para hacer escobas con esta planta, y que ha causado el trastrueque de su nombre por el del admínículo casero. En ciertas regiones del norte argentino, en Salta y Jujuy, se la llama simplemente escoba.

Pichana es palabra del léxico queshua que quiere decir "algo con que se barre". Llábase también "pichana" a la "sida frutescens" o escoba cimarrona del Perú y a la "Cassia Laevigata" que es una compuesta de Misiones y Brasil.

En lugares donde abunda la algarroba, los hombres que se alimentan con ella, suelen construir torcidas o trenzas de pichana, las que a su vez sirven para fabricar “huaspasnes” (38) y “pirhuas”, especie de silos cilíndricos unos y cónicos las otras, donde se apisona aquélla.

La terapéutica casera, que conoce a fondo las virtudes de las plantas nativas, asegura que una infusión de raíz de pichana, es una panacea para el empacho.

Varios pueblos y ríos del país llevan el nombre de esta planta, cuyas flores arracimadas, de un precioso amarillo, ponen sobre los campos olvidados, hermosos bullones de oro.

* * *

El Aibe. — (Poa, en su clasificación genérica). Llámase así al pasto de las cumbres, cuyo nombre específico es: *Stipa papposa*.

Nada hay más hermoso y terrible, a la vez, que el espectáculo de un incendio invernal en el espinazo de las sierras de pastoreo.

Allá por fines de agosto, después del largo invierno cumbbrero, blanquea reseco el mar de duros pastos, en el que inútilmente buscan la tierna mata las haciendas.

Como se avecina Estío, la estación de los brotes y matojos, álguien, con intención o por descuido, arroja un fósforo, o simplemente un pucho encendido sobre la yesca del aibe.

Instantáneamente la cumbre se vuelve un infierno. El pasto crepita convertido en olas de llamas y torbellinos de humo, y el ganado, desesperado y aturdido, se precipita en aquella horrenda fragua.

Como el río de fuego cunde rápidamente estimulado por

la brisa, que nunca falta en la cumbre, desde los valles cobra el espectáculo la perspectiva de un océano ardiente.

Las leyes prohíben estos incendios intencionados en la sierra.

Pero el montañés necesita que sus ganados coman, y como el aibe sólo es manjar de haciendas cuando es tierno, nunca falta quien burlando la ley, por un derecho de vida, le aplique un tizón al pasto seco, buscando el renuevo que verdea en noviembre.

A veces suelen ser pillastres de paso quienes provocan la hecatombe.

Pero... ¿quién da con ellos para tomarse una vindicta en la inmensa soledad de las cumbres? Se asegura que muchos de estos chuscos han pagado con la vida su insensata bellaquería, pues no haciendo caso del viento ni contando con lo instantáneo del río de fuego, fueron envueltos por las llamas y achicharrados como insectos.

* * *

El Poleo. — (*Lippia Turbinata*). Desde Córdoba hacia el norte, sin que falte también en Buenos Aires ni en las regiones del oeste paralelas a la provincia litoral, crece lozano y dilecto este aromático arbusto de la flora nacional.

Sus hojas son simples y sus flores en cabezuela, abelotadas y amorfas, a la manera de algunas umbelíferas parásitas.

En Europa existe una planta labiada con el mismo nombre, pero ni su estructura ni su fragancia son semejantes a las de nuestro poleo que es una lippia bien definida, al par que aquélla se parece a la hierba-buena de nuestras acequias.

Su nombre técnico es “*menta poleium*”, siendo común en nuestro país.

El verdadero poleo es un arbusto de follaje abierto que llega a menudo hasta dos metros de alto. Es además una planta perenne. Sus propiedades diuréticas y estomacales son notables y sus hojas, en infusión, producen una bebida caliente agradabilísima, indicada especialmente para combatir la dispepsia.

ABREVADEROS TOXICOS

La lectura de obras frívolas, sin substancia, sin un propósito instructivo y sano que las convierta en instrumento de cultura, es el mal general de la época. Se lee por pasatiempo, en los trenes y mientras se va al trabajo en los tranvías. Basta oír la clase de lecturas y el pregón con que las ofrecen, para juzgar con dureza del gusto y la mentalidad que las reclama. Los clásicos, en cuyas obras hay por lo menos una gran escuela de belleza expresiva, se han dejado olvidados en esta invasión de nuevos conceptos estéticos que han abierto un amplio horizonte de especulaciones mórbidas.

Lo substancial no interesa en el vivir precipitado y claudicante de las juventudes modernas. No queda tiempo para cerebrar e instruirse en disciplinas ingratas por lo hondas. Y como éste es el ritmo de todas las voluntades, basta el pequeño barniz que disfraza la cultura, sin esclavizarse al sacrificio de los estudios que la dan real.

¿Quién se ocupa de remover el légamo de ignorancia que hay debajo de aquél?...

¡Con vivir al día en el noticiero común y estar enterados de uno que otro suceso de vanguardia, todo queda consentido!

De ahí que cada día sean más escasas las producciones medulares, mientras se multiplican las concepciones ligeras y sin freno que desvían los sentimientos y se fraguan la nueva moral. ¡Los cerdos han convertido en charcas las cristalinas fuentes, chapaleando en ellas! Las adelfas crecen enjundiosas en el campo que cultivaron con bellas simientes los viejos maestros.

Se lee lo que se escribe, bajo el apremio de los sentidos intoxicados y la animalidad exacerbada. El crimen, el asalto espectacular, el secuestro apasionado, el horrible condomio policial, la revista pornográfica, la novelita indecente que se queda como un quiste en el corazón de las doncellas, todo eso y el periódico de información espeluznante y macabra que se insinúa, que se insume lentamente, como la garúa en las tierras permeables, con una virulencia que ataca infaliblemente las costumbres y el buen gusto, todo eso que debiera quemarse y que se ofrece a bombo y platillo con panegíricos que asombran por lo irreverentes, constituye una sola charca donde abreva inconsciente la desprevenida juventud argentina.

En cuanto a este respecto que tanto nos aleja de las costumbres inmaculadas de los arcadios, nuestra querida tierra “se ha pasado a la otra alforja”, según el gráfico modismo criollo.

¡Cuestión de algunos siglos! — dirán muchos.

Cuestión de floja complexión espiritual, afirmo yo.

Y no es que falten ejemplos ni conductores en esta tierra de grandes prodigalidades. Allí están para atestiguarlo las preclaras inteligencias que descollaron hasta fines del si-

glo XIX, veneros inagotables de riqueza espiritual y científica.

Allí están todavía vírgenes las estupendas obras de Mitre, de Alberdi, de Sarmiento, de Avellaneda. Allí están, empolvados en los anaqueles de las viejas bibliotecas, las substanciales elucubraciones de los Mármol, los Funes, los Cané, los Vélez Sársfield, los González.

Allí están los Obligado y Sastre, los Frías y Goyena, los Guido Spano y Pellegrini.

Sólo falta abrir sus libros y anegarse en ellos.

CAZA NOCTURNA

Las noches de plenilunio suelen ser, a veces, noches de insomnio para el hombre de campo que descansa en el dormitorio abierto de los patios.

Si el plenilunio es de Estío, el pertinaz desvelo se ahonda en meditaciones tristes, en grávidos y lejanos recuerdos que se funden en furtivas lágrimas y afirman el temperamento recóndito del tipo criollo, triste ya por los atavismos que pesan sobre el destino solitario y rudo de su existir sin compensaciones.

Verdad es que vive, lucha y ama en el pequeño mundo que le depara la suerte, pero la satisfacción que enoja su espíritu y le toca de buen humor, no es sino la resignación propia de su ancestral heroísmo.

El dolor, asimilado y convertido en naturaleza, es lo que ha hecho fecundo y filósofo al hombre campero. Su ciencia

intuitiva, la forma sentenciosa y dogmática de su expresión, el refranero escéptico de que hace gala junto a su vasta y generosa complejión sentimental, son frutos del estado melancólico en que gesta, desde muy temprano, su afanoso existir.

El trabajo es para el paisano una necesidad atávica. De ahí su inconciencia de bruto para forcejear en la gleba.

Pero en las noches lunarias, en que no duerme espabillado por la luz, la humana condición recupera el sentido de su personalidad y desfoga su quebranto en lágrimas que fluyen sin sollozos y se evaporan sin consuelo.

Yo he oído llorar a un campesino en una noche de arcana quietud.

Dormíamos en el patio, a la sencilla manera provinciana, fuera de los cobertizos, donde chillan los murciélagos y anidan tranquilamente las más diversas alimañas.

El canto tenaz de los grillos y la orgía musical de los “coyuyos” (39), nos traían desde la plenitud misteriosa de los campos vecinos, un hálito de naturaleza primitiva. Todo el aire vibraba en musicalidades y rumores que interrumpían a intervalos las careajadas del “alilicucú” (40) y el “guá-guá” del zorro merodeador.

Era mi compañero un hombre culto, a pesar de su innata condición rural, circunstancia que, unida a nuestra vieja amistad, me venía “al pelo” para llevarlo en mis andanzas por serranías y careahuesales como al mejor guía y el más chistoso y ameno conversador del pueblo.

¿Por qué lloraba esa noche?... ¿Qué recónditos amargores desquiciaban su granítica contextura moral?... Nunca lo supe.

Por distraerlo, me puse a cantar coplas en una vieja

guitarra que él mismo templaba en falso. Fué peor el remedio. El cauterio de la música exaltó visiblemente su pesadumbre.

Pensé en las excursiones por escabrosidades y desfileros, que menguaran su resistencia y le rindieran por la noche, pero apenas si estos recursos fueron débiles paliativos a su mal de quien sabría qué nostalgias y vanas ansias, que un día se lo llevaron para siempre, llenando de luto el corazón de su pueblo.

Poco antes de su muerte, le invité a que recorriéramos los maizales de su propiedad, pues me había dado por gozar de la emoción que procura la caza nocturna de quirquinchos, deporte que al par que divertido, nos proporcionaría el regalo de un manjar exquisito.

Aceptó regocijado mi propuesta y a eso de las diez de la noche, rumbeamos hacia los solitarios rastrojos, en compañía de dos vecinos entusiastas y baquianos que nos facilitaron sus perros.

—Hay que ponerse botas — me advirtió juiciosamente el buen camarada.

Y, aunque los paisanos de la partida sólo llevaban modestas “uzutas” (41), yo tuve que introducirme hasta los muslos en unas legendarias monteras que se conservaban como reliquias en un viejo arcón de mis mayores.

Y bien valiosa era, por cierto, esta precaución, tratándose de un mozo pueblerino incapaz de sortear el “amor seco” (42), el “cadillo” (43) y los abrojos y rosetas que se abatanan en las ropas y lo enfundan a uno con la terrible costura de sus numerosas y bravas espinas.

Saltando cercos y abriendo tranqueras, llegamos, a poco andar, hasta los maizales, inmóviles en la serenidad absoluta de la noche.

Nos precedían los sabuesos, que oliscaban nerviosos bajo las matas, husmeando el rastro de los hurraños peludos.

Sobre una prominencia monda del terreno, hicimos un alto, en previsión del ataque de las víboras, que no faltan en las sementeras, atraídas por los insectos y ranas que buscan el desayuno de los granos tiernos y se pasan la noche guarecidos en los matorros.

Los dos sabuesos, conscientes de su misión, recorrían ingravidos las amelgas cultivadas, introduciendo el hocico en las cuevas frescas a fin de constatar la presencia de algún inquilino. Atentos a los más leves rumores, nosotros esperábamos impacientes la brusca arremetida de los canes y el ronco estornudar con que previenen el encuentro del sabroso desdentado.

Breves momentos después, uno de los perros, tras de una rápida carga entre los bohordos del maizal, lanzó su característica señal.

Los hombres corrieron cuchillo en mano, a fin de pincharlo en la cueva, si el animal hubiera tenido tiempo de introducirse en ella. Pero el infeliz armadillo era ya una criba entre los dientes del cazador, que le astillaba los anillos de su caparazón.

—Es un gualacate — dijo uno de los hombres quitándole el bicho al entusiasmado podenco.

—¡Y de los gordos! — subrayó el otro tomándole el peso, al par que le aplicaba algunos planazos en la cabeza, para despenarlo, según dijo.

No habían terminado los comentarios cuando llegó desde los linderos del maizal un nuevo aviso. El segundo perro debía estar luchando con algo que se jugaba entero, a juzgar por los rugidos del alborotado animal. Corrimos al sitio de la gresea y encontramos al sabueso ensanchando furiosamente los bordes de una cueva. Nuestros prácticos introdujeron

sus cuchillos, en cruz con el agujero, tratando de pinchar por arriba al supuesto refugiado.

El perro en tanto, seguía cavando con singular destreza, dando sendos gruñidos y esforzándose por meterse en el socavón, del que se retiraba medio asfixiado por la tierra con que le blindaba los ojos el desesperado animalejo, cavando en sus mismas narices.

Mi compañero metió el brazo hasta el codo y asiéndose de algo que debía ser la cola del zapador troglodita, hizo vanos esfuerzos por arrancarlo. ¡Parecía soldado a la tierra!

—Métale el cuchillo — le gritó uno de los paisanos.

—Quiebrelé la cola — añadió el otro.

El hombre introdujo el agudo puñal y lo empujó hasta el fondo sin el menor escrúpulo. Algo se sintió crujir adentro, mientras yo miraba hacia otro lado con repugnancia del procedimiento.

—Hay otro mejor cuando falta el cuchillo — dijo uno de los paisanos que sorprendió mi gesto — pero ese procedimiento no es tan conocido como eficaz. Iba a explicármelo, cuando lo interrumpieron los compañeros terminando la extracción con el mejor éxito.

El bicho salió ensartado como un pollo al asador, sacudiéndose en los últimos estertores.

Hablando estábamos sobre esta nueva presa, cuando nos electrizó una violenta tropelía mezclada de agrios rezongos y sonoros estornudos.

El perro partió a saltos en auxilio del colega, que debía encontrarse en apuros, juzgando por el ruido de chaeras rotas y las furiosas cargas con que parecía lanzarse sobre el enemigo.

Corrimos en el acto, abriéndonos en círculo para acorralar a la alimaña, fuese lo que fuese, cuando cundió por

los aires un olor acre y pestilente, que nos hizo retroceder a la desbandada.

—¡Un zorrino! — gritó mi compañero. ¡Sálvese quien pueda!

Los hombres llamaron a los perros, que acudieron fro-tándose los ojos después de estaquear al repugnante bicharraco que nos arruinó la fiesta, saturando la atmósfera con su terrible fluído.

Esa noche mi camarada durmió con la placidez de un niño. Pero al poco tiempo, ausente yo del terruño, recibí la infausta noticia de su muerte.

Nadie supo cuál fuera el mal que le llevó a la tumba, porque se fué dulcemente, con la resignación filosófica con que viviera siempre y el postrero hermetismo fatalista que es una característica inconfundible del temple gaucho.

EL HOROSCOPO

Alta era la noche y frío el tiempo cuando enfrentó Se-gismundo el desvencijado rancho de “ña” Ruperta.

Desmontó el mozo, ató el caballo al tronco del algarrobo negro que se alzaba solitario en el patio y llamó con el rebenque sobre el mal ajustado tablero que hacía de puerta.

—¡Mal bicho te traiga! — rezongó algo que parecía una voz en el interior del rancho. ¿Quién viene a esta hora?

—Soy yo, ña Ruperta. Vengo a llevarla pa lo que ya sabe.

Ni que fueras el mandinga, hombre. Esperá que me levante. “¿Será pa esta noche?”...

—Así dice la Eriberta.

Crujió adentro un catre y se oyó discurrir en la obscuridad.

Sentado en un mortero de piedra, el emisario liaba automáticamente un cigarro en chala, que luego encendió en el “yesquero” (44).

Ña Ruperta era la única partera del pueblo, partera empírica como muchas viejas de campaña que jamás tuvieron hijos y que vienen heredando el oficio desde los tiempos remotos, estimuladas por los secretos en que se cueban oficiando de celestinas y manteniendo el fuego de la superchería y el encanto y sortilegio de los filtros y revulsivos, que fabrican a media noche, para embaucar ignorantes y mantener su menguado prestigio.

Vivía sola en una hondonada, al tramontar las lomas de la “Aguadita”, paraje al que pocos se aventuraban, en virtud de su luenga fama de agreste y aleroso, salpicada de espeluznantes relatos de brujería y escenas de aquelarre. Muy cerca, según algunas gentes que juraban haberlas visto, había dos o tres “rumihuasis” (45) convertidas en salamanacas, donde las brujas celebraban consejo y preparaban sus hechicerías.

Le hacían compañía un gato barcino, un loro desplumado y mudo y un perro galgo que apenas podía ya sostenerse en sus cuatro magros garrones reumáticos y entumecidos.

Estos tres animales vivían enterrados en la ceniza, víctimas de una consunción que parecía compartir la cariátide humana que los criaba, quien, al decir de muchas lenguas, sólo se alimentaba de conjuros, cuando no de sapos y culebras, según la clásica expresión.

No obstante su antipática y endiablada fama, las mujeres grávidas frecuentaban su trato, confiándose al hechizo de sus menjurjes y bebedizos, temerosas de que por esquivarla, fueran sus “eríos” a nacer con “daño” (9).

Segismundo fué aquella noche muy de mala guisa en busca de la bruja.

No le temía, claro está, pero sentía como todos los hombres una invencible repugnancia por aquella momia charlatana que ya se andaría al friso de los ochenta, aunque nadie sabía en el pueblo con cuántos años contaba, y que por pura desidia de la gente, seguía “echando al aire” a los chiquillos y largándoles muy oronda y fresca a las ingenuas madres, el antojadizo oráculo de sus ridículas predicciones.

Fumaba el mozo, entretanto, soslayando hacia la puerta por la que, después de un tiempo que le pareció un siglo, salió la vieja, corva y menguada envuelta en andrajosos aprestos y mascullando palabrotas, gruesas como pedrones.

Montó el hombre y acercando por la grupa el caballo al mortero donde se subió aquélla, la invitó con un “upa” a que saltara.

Un mono acaso no lo hubiera hecho con tanta agilidad, colándose en las ancas y prendiéndose al mozo por la cintura.

Al descender la rampa pedregosa y larga, los pájaros nocturnos alzaban el vuelo rozando el hocico del caballo que marchaba a tientas, mientras que en los latares vecinos, hundidos en una masa de tinieblas que parecían sólidas por lo espesas, el grito tajante de algún zorro y el lúgubre “pruf-pruf” del buho, escaldaba la carne del mozo y lo electrizaba en escalofríos.

Iba éste silencioso y prevenido bajo la odiosa presión de aquella tenaza de huesos, que lo oprimía hasta sofocarlo.

—No tenga miedo ña Rupe... no si hai caer—, le dijo para espantar el que a él le venía sacudiendo en involuntarios espasmos.

—¿Miedo? ¡Io veo en la sombra! — le contestó la vieja apretando más y más la maltrecha cintura del paisano. Lo que hay es que ti hacís el lindo porque no soy una niña. ¡Ya

verás! ¡Ya verás cuando ti arruguís como coyunda reseca!

Su voz era hueca y silbante. Sabía que el mozo la tenía “entre ojos” y andaba al atisbo de la ocasión para devolverle, cien por uno, sus inquinas.

—¡Ya verás Segismundo cuando “te se” ponga la cara como rastrojo arao!

Le bailó el cuerpo al paisano, y, como quien no quiere la cosa, apretó los ijares al caballo. Sorprendido éste, se lanzó en una carrera que no detuvo hasta la tranquera de la casa, bajo la lluvia de groserías e insultos que le sonaban al mozo por la espalda.

La vieja, temblando de rencores, se deslizó por su cuenta y entró en la pieza donde ardía desmayada una casi consumida vela de cera.

La mujer de Segismundo parecía una muerta en la orfandad de aquella noche interminable. Comenzó la parte a su tarea y el hombre se quedó en el patio, meditativo y expectante.

De tarde en tarde llegaban hasta sus oídos, como pinches invisibles los agudos alaridos de la enferma.

Por último, un grito: ¡Segismundo! como pronunciado en estertores, le lanzó electrizado a la pieza de suplicio.

Y se quedó alhelado. La bruja levantaba en vilo una minúscula masa de carne palpitante.

—Es una guagua — dijo afirmándole dos cachetes, “pa que llorara la criatura”. ¡Y se parece a vos Segismundo!

Después, salió a la puerta con la niña en las manos y auscultó el horizonte. Marte brillaba con fulgores sangrientos a pocos grados de la línea de los cerros, y en lo alto, a lo largo de la vía láctea, un bólido rayó las tinieblas.

—¡Mal destino! — gruñó la sibila. Los astros predicen una muerte.

Volviendo en seguida a la pieza, depositó a la pequeña

en la cama, junto a la madre que parecía un lirio en desmayo.

El tierno cuerpecito semejaba un trozo de sonrosada nieve entre aquellos garfios de carbón que lo trajeron a la vida.

—¿Oíste Segismundo?... ¡Los astros predicen una muerte! — Y después de una pausa y un silencio grávido de tragedia, la bruja continuó: — ¿Será ella?... ¿Será otra persona, Segismundo?...

De regreso a la Aguadita, el hombre iba sobre el bruto como un autómeta, mientras la vieja le martillaba desde las ancas el terrible horóscopo. ¡Los astros no mienten, Segismundo. ¿Será ella?... ¿Será...?

—Basta, miserable espantajo! — gritó por fin el hombre lanzándose a la carrera, perdido ya el rumbo en la resbaladiza pedrisca de la pendiente.

La vieja cayó de bruces sobre el movedizo guijarro del sendero, pero se incorporó en el acto, con fuerzas para gritarle al mozo, que volaba en las tinieblas, pendiente abajo, enloquecido por la horrible impostura de la desalmada, su vengativa y terrible ironía!

—¿Serás vos, Segismundo?

Las alas de un “ataja-camino” (59) chocaron en la cabeza del caballo desenfrenado, cuyos remos sangrantes y trémulos se doblaron tropezando al borde mismo del altísimo talud cortado por las crecientes del arroyo de la Aguadita.

Un sordo tumulto abajo, un grito ahogado y un lastimero relincho que se perdió en la desolación de la noche... luego, el silencio, la calma espantosa de la montaña.

Entre el coro de plañideras que velaron el cadáver de Segismundo en la noche del día siguiente, el llanto de ña Rupe... se interrumpía en sollozos y profundos suspiros, para lamentarse con una solemne entonación de letanía:

—“¡Pobrecito, tan güeno qu’era el finao!”



Un sordo tumulto, un grito ahogado... y luego el espantoso silencio de la montaña

MODISMOS CRIOLLOS

Todas las lenguas adornan la expresión a fin de quitarle su dureza gramatical, con frases gráficas, rotundas y picarescas, las que a fuerza de uso y abuso, se asimilan definitivamente al idioma, sin restarle por ello su pureza.

Estas maneras particulares de expresión se llaman modismos y constituyen, como los refranes y aforismos académicos, fuentes de riqueza idiomática que permiten juzgar a veces, del carácter y las modalidades de los pueblos.

El estudio y conocimiento de nuestros modismos particulares tiene una importancia especial por cuanto, siendo nuestro idioma un trasplante del castellano, todo lo que dentro de la corrección castiza contribuya a darle colorido regional típico, debe mirarse como una obra de nacionalización de la lengua, con adaptaciones que la convertirán con el andar del tiempo, en una cosa exclusivamente propia.

Vamos a citar algunos ejemplos de los más socorridos en el léxico nacional, de los que no pocos se han usado en el presente libro.

* * *

Ponerse las botas. — Se dice como equivalente de sacar provecho. Desde luego, muchos hay que viven poniéndose las botas a costillas de otro.

* * *

Tenerlo entre ojos. — Se usa para expresar que una persona no es simpática, que no inspira confianza.

Hacerse el champi. — Champi es el nombre indígena de una roña o chinche verdosa de las plantas, que se inmoviliza al tocarlo, despidiendo un olor pestoso. Todo el modismo significa: hacerse el desentendido, hacerse el que no oye.

* * *

Tirarse a muerto. — Sinónimo del anterior. Dejarse llevar, abandonarse a la buena de Dios.

* * *

Cuando el río suena. — Significa que cuando algo se dice de una persona o cosa, motivos hay para atribuírselo.

* * *

Vale más pájaro en jaula que ciento libres. — Se le usa como equivalente de que una cosa segura es preferible a muchas problemáticas.

* * *

Perro que ladra no muerde. — El que charla demasiado y hace aspavientos, pocas veces está en lo justo. Este modismo tiene como antecedentes la conducta de los perros grandes, los cuales suelen hacer presa en silencio, con taimada alevosía. Los perros chicos o cuzcos, se desgañitan ladrando, pero todo es puro ruido.

* * *

Más es el ruido que las nueces. — Más es lo que se dice o aparenta, que lo que hay de real en ello.

Vivir de arriba. — Vivir holgando, sin trabajar, del favor ajeno.

* * *

A la buena de Dios. — Confiando en la suerte más que en la inteligencia del esfuerzo.

* * *

Estirar la pata. — Morirse. Quedarse seco.

* * *

Pasarse a la otra alforja. — Hacer o decir lo contrario de lo que se debe. Irse al otro extremo. Excederse.

* * *

Arrimarse al sol que más calienta. — Ponerse del lado del más poderoso. Este último es el más socorrido de los modismos argentinos, en la expresión y en la práctica.

CIUDADES ARGENTINAS

TUCUMAN

Al pasar las suaves rampas de las serranías cordobesas, en este viaje diorámico que vamos efectuando por las más bellas regiones del país, el panorama se torna adusto y severo.

Entre una recia vegetación de talas, mistoles y algarrobos, alzan las pitas, por ambos costados de la vía, su elevado bohordo coronado de albas y enormes flores. El tren corre aquí a barquinazos, barranca abajo, erugiéndole su entraña de acero, hasta que se detiene jadeante a llenar sus calderas en la vieja villa de Deán Funes.

Diez minutos de parada y estamos ya de nuevo zarandeándonos en el interior de este angosto coche del Central de Córdoba, rumbo al norte tradicional y obsesionante, donde se alza serena y majestuosa la perla histórica que fundara Villarroel como punto de apoyo y un baluarte de la conquista.

Al ponerse el sol tras del vaho terroso de la lejanía riojana, cruzamos las Salinas Grandes, ese mar levemente ondulado, de un blanco grisáceo, donde arrojan sus resacas las corrientes santiaguinas y se vuelve el río Dulce Saladillo.

Después de un ajetreo de varias horas, llegamos al Rereco, estación de empalme donde entronca la línea a Chumbicha y Catamarca.

Cambiaron de tren los viajeros de esa ruta y empezamos nosotros la última etapa del camino por campos limítrofes entre Santiago y Catamarca, que adivinábamos en la obscura noche, reseco y sedientos, por el sutil polvillo que se colaba en las ventanas.

Hacia el alba, un fresco remusgo de serranías nos trajo la primicia de la campiña tucumana, con olor de azahares y rumores de “zafra”, y, mientras se espejaban los bañados a la luz diáfana del amanecer, la nieve del Aconquija se encendía en fulgores sangrientos, herida en las alturas por el sol.

Y comenzó el desfile de villas y cortijos, de pueblos tentaculares y colonias florecientes, de ríos y más ríos sobre la verde pradera gloriosa de luz. A la derecha Chieligasta y Leales, sobre el tapíz de la llanura regada por el Salí. A la izquierda Río Chico, con el famoso ingenio de Santa Ana en la estribación de la sierra de su nombre; Medina, invisible casi entre la verde cintura de cultivos que la encierra; Concepción, la magnífica y ARCADIA, la bíblica, enjorada en los ribazos del Gastona por montes de rosales espontáneos. Monteros más al norte, y a poco andar, la histórica Famailá, donde Oribe venciera a los bravos de Lavalle, prologando el trágico final de la Liga del Norte.

No hay diferencias en estos pueblos en cuanto a la belleza panorámica que los rodea y la asombrosa vitalidad que los anima.

Todo es hermoso y todo es grande dentro de este pequeño estuche que han llamado “Jardín de la República”. Todo es grande y opulento, como si en este solar de la raza se hubiera quintaesenciado el fervor de los hombres para el trabajo y la munificencia del Numen Creador se hubiera volcado entera sobre sus prados y sus montes para premiar su devoción.

Hasta el color tiene aquí tonalidades que dijéranse retocadas en límpidos esmaltes. Verde muy verde en los prados, intensos azules en la fronda caótica de las quebradas, ópalo y rosa en las cimas, oro y añil en los cielos.

Bajo el agobio casi triste en que nos sume este general

portento, entramos en la ciudad de los naranjos, nevados de azahares, y que se nos antojan pebeteros colocados allí por la mano del destino para ofrendar sus perfumes a la gloria de lo que fué Tucumán y de lo que será en un tiempo no lejano, para orgullo de la vieja estirpe.

Ya estamos pues en la famosa San Miguel del Tucumán, nombre que corresponde a la ciudad, en lugar de Tucumán conque se ha vulgarizado y que designa la provincia actual y todo el territorio de Jujuy, Salta, Santiago del Estero, Catamarca y la Rioja, con la “Nueva Andalucía” por cabeza, en la definición geográfica asignada por los conquistadores.

Hemos llegado a la hora en que comienza el urdidero cotidiano.

Un suave perfume de azahar llena el ambiente. Pasan veloces muchas “victorias” en dirección a la estación y de ésta al centro.

En la intersección de la calle Las Heras con la del Congreso, la obsesión de la “Casa Histórica” nos hace cambiar de rumbo.

Respetuosamente nos hemos quitado el sombrero al enfrentarla y evocar la figura de los próceres legendarios.

Y ahora, ungidos también nosotros con un poco de gloria, nos enfrascamos en pensamientos que se hunden en la bruma del pasado, acaso en la misma epopeya calchaquí, mientras desfilan calles de limpio adoquín, preciosos edificios, hombres curtidos por el sol tropical y mujeres, todas ojos, que nos miran compasivas como adivinando que recién llegamos, con el cuerpo molido y con el alma ansiosa de emociones.

Hemos vuelto instintivamente la cabeza. Sobre un cielo limpio y terso, las nieves fulgurantes del Aconquiya se han vuelto de oro, besadas por el sol.

SAN FERNANDO DE CATAMARCA

Situada en el valle de Catamarca descubierto por el conquistador Núñez del Prado en 1552, su solo nombre evoca un cúmulo de tradiciones bélicas.

“Cata”, significa ladera o falda de monte y “marca”, fortaleza o castillo, lo que indicaría que el famoso capitán español dió el nombre a todo el valle de jurisdicción diaguita, o lo encontró ya con él, por algún castillo o fuerte existente en las faldas del Ambato, lo que parece indudable a juzgar por los restos de “pirkas” y “pucaraes” (46) que aún se descubren en todo el versante oriental del monte y en la axila del valle, cerrado al norte como una herradura por las cuchillas de Fariñango y Santa Rosa.

Como San Miguel, Santiago del Estero, Todos los Santos de la Nueva Rioja y el Fuerte de Andalgalá, Catamarca fué una fundación de carácter puramente estratégico, mas como pueblo de refugio que como punto de apoyo de la conquista.

Su base de población fué el viejo Londres de Pomán, fundado también con propósitos de defensa, cuyos pobladores fueron trasladados 50 años más tarde a las vertientes orientales del Ambato, casi en línea con el antiguo pueblo, fundando Mate de Luna la que hoy es capital de la provincia, en 1683.

No ha progresado mucho desde entonces la mentada y heroica ciudad, manteniendo intacta su característica de fundación hispánica, no tanto en las líneas clásicas de su edificación arcaica, como en el carácter de sus pobladores, en el que se definen con aspectos inconfundibles las influencias étnicas que intervinieron en su compleción: por un lado los

fundadores, por el otro el conglomerado de pueblos nativos llevados al valle desde Colpes, Andalgalá, Pomán y hasta Quilmes, con los que se funde la nueva stirpe.

La tradicional riqueza y fertilidad del valle de Catamarca, parece haberse recogido exclusivamente en los alrededores del norte, donde aún espande la vegetación con toda la enjundia de los trópicos.

Por el sur la enerva el desierto y la envuelven los médanos en la estación reseca, siendo por este lado por donde le ha entrado su paulatino progreso desde 1889, fecha en que llegó el ferrocarril, como un heraldo de las brisas del Plata.

La parte antigua de la ciudad, encerrada en lo que llamaban hasta no hace mucho "los cuatro bulevares", es un damero regular que no pasa de 120 manzanas, enclavado en el declive final de una estribación del Ambato bañada por el río del Tala.

Su egido se detiene a orillas del río del Valle, cuya blanca cinta de finas arenas se incrusta en el corazón de Capayán, corriéndose hacia el Ancasti, cerro frontero al Ambato, con el que desfallecen juntos en el desierto salitroso del extremo sur del valle, tan célebre en esta parte por la desgraciada y famosa aventura que costó la vida al explorador Diego de Rojas.

Aparte del valor histórico y panorámico de la vieja fundación, su famoso santuario, ligado por más de un concepto a la legendaria epopeya de la conquista, ofrece a los viajeros un bello motivo de admiración y lleva todos los años nutridas caravanas de gente piadosa que le prestan de tránsito, un esplendor de ciudad oriental.

Por esta época, suelen volcarse también sobre la capital los indios de los pueblos montañoses del oeste de la provincia, cargados de tejidos primitivos, ponchos y frazadas que, a semejanza de las antiguas ferias de Damasco, llenan la

plaza con la admirable polieromía vivísima de sus tintes maravillosos.

En el radio urbano, crecen lujuriosos los naranjos y viñedos y en los aledaños y avenidas terminales y más lejos, en los predios de cultivo, los álamos itálicos y carolinos mezclados con los terebintos, forman bosques que templan los fuertes calores y las reflamas del verano.

Casi triste en invierno, la ciudad cobra con las vendimias un extraordinario movimiento, siendo de lo más característico en su vida patriarcal, el pregón de los vendedores matinales que ofrecen a voz en cuello montados en pacientes asnos, los sabrosos frutos de sus quintas.

Entre sus edificios descuellan, además de la Catedral, el templo de San Francisco, inconcluso aún, el Banco de la Nación, el Colegio Nacional, uno de los primeros que fundara Sarmiento, y los pabellones de la Escuela Normal Regional, también inconclusos.

La escultura está representada por dos monumentos: el de San Martín en la plaza 25 de Mayo y el del Padre Esquiú frente al templo de San Francisco.

No hay en el país otra ciudad comparable a Catamarca por la belleza y frescura de sus alrededores, siendo notables en este sentido la antigua Alameda, en el versante oeste de la ciudad, la Toma, junto a la Quebrada del Tala, Choya más al norte, agrestemente escondida en los primeros contrafuertes del Ambato, y por último Las Chacras, soberbio conglomerado de quintas lujuriosas que se extienden desde el nordeste de la población hasta el vértice del ángulo formado por los dos cordones que constituyen las alas del hermoso valle.

CUADROS DE CIUDAD VIEJA

Como se deja dicho, Catamarca era y sigue siendo una ciudad hispana.

Hispana en sus costumbres y más aún en su colonial estructura, con casas de tejas y largos tapiales híbridos de piedra y tierra cruda que se amasaban en moldes dejándolos endurecer.

Allá por el año 90, los burros, sueltos o enjaezados, eran aún los señores de la calzada.

Burros iban y burros venían, en largas romerías que desde los pueblos vecinos entraban por los cuatro rumbos hacia la plaza principal — principal y única — en cuyos



Y, como tras de los burros venían las crías..

gruesos terebintos y floridos naranjos, como en un tranquilo establo, sus dueños los dejaban atados hasta cumplir sus devociones o surtirse en las tiendas y almacenes de sus once esquinas, once porque la restante era el Cabildo, vetusto edificio en el que por razones atávicas, nadie ponía la vista.

Y, como tras de los burros venían las crías, sueltas éstas por los jardines de la plaza, solían tomarla por zahurda, dejando en sus avenidas muchas y muy frescas huellas de su ancestral bellaquería.

En la acera del oeste, los tertulianos del Club Social, políticos y hombres de reserva casi todos, formaban corros que no se andaban a la zaga, en cuanto a habladurías se refiere, de los que formaban las viejas en el peristilo de la iglesia contigua o en las tiendas de turcos, comentando las últimas noticias llegadas de Buenos Aires y despellejando en vivo a los gobernadores que se alzaban contra sus consejos, para rumbear solos y rodearse de mequetrefes y advenedizos.

Pegada al Club, se alzaba dominante la vieja catedral, coronada en sus tres torres por mosaicos rojos y lozas azules.

Bajo el amplio pórtico de la entrada, se apostaba la zumbona muchachada masculina, ansiosa de regalarse con el bello panorama de aquel ir y venir de mozas, escolares en su gran mayoría, vistiendo con señorial prestancia sus trajes domingueros, o el hábito de la Purísima, que las sentaba admirablemente.

Detrás de las chicas, la prevenida y siempre hostil cancherbera, cubierta hasta los ojos con negras mantas, echaba de soslayo turbias y agresivas miradas a todos los grupos, envolviéndolos por vía de anticipo y por lo que pudiera ser... en un rosario de grávidos insultos, más pensados que dichos.

De la tanda joven, nadie penetraba en el sagrado recinto, donde tronaba la voz del sacerdote fustigando a los ateos

normalistas que cerraban la guardia en el peristilo, en complicidad con los “nacionales”, que, en lo de cachafaces y descreídos les llevaban la media arroba a los futuros maestros.

Pero donde el fraile cargaba la mano, alzando el diapason de sus anatemas, era en lo tocante a las viejas que, a pesar de sus fervores, se largaban — así decían las catilina-rias — con todos sus perros a oír la misa.

Cuzcos de todo pelo, galgos, “pilas” falderos y temblo-nes, chocos y ovejeros, iban por las sagradas naves oliscan-do a todo el mundo, tirándose sobre las rameantes polleras de las mujeres, rascándose las pulgas a todo trapo y haciendo en los mismos ojos del sacristán, la más irreverente suerte de indecencias. Y, como es natural, no faltaba entre el pe-rruno concurso, algún mastín de cría que armara allí nomás las de San Quintín, trezándose en gresca con todo el menudo perrerío.

Interrumpía el fraile su sabrosa perorata, miraba por debajo los cristales el profano espectáculo y allí iba el sacris-tán con el apagador de candelas, rompiendo lomos y que-brando hocicos, puerta afuera, por la que escapaba la jauría en franco atropello de los mirones, que no atinaban a poner-se al “paíro”.

En los grandes festivales, cuando la afluencia de foras-teros convertía en mercados las aceras y en feria la plaza, el concurso de perros y los enredos que se traían — los de la casa por defender sus derechos y los de afuera por dispu-társelos — era el gran regalo de los pilluelos, que andaban con los bolsillos hinchados de pedriscos y se aprovechaban del tumulto para llenarlos de algo mejor, mientras rezonga-ban los turcos y echaban pestes las empanadoras y vendedo-ras de guiso.

Y sucedía que al primer disparo de las bombas que anun-

ciaban el Oficio Mayor, la perruna algarabía se trocaba en un desbande general, poblado de ahullidos lastimeros, que no paraba hasta las tranquilas afueras de la ciudad, siendo no pocos los cuzcos que en su desesperación, corrían toda la noche, hasta dar con sus querencias y meterse temblando bajo los catres.

* * *

Los escolares de aquella época, bastante dados al estudio por la presión de la intolerancia paterna y la severidad de los maestros, sólo teníamos el alivio de los días de fiesta para escapar a la estricta y contumaz esclavitud de los libros.

Y sucedía que, por lo mismo que se nos asfixiaba en el duro encierro de las aulas por toda una semana, nuestras ansias de libertad nos llevaban casi siempre por menguados senderos.

¡Y allí era Troya!

En el límite oriental de la ciudad, existía un estanque colector conocido por “pozo de la Cruz” donde iban a juntarse todos los derrames de las quintas y acequias del pueblo. Agua sucia, desde luego, convertida en fango por los animales que chapaleaban en el viejo pozo.

Allí pasábamos las siestas, en gran jolgorio “higiénico”, y allí, según es fama, desapareció tragado por el pozo un inexperto bañista.

Con esto y con lo demás que se contaba del infame recipiente, éste seguía siendo el más poderoso atractivo para la turba endiablada de estudiantes, hasta que una vez — y acaso para resolver por todas la vieja cuestión de la hegemonía entre “nacionales” y “regionales”, como se llamaba a los alumnos del Colegio Nacional y de la Escuela Normal — unos y otros se dieron cita en el pozo de marras, y, como

en los duelos rusos, tras de una cruenta y larga batalla campal, los vencedores hundieron hasta el cuello a los vencidos, dejándolos en la inmunda charca, librados al amparo de la noche.

Tenía la ciudad su viejo quiste: los opas mendicantes y los cotudos solemnes y malazos.

—¿Me da un cincuito?... ¿Me da un cincuito, niño?...

Al que no daba, le llovían los denuestos, y, claro está, tras de los denuestos del opa venía la justa reacción de los ofendidos y el llanto de los infelices, y luego nomás, sobre el tambor u horas más tarde, la consabida intervención de los amos para que se nos pusiese a buen recaudo.

—¿Me da un cincuito, niño?...

Entre los más populares y con el que solíamos hacer buenas migas por lo divertido de su manía, recuerdo a un zopenco al que llamaban “dios del Suncho”.

El pobre hombre se pasaba horas enteras golpeando el índice derecho sobre los dedos cerrados de la mano izquierda, a compás de un canto nasal de su exclusiva creación; dejaba el canto, daba algunas vueltas rituales castañeteando en los dedos y agarraba de nuevo el hilo de su cantar gangoso.

Entre los tontos cotudos, había uno enorme y bravísimo a quien los muchachos habían colgado el mote de “coto angola”.

Decírselo y recibir de inmediato una feroz pedrea, era el jaleo de todos los días, no obstante los chichones que desfiguraban al chusco que caía en sus manos.

Cierta ocasión en que un grupo de muchachos se divertía con el “dios del Suncho”, alguien hizo creer al del coto que aquél se estaba burlando de su calabaza.

Dió un respingo el bruto y se lanzó como fiera sobre el desventurado simplón, que canturriaba inocentemente su clásica sonata. Algunos vecinos le arrebataron su presa al co-

tudo insensato, pero el pobre bailarín desapareció para siempre del pueblo.

Con él se fueron muchas cosas y recuerdos de aquellos tiempos, cediendo a la invasión de nuevos seres y nuevas costumbres.

Sólo quedan algunos opas, y éstos, tocados ya de ribetes modernos, se han olvidado del “cinquito”.

Ahora piden “veintes” y hasta pesos.

¡Claro! Para ellos también ha encarecido la vida.

COYUYOS Y SALTAMONTES

ENTOMOLOGIA CRIOLLA

Las generales y equivocadas creencias relacionadas con algunos insectos, tienen su origen en los distintos nombres con que se los designa según las regiones y en las fábulas escritas o imaginarias que andan sueltas sin el contralor de la observación que pueda desvirtuarlas y la necesaria divulgación científica que ponga las cosas en su lugar.

Lo que ocurre con los dos insectos del epígrafe, tan comunes en nuestro suelo, y tan extendidos por todas las regiones templadas y cálidas del mundo, es algo que pasa los límites de lo tolerable y que los maestros estamos obligados a evitar, ya que ciertos escritores de los que lee la juventud, se apoyan en el error tradicional, abultándolo con inventos de su cosecha para introducirlo en el abrevadero general de la enseñanza.

Libros hay, con pretensiones de textos, que afirman con toda frescura que la cigarra no canta, atribuyendo esta propiedad a nuestro “coyuyo” (39) y haciendo, por consiguiente, distingos fundamentales entre una y otro.

Nosotros, que conocemos hasta las intimidades de muchos insectos porque hemos nacido observándolos, vamos a destruir lo que hay de ficticio en cuanto se dice de estos interesantes animadores de las noches provincianas, sin respetar ni las bellas fantasías lugareñas, ni la opinión ligera de aquellos escritores, obligados por la verdad científica que conviene divulgar.

No han de ser muchas, por otra parte, las ocasiones en que nos pongamos en pugna con la ingenuidad de las leyendas populares, prefiriendo dejarles su pintoresco sabor nativo, hasta que los estudiosos y pacientes investigadores se lo quiten por su cuenta, con la lógica fría de la ciencia.

Esta de la cigarra y los coyuyos provincianos, nada tiene que ver con la tan famosa como inverosímil fábula de La Fontaine, primero, porque el vulgo no la conoce y luego, porque la cigarra del vulgo no es la cigarra de la fábula.

Expliquemos estas contradicciones aparentes.

La cigarra que se pasó pulsando sus timbales y dando serenatas todo el Estío, por puro hábito de holganza, sin preocuparse ni poco ni mucho de proveer su despensa para la mala estación, es un insecto fantástico, de pura inventiva fabulesca, a quien el autor atribuye una vitalidad extraordinaria, capaz de sortear la crudeza de la estación invernal, en cuyo tiempo vive a pura limosna, como quien dice de prestado, gracias a la generosa diligencia de sus vecinas, las hormigas, que tienen lleno el granero.

Cierto es que la cigarra se pasa cantando todo el verano, pero, ya sea que caiga vencida por el azaroso y cruel destino que la persigue desde que deja su traslúcida envoltura, o

que termine la vernal estación sin que en ello intervengan sus terribles enemigos, la vida de este insecto, al revés de lo que afirma la fábula, no va más allá de los tres, o a lo sumo cuatro meses del período estival.

Durante este breve lapso de tiempo, sea en los olivares y viñedos de España y la Provenza, en los manzanos e higuerales de la Grecia, sobre el dorado mar de las mieses italianas, en los espinillos del altiplano y en los bosques y Algarrobos de las provincias argentinas, canta y trabaja, trabaja y canta sin darse más que la corta tregua del crepúsculo matinal, para comenzar de nuevo a eso de las ocho, o antes si el calor aprieta, la fanfarria de su himno, que no cesa ya hasta la próxima aurora, si no lo trunca en seco el alevoso ataque nocturno de la locusta verde o el meridiano asalto de las iguanas y quetupíes que se deleitan con su armadura de bizcocho.

La hormiga, tan servicial y previsora en la fábula, es en la realidad de su conocida vida de piratería, uno de los más terribles y aprovechados enemigos de la inofensiva cigarra.

Ya se ve, pues, hasta donde La Fontaine ha invertido los papeles, atribuyendo al infeliz insecto alado y trovador, lo indigno del pirata rastrero.

Las personas que afirman ingenuamente que la cigarra no canta, confunden con este insecto, ya a la locusta verde, ya a la pequeña chicharra, tan difundida como aquélla y que llena los alfalfares y las soleadas campiñas nativas con la estridencia de su áspero rasqueteo de matraca, lo que en realidad no es un canto en el sentido armónico y rítmico de la palabra.

Otros — y esta es la creencia más generalizada — suponen sin vacilar que la verdadera cigarra es la elegantona, flexible y bien trajeada langosta verde que se burla de las gentes en las cálidas noches de verano, chistándolas con in-

termitecias isócronas, sin que nadie sepa de donde proviene el misterioso “schiiii”...

La Fontaine que no salió nunca del norte, no conoció personalmente a la cigarra del sud y sí a la que en sus regiones designaban con ese nombre, la falsa cigarra, o sea la locusta, lo que quizá explique los errores de su fábula.

Por lo que respecta a la langosta verde, que también se llama “saltamontes” en las provincias, confundiéndola con el acridio gris al que corresponde en derecho la designación de tal, ésta es el más formidable enemigo de la cigarra. Su encarnizada hostilidad la sigue a sol y a sombra, sin un instante de reposo para la desventurada cantatriz.

En la alta noche, luego de un prelude que se asemeja a un cacareo, y que va subiendo hasta afirmarse en la tonal característica de cada insecto, la cigarra suelta su melancólica sonata, nítida y evocadora.

De improviso la melodía se trunca como en una rotura de cuerdas, se oye un vuelo angustioso y torpe, con golpetear de alas secas en los tallos, un chirrido a lo más, y luego una calma extraña.

El artero locústido le ha llevado un ataque a la desprevenida cantora, le harponea el abdomen cargado de jugos, liba en poderosas succiones poniendo patas arriba a la víctima y, cuando ha vaciado su tonel, alza el vuelo lanzando un frú-frú de satisfacción, mientras el cuerpo de papa frita de la infeliz cigarra cae dando volteretas sobre el musgo, donde otros ladronzuelos le dan el golpe de gracia.

Allí tenemos al dulce animalito tan desprestigiado por la leyenda.

Su cortísima existencia no puede ser más azarosa y angustiada, no por pasarse cantando “tout l’été” como dice La Fontaine, sino porque, como llena sus ánforas con exqui-

sitos dulces, todos los bichos meleros la chupan como si se tratara de un caramelo.

Bien está entonces para su fatal destino, ese glorioso sacudir de sus timbales, golpeando sin descanso día y noche.

—Pero... ¿Y el coyuyo? ¿Qué tiene que ver en el asunto? — se preguntará alguien recordando que aún nada hemos dicho sobre él.

Y nosotros, claro está, contestaremos no sin cierta placentera vanidad, que este simpático bichito de alas transparentes, quebradizo y sensible, que mantiene, con el grillo el cetro de las armonías entomológicas del campo y él sólo “hace madurar la algarroba” en todo el norte argentino, según la ingenua credulidad de los paisanos, no es otro que la clásica cigarra, prisionera dilecta de los atenienses, que se deleitaban con su canto de flautín.

FOLKLORE DE LAS SUPERSTICIONES

El pueblo argentino, especialmente el de tierra adentro, que vive en contacto con la naturaleza y sus más variados fenómenos, es profundamente panteísta y por consiguiente supersticioso.

Todo lo atribuye a designios supremos que a veces se dignan comunicarse con la pobre humanidad, mediante manifestaciones que, si para la ciencia son accidentes puramente naturales y simples, para la imaginación calenturienta y fantasista de las gentes ignorantes cobran aspectos trascendentales.

Así, el leve movimiento de una hoja, el ladrido quejum-

broso de un perro, la fuga de un bólide en el espacio, la huída sin motivo aparente del ganado, etc., todo tiene un significado que debe atribuirse a algo sobrehumano, a una manifestación de lo invisible, que debe ligarse tarde o temprano a nuestra existencia.

Desde luego, muchas son las extrañas coincidencias que abonan la creencia popular y no pocas las veces que la ciencia no ha encontrado la clave de los misterios. De ahí que los hombres se afirmen en la idea de que por sobre su voluntad hay un poder inmanente, inexorable y fuera de la humana visión, de cuya omnisciencia depende la trayectoria buena o mala de sus destinos.

Vamos a citar algunas de las supersticiones más conocidas, varias de ellas de índole general.

* * *

Cuando grita una lechuza en medio de la calma nocturna, alguien de la vecindad está próximo a la muerte.

La explicación del grito nocturno es de lo más simple que pueda imaginarse, tratándose de un rapaz crepuscular, que caza y “vive” activamente en los límites de la sombra y la luz.

Natural es que la lechuza, ave de vuelo pesado que, por lo mismo, debe tener dificultades para capturar sus presas, cuando ha conseguido apoderarse de una, ayudada por las sombras que no favorecen a sus víctimas, lo celebre con chillidos de satisfacción en las vecindades de su guarida.

* * *

Una brasa pegada en el asiento de una tetera o pava, por lo general anuncia una visita, lo mismo que cuando al

servir agua o vino, se forman arandelas espumosas en el cuello de las botellas o alcarrazas.

Aquí hay una sencilla explicación de física, que todo alumno de sexto grado debe ya conocer.

* * *

Cuando hay tormentas, de las que el vulgo llama bravas, y se oye en la entraña de las nubes el característico fragor del granizo, las mujeres se apresuran a hacer cruces de ceniza en los patios para “espantar la manga”. Como todo lo perjudicial es obra del demonio, la cruz es el mejor exorcismo para mandarlo con la música a otra parte.

* * *

Si un perro se revuelca de espaldas, de fijo que habrá carneada.

Esta superstición es de origen exclusivamente campero. Raro es el día que un hombre de campo, especialmente en las serranías, no encuentre un animal descalabrado, una cabra herida o un buey desbarrancado por un contendor. Y más raro es todavía que un perro campero, lleno de pulgas y bichos parásitos de toda calaña, no se vuelva de espaldas cada momento a rascarse sus bravos escozores. La coincidencia, tan lógica, ha creado el mito correspondiente.

* * *

Las ánimas que andan vagando por el mundo suman millares. Unas no han podido llegar al cielo porque el ruso o el turco a quien le debían algo en vida, no les ha perdonado la deuda.

Otras golpean puertas y hacen crujir los muebles y guardarropas buscando alguna cosa que olvidaron de llevarse y que el cancerbero celestial les exige para franquearles la entrada.

Unas se manifiestan en formas etéreas, en halos que flotan sobre los árboles, en luces que vuelan como insectos, posándose en sitios que algo han tenido que ver con ellas en su vida carnal.

Cuando una persona ha muerto accidentalmente en los campos y caminos solitarios, debe colocarse una cruz de madera en el sitio “para que no pene el finao”.

Un farol se pasea durante las noches más oscuras de árbol en árbol, llegando en su audacia hasta los patios y jardines de las casas, casi siempre cuando hay visitas. Su aparición coincide con pedreas misteriosas que llevan los gujarros hasta los pies mismos de las personas perseguidas por las almas.

La persona que ve el farol no debe disparar porque la luz le seguiría inexorable.

Lo que corresponde es largarle insultos del más grueso calibre a fin de asustarlo, pues si se le silba o llama, el farol se acerca y cruza el rostro del individuo con un feroz latigazo.

Esta luminaria debe ser el alma de algún sirviente mal avenido con su patrón, muerto sin haber saboreado el subalterno manjar de la venganza.

* * *

Un sapo muerto y colocado panza arriba, es un augurio de lluvia segura.

Esta superstición, de origen autóctono, merece capítulo aparte.

EL SAPO Y EL URUBU

(Leyenda norteña).

Paseaba el sapo su nostalgia de lagunas y de charcas, mirando al cielo y tocando el plañidero contrabajo de su elástica garganta.

Secas estaban las cañadas y exhausto el arroyo de su querencia y solaz. En vano imploraba a las nubes la lluvia bienhechora. Inútiles eran sus saltos y bailoteos sobre la hierba que humedecían pasajeramente los rocíos. Las nubes, que por entonces estaban de fiesta, se olvidaron de las necesidades de los habitantes de la tierra.

Era indispensable ir hasta ellas y recordarles su misión. Casualmente, las cosas se presentaron como lo venían deseando.



Mirando al cielo y tocando el contrabajo de su garganta

Buen cantor era el sapo y buen guitarrero el urubú, por lo que ambos recibieron una invitación para lucirse en las fiestas atmosféricas.

Bajó el urubú desde los aires y fué a ver al sapo con la vihuela ya lista.

—Compadre — le dijo—. Esta fiesta es de las buenas y no debemos perder la ocasión de mostrar en ella nuestras habilidades. ¿Me acompaña?

—Con mucho gusto — contestó el batracio—. Siéntese y descanse mientras yo gano tiempo, pues como mi andar es lento, presumo que me dará una ventaja dejándome partir antes. Y diciendo y haciendo comenzó a marchar a saltos, pendiente arriba.

Durmióse el urubú tranquilamente, lo que visto por el sapo fué aprovechado de inmediato. Volvióse y se metió en la vihuela muy ufano.

Horas después partió el urubú perdiéndose a poco andar entre las nubes.

—¿Y? — Le preguntaron al llegar—. ¿Su compadre no viene?

—¡Qué ha de venir! — contestó el cuervo guiñando pícarescamente uno de sus ojos. Para ello sería necesario que tuviera alas y apenas puede dar saltos en la tierra. Y dejando a un lado el instrumento se mezcló en la orgía. En un descuido de la tertulia, salió el sapo de su escondite y comenzó a cantar su vieja serenata, ante el estupor del urubú que, pensando y pensando, descubrió la treta del batracio.

Ambos compadres se divirtieron en grande, y así que la fiesta tocaba a su fin y se despedían los parranderos, el ardiloso sapo se metió sin ser visto en la litera del urubú. Despidióse el cuervo, levantó su instrumento y echó a volar dando grandes círculos hacia la tierra. En medio del espacio, como ya sabía lo que venía costeano, dió vuelta la vihuela y el

infeliz batracio se precipitó como un aerolito, rogando a los manes de su raza que le hicieran caer en el agua o por lo menos en la blanda arena del arroyo.

Sordos los manes a su ruego, el pobre bicho cayó “antarca” (47), quedando desmayado largo tiempo. Al rato le llovía encima lo que él mismo había “dejado” en la guitarra y que por razones de menor densidad, no pudo caer al mismo tiempo que el autor.

Los habitantes de la tierra tomaron esto como lluvia verdadera, siendo desde entonces creencia general que un sapo puesto de panza a las nubes, provoca las precipitaciones pluviales.

Tratándose de un animal esencialmente acuático, a pesar de su vida sedentaria que lo lleva por todas partes, lógico es que las lluvias le entusiasmen, siendo la estación de las mismas la más propicia para su enorme difusión.

Pero sucede a veces que a pesar de la sequía, el animal se queda en la frescura de las umbrías y aplastado entre los pastos. Entonces, para estimular la necesaria lluvia, no falta quien se apodere de uno de ellos y lo ponga de espaldas, desmayándolo a golpes.

Y naturalmente, como los muchachos de estos tiempos ya no creen en sortilegios y patrañas, ni les importa que llueva o se achicharren los campos con luengas sequías, agarran al pobre agorero y lo convierten en pasta, haciéndolo blanco de la más empeñosa pedrea.

—¡Al sapo, al sapo! es la voz de orden, hasta que del sapo no quedan ni los huesos.

INTERMEZOS SERRANOS

I

LLEGAMOS AL PUESTO

Los tiempos que corren exigen vida grávida, faenas duras y expansiones compensadoras, en concordancia con lo incierto del porvenir que se cierne sobre cada existencia, marcándole rumbos definidos de acción intensa y creadora.

La juventud, inquieta y optimista, se orienta fácilmente al ritmo de los imperativos modernos, lanzándose como los argonautas tras la conquista del ansiado vellocino. Pero los viejos, de temple criollo, sin ilusiones ya y sin esperanzas, hunden su tristeza evocadora en el pasado legendario, y, aferrados al fundo nativo, se consumen lentamente en su inerte existir sin alternativas, bajo el débil amparo de los recuerdos dilectos.

Ley fisiológica y atávica ésta, que poniendo el acicate de los ensueños para lo mozo y la tranquila resignación para lo viejo, cobra en los panoramas de la vida provinciana, caracteres mórbidos que gravitan desastrosamente sobre la economía y el progreso social de aquellos pueblos.

Todo su vigor se trasvasa hacia las tierras pródigas y las urbes industriales, en la emigración sin retorno de sus fuerzas vivas, mientras quedan en el predio estéril y agonizante, los pobres viejos olvidados, los pobres viejos que agonizan también bajo el pesado agobio de los años y las privaciones.

Hay, no obstante, ciertos caracteres rebeldes al imperio

del tiempo, sin cuya benéfica influencia la vida de provincias — y particularmente la vida en sus aldeas de montaña — sería poco menos que intolerable.

No basta la belleza panorámica y el transitorio interés de lo raro y lo exótico para arraigar en ellas un afecto o arrancarles emociones que perduren en el recuerdo. Es necesario el intérprete vivo, el animador entusiasta que nos enseñe y obligue a catar sus maravillas, el relator elocuente de sus misterios y leyendas.

* * *

Tal nos resultó don Braulio Cejas, ejemplar rezagado de los viejos tiempos, con quien nos dimos, por feliz coincidencia, en el puesto del “Piquillín”, hacienda fronteriza entre la cumbre muelle y pastosa y el hosco y roqueño cerro que se descolgaba en rampas de inaccesibles y briosas escarpaduras, hasta el pie mismo de las Salinas Grandes.

Llegamos por distinto rumbo al caer de un ocaso, él en procura de productos vacunos que negociaba en los llanos y nosotros en cateo exclusivo de cerriles emociones, estimulante que veníamos necesitando para levantar el ánimo un tanto achatado de nuestra ciudadana y floja humanidad.

¡Bien haiga con los puebleros! — nos gritó sin conocernos, guiado seguramente por lo exótico de nuestra indumentaria, así que nos pusimos a vista en la cima de un morro vecino al fundo.

Acababa de llegar y andaba ya por él con el mismo aplomo con que pudiera hacerlo el propio dueño.

Nadie le conocía paradero fijo. Toda la cumbre era su morada, sin que faltaran las veces en que se le encontrase durmiendo al raso, cuando la noche le tomaba lejos de las estancias.

Acaso por esto, la conocía palmo a palmo, considerándola

se como el mejor guía y el más baquiano para encontrar atajos y orientarse durante las cerrazones, tan comunes en la sierra.

Bajito, rechoncho, bonachón y siempre sonriente, era rápido para el retruécano y certero en el refrán y el a propósito, de los que parecía tener por tandas y a flor de idea.

Con ésto, sumado a un temperamento respetuoso y servicial, su amistad llana y sin remilgos se entraba de inmediato en cuantos le conocían.

Por lo menos, tal fué la impresión que recogimos en cuanto el dueño del puesto hizo las presentaciones, después de congratularse por nuestra inesperada visita.

Acostumbrados a la reserva y al egoísmo de la vida azarosa de las urbes, siempre reacia al desfogue de los sentimientos, prevenida y fría siempre, las sinceras expansiones del simpático viejito nos hacían el efecto de una ducha de agua clara.

Después de una cena en la que estallaban las carcajadas a todo viento, plena de dichos y gracejos de los dos hombres que no querían quedarse cortos, rodeamos el fogón para neutralizar los efectos del remusgo de los cerros, que ya comenzamos a sentir a través de las telas veraniegas con que íbamos ataviados, y continuar junto a la lumbre los sabrosos y bien condimentados relatos que veníamos gustando.

Don Braulio hablaba con los ritmos propios de la tierra, llenos de matices idiomáticos y arcaísmos aborígenes. La tonada con que matizaba sus circunloquios, en los que no faltaban las sentencias y comentarios filosóficos tocados de una sencilla poesía vernal, les convertía en un deleite pocas veces gustado y que atraía profundamente nuestro interés.

Don Marcos, que así se llamaba el puestero y que, como aquel, tenía su buena reserva de aventuras de todo pelo, le

interrumpía de cuando en cuando con chispeantes chascarrillos y equívocos que, al par que a nosotros nos divertían, iban a encender la réplica, acelerando a veces el desenlace que se complacía en retardar el tenaz conversador.

Don Braulio, que ya debía andarse al friso de los sesenta, sin demostrarlo, nos contaba jovialmente sus andanzas por montes y poblados.

Las tenía de todo jaez: graciosas, espeluznantes, amables y trágicas.

A veces, contándolas, se quedaba serio y ensimismado, atizaba el fogón, animándolo en resplandores de fragua y retomaba el hilo de su relato. Pero fuera cual fuese la característica de sus cuentos, en todos campeaba la filosofía profunda del espíritu nativo del gaucho, simple y bella filosofía en la que se transparentaba su gran amor por la naturaleza, enjoyado en la conciencia de su casi absoluta libertad.

II

COMPARACIONES

Conociendo nuestra condición refinada de hombres de “poblao”, se nos vino al humo con una buena sarta de comparaciones y preguntas que él mismo satisfacía, aguantando nosotros el chubasco, mitad por complacencia, mitad por convicción, pues hacía ya tiempo que la sedancia de esta vida campera, tan, justamente exaltada por los poetas, desde Horacio a la fecha, se nos venía metiendo por todos los poros, con olvido casi absoluto de nuestros deberes urbanos.

—¿Han visto algo mejor que una caverna o “rumihua-si” (45) pa vivir tranquilo? — nos dijo con cierta jactancia

de hombre primitivo que conoce las durezas de la vida presente—. ¡Son más altas las torres de Güenos Aires y más lindas qu'el morro del "Orkozuno" (48) pa mirar los horizontes? ¡Hay fragancias más ricas que la verbena y la flor del aire y olor más fresco qu'el de la tierra mojada?... ¡Qué hai haber colores tan vivos como el morao de los cerros lejanos y el añil de los cielos nuestros!

¡Vivir arriba! ¡Qué saben los vallistas de estas cosas! Arriba tenemos la libertad. No hay comisarios ni jueces que se le animen al monte para venir a quitárnosla.

¡Los serranos somos como los cóndores!

Disfrutando nosotros de esta inmensidad incorruptible, le encontramos razón sobrada. En estas soledades abruptas, la voluntad no tiene límites a su albedrío. Acaso sea por ello que es tan humana y se halla tan cerca de la perfección.

Viendo la estampa tan fresca y serena de este hombre satisfecho de su inquieto vivir, sin egoísmos y sin exigencias, pensamos que nada hay más elocuente que esta infinita soledad montañesa que temple el carácter y exalta la personalidad humana, empeñada, frente al poder de los elementos, en afirmar el prestigio de su atómica insignificancia.

Don Marcos le siguió tirando de la lengua, mientras afuera, en las cañadas y altozanos que ondulaban el plano de la cumbre, se asentaba una masa de tinieblas que rayaba el fugaz pantallazo luminoso de los "ninaqueros" (49) y estremecía el lastimero balar de los terneros aprisionados en los corrales.

—¡En sus andanzas se habrá dado con fieras? — le preguntamos con intención de llevarlo al terreno que más nos interesaba.

—¡Con fieras de todo pelo! — nos respondió metiéndose con nuevos bríos en esta brecha tan oportunamente abierta. Y como se siguió una larga serie de valentonadas en las que

el bravo prestigio de tigres y leones se andaba por los suelos, don Marcos que le oía con interés, aunque sonriéndose con ironía, le largó una indirecta que el narrador recogió en el aire.

—¡Algunas huellas le habrán quedado en el cuerpo!...

—El valor de los hombres no está en atropellar como las bestias, sino en saber cuerpiar sus ataques y jugarles el bulto — contestó achispado el hombre—. Ahisito no más, bajando el Ñuñorco, en la quebrada de Tipán, los leones andan lo más orondos y los chanchos del monte se crían como las ratas.

Días pasados, una manada de éstos me corrió de una caverna donde aguantaba un chaparrón.

Don Marcos se puso serio. Tiempo hacía que los leones venían diezmándole sus majadas, y, a juzgar por los rastros que las tales sabandijas dejaban en las ovejas heridas, los bichos debían estar “cebados” (50).

—¿Es cierto lo que dice? ¿Está seguro que en la quebrada de Tipán hay leones? — preguntóle al cuentista poniéndose de pie.

—Por esta cruz — contestó el viejo, imitándolo en su actitud.

—Mañana salgo p'al Ñuñorco a “campiar” unos bueyes que no han vuelto al rodeo. Si les gusta podemos probar, de paso, la puntería.

—¡Esto era lo que veníamos buscando, don Marcos! — le gritamos sacudiéndole unos golpes por la espalda, mientras el viejo, guiñándonos picarescamente un ojo, nos decía ya desde afuera: ¡En ésta los quiero ver!

Las ansiadas emociones venían, pues, a nuestro encuentro y, aunque se nos puso la piel de gallina pensando en lo que pudiera ocurrir, la tentación de conquistarlo al cerro en uno de sus más hermosos y terribles aspectos, probándonos

de paso en nuestra supuesta hombría, nos prestó coraje suficiente para aplaudir sin reservas la excelente idea.

¡Cazar chanchos del monte, vaya y pase, pero enfrentarnos con leones, y cebados...!, ¡hum...!, la cosa no era como para dormir tranquilos.

Soñamos esa noche con toda la fauna salvaje, bestias furiosas que nos echaban cuesta abajo, franqueando abismos en saltos gigantescos que nos ponían de un morro en otro morro, sin que atináramos a encontrar el disparador de nuestros rifles, que pesaban como peñones.

III

LA GRAN BATIDA

Mucho antes que el sol cobrara la cima de los montes cercanos, ya estábamos en pie, listos para iniciar la jornada, que a juzgar por los aprestos en que andaba don Marcos, prometía ser de las bravas.

El autor de toda esta brega no se quedaba corto en cuanto a entusiasmo y diligencia para preparar la jira, pues estaban en juego su mentado valor y la autenticidad de sus afirmaciones respecto a la existencia de fieras en la montosa y casi desconocida quebrada de Tipán.

Los peones de la estancia ensillaron las cabalgaduras, eligiéndolas entre las más baquianas y prácticas en las escabrosidades cerriles.

Se tomó mate de leche, echamos luego unos tragos de aguardiente para estimular el ánimo, limpió cada uno su arma respectiva, — nosotros teníamos winchesters — revisó don Marcos las vituallas y municiones de boca que cargó el

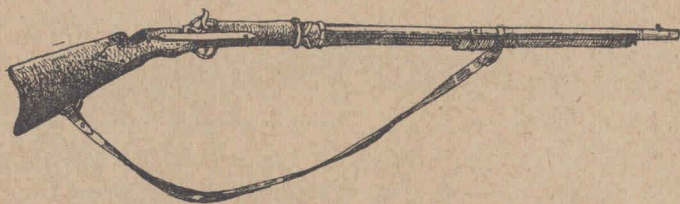
más rudo de los peones, y diciendo “hasta luego” al fundo, echamos a andar en dirección a los cerros del sud que alzaban en la lejanía vahosa sus azules y altísimos paredones.

Trepando afanosamente por una pina rampa que nos llevó al “morro de los chivos”, así llamado por ser el paradero favorito de estos avizores vigías del campo y de la evasiva majada, dejamos a nuestra espalda el bíblico fundo, que parecía un oasis en aquel inmenso mar de rocas y de pasto, atalayado por altísimos álamos puestos en línea a la orilla del arroyo, y por colosales monolitos de piedras rojizas, clavadas allí vaya uno a saber por qué raza de cíclopes criollos.

Don Braulio llevaba asegurado a las caronas un viejo rémington que, al decir de su dueño, no lo era tanto que no pudiese con él aumentar la nutrida lista de víctimas, como alguna llegase a ponerse a tiro.

Pero lo que nos puso francamente de buen humor, obligándonos a echarle algunas jugosas trufas a su dueño, fué una enorme espingarda morisca, que don Marcos atravesó en el “recao”, cargada hasta la boca con una estupenda ración de balines y recortes. Viéndola, nos vino un chucho, temerosos del doble peligro que corríamos, uno problemático y lejano: las fieras; el otro, próximo, seguro, inexorable: la espingarda de don Marcos.

El mismo venía confirmando nuestros temores con relatos en que desfilaban en ronda macabra, jabalíes hechos pica-



La espingarda de don Marcos

LIBRERIA NACIONAL
DE PATRIMONIO

dillo y leones despanzurrados. Cierta ocasión en que dejó tendido un venado, la cabeza decapitada por la catapulta había saltado a muchos metros del sitio, pero esta vez — añadía mirando de soslayo a don Braulio — estuve dormido media hora por la patada que me afirmó la muy bestia.

Ya en la cumbre, suave y pastiza, se ofreció a nuestra vista la estupenda maravilla del panorama serrano, deslumbrador y diáfano, visible hasta una lejanía que al diluirse en la bruma azulosa que coronaba la crestería de los montes distantes, diónos la sensación de un interminable viaje por las nubes.

No obstante esta ficción, tan propia de las alturas, a poco andar se hizo distinta la quebrada de Tipán con su enorme masa de árboles de un verde obscuro, estribando en los faldeos y escarpaduras del cerro que cubría el horizonte frente a nosotros. Don Marcos nos había prohibido terminantemente disparar las armas, a fin de no prevenir a las futuras víctimas con el fragor de los estampidos, que en virtud de la resonancia, cobran en la sierra una fantástica sonoridad de redoble.

Al mediar el día, dejamos el estrecho sendero de la cumbre, que más semejaba una derrota de hormigas rastrojeras, por la que apenas podíamos desfilar de a uno, pero suficiente para orientar al par de buenos sabuesos que nos precedía. Una jauría nerviosa y sagaz nos flanqueaba en doble guardia, saltando y corriendo de un lado al otro por sobre los matojos y espinillos, espantando mochuelos y perdices que se alzaban visiblemente atolondrados.

Llegamos por fin al límite de la cumbre, comenzando en seguida un penoso descenso quebrado, que puso a prueba nuestra zarandeada resistencia. Y, cuando creíamos haber franqueado con éxito este rubicón, la perspectiva de una cuesta, ondulante y pina nos convenció de que aquella empe-

catada cacería no era ni más ni menos que un viaje dantesco.

A partir de aquí, no sólo hubimos de andar haciendo cabriolas y ridículos esguinces para mantener el equilibrio, sino que, por orden del inexorable don Marcos, que llevaba su espingarda en ristre, ni podíamos hablar, ni siquiera “echar humo”, tal era de rígida la consigna.

Repechamos la cuesta, ora empinándonos sobre los estribos, ora abatiéndonos sobre la crin de los animales para conservar la línea y evitar el feroz arañazo de los piquillines y churquis (20) que nos cerraban literalmente el paso. Bajamos luego a una hondonada y siguiendo el curso del arroyo al que hubimos de vadear en diversos sitios, nos metimos en un laberinto de rocas puntiagudas que servían de contrafuerte a un despeñadero en el que se precipitaba el menguado torrente, quebrándose abajo en un estrépito de centella.

Una corzuela que salió enloquecida de aquel damero de rocas y tras de la cual se echaron los perros como una luz, nos puso los “pelos de punta”, crispándonos sobre las monturas.

—Buen sitio — dijo don Marcos apeándose, mientras se reía zubonamente del susto que nos llevamos. — ¿No le parece don Braulio que por aquí debe ser la gazapera? — El hombre oteaba los montes como un lebrel de caza.

—Me parece — dijo — que podemos echar algo en las tripas y hacernos un plan en el interín. Los “lamederos” (51) están del otro lado y de fijo que allí ha de haber algo güeno.

En menos tiempo que el que se tarda en decirlo, improvisamos una mesa con dos lajas que encontramos a mano, volcando en ella don Marcos todo el avío que su espíritu previsor le aconsejara: tamales, un buen trozo de queso con tortilla rescoldeada y varias tiras de charque, asado ya y molido, de yapa, como para no cansarnos los carrillos.

IV

LA ESPINGARDA ENTRA EN JUEGO

No habíamos terminado la placentera ocupación de llenar el estómago, cuando nos paralizó un lastimero bramido que nadie supo localizar en el primer momento.

Don Marcos se puso en pie de un salto, actitud que imitamos instintivamente, seguidos por el viejo Braulio que no perdió la serenidad y continuaba masticando tranquilamente, con el oído atento y la vista aguzada y ansiosa.

Un nuevo bramido, más distinto, más desesperado, repercutió en las lomas.

—¡Es en los lamederos! Algún bicho está matando un novillo.

—Sujeten los perros — ordenó don Marcos acariciando su terrible armatoste. Yo y el peón vamos a rodear el monte; ustedes avancen de frente hasta la cima. ¡Nada de atropellos! y mucho ojo para disparar sobre seguro.

Atamos bien nosotros los animales y comenzamos a trepar el monte, agazapándonos hasta besar las piedras, bajo la dirección del serenísimo don Braulio, cuyos movimientos imitábamos como autómatas.

Estribando en las hendeduras de los peñascos y asiéndonos a los raigones que salían como asas providenciales de las ranuras, llegamos a la cima tras de una brega casi heroica que nos dejó sin resuello.

Altas cortaderas ⁽⁵²⁾ mecían el plumero de sus blancas flores a la altura de nuestras cabezas, en una extensión que nos pareció de leguas, aunque realmente no pasaba de dos cuadras.

Al llegar al límite del alto-plano y observar el profundo tajo que se abría misterioso y resonante a nuestros pies, sentimos algo así como si nos hubiera entrado el mal de la “tembladera” (53) y una nueva y más sofocante atmósfera se hubiese sumado a la que nos venía ya aplastando.

—¡Bajaremos por allí?...

—Hasta el fondo — nos contestó el cachazudo viejo, que iba cobrando para nosotros el aspecto de un brujo. En seguida, comenzó a escurrirse como un lagarto por las ásperas y pinas rampas de aquel gigantesco acantilado. Le seguíamos de cerca, con estoicismo digno de mejores cuentas, acaso porque temíamos que a nuestra espalda ocurriera algo indigno de nuestro prestigio.

De improviso, se sintió la algarabía de los perros estallando en miles de ecos y resonancias fantásticas. Un segundo después, el trueno de la espingarda estremeció los aires difundándose por toda la sierra un fragor de montes descuajados.

Como si una fuerza misteriosa nos hubiera vuelto ingrátidos, corrimos hacia el sitio de la que suponíamos una catástrofe, don Braulio el primero, cual si le hubiesen salido alas, y a la zaga nosotros, pisándole los talones, y sorteando con pasmosa agilidad las bravas escarpaduras del terrible cuesta abajo.

Yá en el lecho del torrente nos parapetamos en un plinto de rocas, sintiéndonos acosados por un peligro que nos estrechaba en círculo y que olíamos en el aire, pareciéndonos éste espeso y doblemente pesado.

La sangre reborbollaba en las sienas y ponía en los corazones un jadear de motores.

Solo el viejo Braulio, sereno y olímpico, fijos los ojos en el océano de frondas, se mantenía en juicio, pegados los dedos al gatillo de su rémington.

La jauría avanzaba siempre, aproximándose a nuestro refugio y ladrando con creciente desesperación. De cuando en cuando, un lastimero ahullido rompía por un instante la infernal zarabanda de ladridos, que luego cobraba nuevos bríos, haciéndose más cercana, más encarnizada y turbulenta.

El león, o lo que fuese, debía estar vendiendo cara su existencia, a juzgar por el bronco jadeo y la violencia de las cargas que ya se oían con toda claridad.

—El peligro está en que los mate a todos — nos advirtió con cierta angustia el viejo guía, disponiéndose a ir en socorro de su amigo cuya suerte ignorábamos.

En ese mismo instante apareció la fiera a menos de cien pasos, en el vano abierto en la arboleda por una monda y enorme roca.

Era un soberbio puma de pelaje gris aleonado, muy común en los cerros solitarios y escarpados, pero de un tamaño raras veces alcanzado por estos animales. De un salto inconcebible, como proyectado por una catapulta, el felino se trepó en el peñascón dejando a los perros en la base, visiblemente acobardados.

Debía estar herido, porque le vimos arrastrar una pierna y aflojar el cuarto, a pesar de las furiosas dentelladas que lanzaba a los mastines.

La ocasión venía “al pelo” para disparar los rifles y ya lo afirmábamos en el hombro cuando nos contuvo la previsora advertencia del imperturbable don Braulio.

—Nada de tonterías — dijo—. Podríamos herir a los hombres. Pero... ¿dónde se habrán metido?...

Como respondiendo a esta pregunta y a tiempo para calmar la nerviosa y cruel incertidumbre en que nos tenían, los dos serranos aparecieron costeano el arroyuelo por la opuesta pendiente, medida que don Marcos adoptó para ponerse

en ángulo con nuestros tiros, calculando que hubiéramos tomado el camino por él indicado.

Verlo en salvo y disparar sobre la fiera, fué cosa de un instante.

Tronó el rémington del viejo y silbaron las balas de los winchesters dos, tres veces, en fuego graneado, ya inútil desde luego, pero necesario para desahogar nuestra tensión nerviosa, demasiado contenida y violenta.

Con la primera descarga, el puma se abatió por un costado de la roca, quedando inmóvil junto a los perros. Recelosos éstos, se acercaron oliscando la presa, dando tarascones unos y retrocediendo los demás, asustados por los espasmos que sacudían en su estertor a la endiablada fiera.

De seis que eran, cuatro quedaban en pie. El peón traía



Como proyectado por una catapulta el felino se trepó al peñasco

en los brazos uno con la pierna destrozada por una dentellada. El otro, un valiente galgo de don Braulio, estaba tendido a pocos pasos, con la cabeza hecha una pasta por un terrible zarpazo de la enfurecida bestia.

—Buen tiro — dijo don Marcos apoyando su arma en la cabeza humeante del puma.

—¿Cuál, el suyo? — contestó con sorna el otro viejo. ¡Con ese soplete!...

Y se trenzaron en una discusión por si era el uno o el otro quien había despachado al animal.

Nosotros no contábamos para nada en la liza, si bien era evidente que los dos hombres tenían su razón. Los balines de la espingarda destrozaron la pierna del bicho, pero el golpe de gracia era bien visible que se lo había dado el rémington, por el enorme agujero que le pasaba la cabeza de parte a parte. De las nuestras, no había ni huellas.

El peón cuerió al felino y, con la piel y el perro herido auestas, nos encaminamos hacia los “lamederos”, donde según don Marcos, tendríamos trabajo para rato, pues el maldito puma le había volteado un novillo.

Esto si algún otro león — el compañero probable del muerto — no nos hacía más dura la brega, caso muy común tratándose de animales que andan siempre en casal y que suelen defenderse hasta caer ambos.

Don Braulio enterró dignamente al perro y, limpiándose con disimulo una lágrima vertida en holocausto del viejo y fiel compañero, nos siguió con un dejo de honda tristeza en el alma.

El puma lo había dejado solo en la vida.

FUNDACIONES ANTIGUAS

Sabido es que la corriente fundadora que llegó por el Atlántico se entretuvo en largas exploraciones por el litoral, hasta detenerse por último en el Paraguay, donde comienza en forma la colonización.

Simultáneamente, penetra por el norte una nueva corriente con procedencia del Perú y explora toda la región del Tucumán, que se extendía hasta las provincias actuales de La Rioja y Córdoba.

Pero esta corriente no va a ser tan feliz como la oriental, sino que en virtud de la heroica resistencia de los naturales, va a costarle a España sendos sacrificios y una larga serie de desastres que harán vacilar el empuje de la raza conquistadora.

En primer lugar, deben fundarse pueblos puramente estratégicos, que dominen el corazón de los valles. Más tarde vendrán las fundaciones fijas, con miras especulativas que no es posible contemplar mientras la raza de las montañas se mantenga con los fuegos encendidos.

Este fué el concepto de las primeras fundaciones en la zona Calchaquí, lo que explica el constante abandono que se hacía de algunas y los sucesivos traslados de otras.

Quando una fundación ha dejado de ser un baluarte de la conquista, se la traslada con el mismo fin estratégico que inspiró su primer emplazamiento.

Vamos a ocuparnos de las más famosas, entre las que la ciudad del Barco, llamada la "portátil", figura en primer término.

Núñez del Prado, uno de los más bravos capitanes espa-

ñoles al servicio del Presidente La Gasca, había conseguido que se le concediese la empresa de conquistar el Tucumán, deseada desde tiempo atrás por otros capitanes, entre ellos Gonzalo de Pizarro, seducidos por lo fabuloso y ponderado de sus riquezas.

Antes de Prado, sólo habían penetrado a esta región de leyenda, los cuatro Césares, buscando la famosa Trapalanda del rey blanco, Diego de Almagro en tránsito a Chile y Diego de Rojas, con la intención éste de enlazar la dominación hispánica del norte con el litoral del Plata.

La expedición de Prado salió de Villa de la Plata en 1550 y después de fatigosas y cruentas marchas, penetró al Tucumán por las sierras de Calchaquí, corriéndose luego hasta el famosísimo pueblo indígena de Tucumanao, en Tinogasta, donde lo agasajó el gran cacique Don Juan, que más tarde habría de encabezar la famosa rebelión.

Buscando mejores tierras, vuelve hacia el norte, cruza las sierras de Ambato en su intersección con la de Aconquija y funda en 1551 la ciudad portátil de Barco a orillas del río Escaba. No contento con el fuerte que acababa de fundar en honor del presidente del Perú, natural de Barco de Avila, Prado traslada su fundación al corazón mismo de Calchaquí, cerca del Fuerte de Andalgalá, no existente aún como fundación castellana.

Prado chocó aquí con Villagra quien, después de vencer al conquistador, le impuso la soberanía política de Valdivia, gobernador que iniciaba desde Chile una nueva corriente colonizadora.

Prado desconoció luego la autoridad impuesta contra sus nobles propósitos, pasó las sierras de Ambato, ahora por el sur, y descubrió el valle de Catamarca, poblado por diaguitas y capayanes. De aquí sigue sus exploraciones y conquistas, llegando hasta las márgenes de los ríos Dulce y Salado en

Santiago del Estero. Aquí recibió la orden de poblar el llano dejando por el momento las fundaciones de montaña. A tal efecto reconoce la región lule en Tucumán y, de vuelta, funda en la de los juríes, muy cerca de donde hoy se levanta la de Santiago, la tercera ciudad de Barco, pasando luego en busca de las famosas riquezas de Famatina.

En este tiempo, y tal como Prado lo preveía, llega de Chile a sostener los derechos de Valdivia, desconocidos por aquél, y depone al noble conquistador apoderándose de Barco, el capitán don Francisco de Aguirre.

Ante tamaña injusticia, Prado se marcha al Perú en busca del condigno desagravio, pero no regresó más al Tucumán donde había dejado bien sentado su prestigio de jefe valeroso y tolerante.

Todo esto ocurría en el año 1553.

En adelante, las disensiones de los jefes instigados por la ambición de Chile y los celos y rivalidades entre las fuerzas hermanas, restan fuerza moral a la conquista y dan alas a la rebelión.

“El teatro de las escenas de sangre va a ser Calchaquí. El indio de las montañas ha pulido la flecha. Aguirre ha retado a los hijos de la tierra cuando funda por cuarta vez la ciudad portátil en el corazón del valle de Andalgalá. Los viejos caciques se han pasado la flecha, que es la señal de la rebelión y el grito de guerra de la heroica raza montañesa, ha sido lanzado al pie mismo de los fuertes castellanos.”

LONDRES

“La conquista del Tucumán, ligada a la resistencia de los montañeses de Calchaquí, ocupa una página en el gran libro del heroísmo que en América desplegaron conquistados y conquistadores”. Basta recordar el sacrificio de los sesen-

ta indiecitos de Deteim, el martirio de Chelemin, la heroica muerte espartana de aquellas tres indias que por no aguantar la afrenta de ser compañeras de unos cobardes, que temblaban en presencia de los españoles, se lanzaron al abismo; el suicidio del cacique de Hualfín, el soberano desprecio de la vida, de don Juan, la audacia sin límites de los guerreros nativos, el estupendo esfuerzo hispano, etc., etc.

No hay ejemplo en la historia de las conquistas humanas, de una nación indígena que haya resistido tan heroicamente y por tanto tiempo al yugo del invasor, como ésta de Calchaquí. En la historia de la conquista de nuestro territorio, no hay otra epopeya que la de esta raza, siendo el centro de la misma el famosísimo valle de Yocahuil, hoy de Santa María.

Los indios, movilizados por la intolerancia ambiciosa de Aguirre, se levantaron como una sola tribu, comenzando por desalojar de la última fundación de Barco, al antipático y odiado usurpador de los derechos de Núñez del Prado.

Aguirre vióse obligado a partir a Chile, oportunidad que aprovechan los nativos para encender el fuego de la tragedia en todo el Tucumán.

Para contrarrestar este alzamiento que amenaza terminar con la conquista iniciada por Prado, llega a Santiago del Estero don Juan Pérez de Zurita, contemporáneo y amigo personal del infortunado fundador de la ciudad portátil.

Sucedía esto en el año 1558.

Zurita encaminó sus primeros pasos a la consolidación de la obra de su antecesor legal, a cuyo efecto pasa de Santiago a la región de Belén, en el valle de Quimivil, y funda con el mismo espíritu estratégico de Prado, la ciudad de Londres, en el referido año de 1558.

La nueva fundación parece haber sido efectuada en honor de Felipe II que por ese tiempo era rey de Inglaterra en

virtud de su casamiento con María Tudor, circunstancia que dió también origen al nombre de “Nueva Inglaterra” con que se designó al Tucumán.

Zurita repartió en este pueblo doce mil indios en encomiendas.

Fundó luego la ciudad de Cañete, más o menos en el sitio que hoy ocupa la villa de Chaquiago en Andalgalá, y en el mismo año reparte también aquí otros doce mil indios, con la expresa recomendación de que se les tratase humanamente.

Desde Cañete mandó a su capitán Julián Sedeño al valle



Tiempo hacía que el león de la montaña bramaba de cólera

de Yocahuil, donde fundó en nombre de Zurita la celeberrima ciudad de Córdoba de Calchaquí, a fines de 1558.

Zurita se atrajo la simpatía de renombrados caciques, entre ellos Chumpicha, y luego el hermano de éste, don Juan, de cuya épica figura vamos a ocuparnos en capítulo aparte.

En 1561, por intrigas fraguadas por las ambiciones chilenas, Zurita es apresado por Gregorio de Castañeda, quien traidoramente le llena de vejaciones y lo remite a Chile.

Castañeda destruyó toda la obra pacifista y fecunda del gran conquistador, comenzando por cambiar el nombre de las ciudades fundadas por él. A Cañete le llamó Orduña y a Córdoba de Calchaquí, Espíritu Santo.

Para vengar a Zurita, o quizá sólo como un pretexto, don Juan de Calchaquí subleva todas las tribus de su poderosa y extensa influencia.

Tiempo hacía ya que el soberbio león de la montaña bramaba de cólera y aguzaba sus garras. En lo sucesivo sólo van a verse en todo Calchaquí los resplandores de las hogueras, encendidas como señales de guerra en las cumbres y serranías, y la vieja raza va a desencadenar sobre los castellanos toda la potencia bélica de su salvaje heroísmo.

Sólo ha bastado que su cacique diera el grito de alerta, para que hormiguearan en las cuevas y pucaraes los guerreros indígenas, enardecidos por el bronco rumor de los pingollos nativos.

Cuatro mil indios calchaquíes y diaguitas atacan la población de Londres que resiste bravamente, rechazando a los sublevados, quienes se dirigen de inmediato sobre Córdoba, donde aún permanece Julián Sedeño.

Castañeda los persigue; vuelve destrozado a Londres y traslada la población al valle de Conando, distante unas veinte leguas al sud de la fundación de Cañete. Tales movimientos sólo tienen el propósito de apoyar ambos pueblos,

pero, como casi simultáneamente don Juan se apodera de Córdoba, Castañeda ordena su despoblación en el mismo año de 1562.

Nada hay ya que hacer en este Londres cuya épica y legendaria fama llenó las páginas de toda la epopeya. La guerra se ha encendido en todas partes y el avasallador impulso de don Juan va a llevarla hasta los mismos llanos, donde se refugian desesperados los hispanos.

Recién en 1607, el gobernador Alonso de la Rivera vuelve a fundar el pueblo de Londres llamándolo entonces “San Juan de la Rivera”.

Tal es la historia del pueblo que aún existe muy cerca de Belén, y en el que falta la estatua que inmortalice dos nombres de aquel pasado que glorifica los anales argentinos: Juan Pérez de Zurita y Juan de Calchaquí.

LA EPOPEYA DE CORDOBA

Con las fundaciones de Zurita en Calchaquí, aparece la figura trascendental de Don Juan, cacique jefe de todas las tribus del conglomerado indígena del Tucumán.

Fuera injusto no recordar esta gloria excepcional de la heroica raza nativa.

La historia ha recogido los nombres de todos los héroes, y la gratitud o la admiración póstuma de los pueblos les ha inmortalizado en el bronce. Con este personaje de leyenda, casi fantástico en el poder avasallador y estupendo de su estrategia bélica y política, la historia y los pueblos no han

sido consecuentes, acaso porque fuera un indio, olvidando que en la raza de las montañas, en nuestros pueblos de provincias y en casi todo el norte argentino, la sangre, el valor criollo y la mentada suspicacia del paisano nativo, son una indiscutible herencia de lo que fué don Juan de Calchaquí y una revivencia del valor de la vieja estirpe fusionada en la hidalguía castellana.

Así, va perdiéndose en el recuerdo de los argentinos, tan generoso con los genios de toda la tierra, la estampa de este genio nuestro, el único que hizo morder el polvo al león de Castilla y que, a ser un personaje europeo, hubiera pasado a la historia como un semidios o un mito.

Ya hemos dicho que Zurita fundó en Calchaquí los tres pueblos-fortalezas de Londres, Cañete y Córdoba.

Don Juan le dejó hacer, no obstante que Julián Sedeño se apoderó de su muy querido hermano, el cacique Chumpicha, en ocasión del ataque que éste le llevara mientras aquél permanecía en la última fundación, mostrándose no sólo sumiso a su gobierno, sino aliándose a sus propósitos y convirtiéndose en amigo personal del conquistador.

Zurita, contra la opinión de los capitanes de su fuerza, dejó libre a Chumpicha y a un hijo de éste que compartió su cautiverio, medida que le aseguró la simpatía general de los indios y la confianza, y por consiguiente, la quietud de sus jefes.

Deportado Zurita por Castañeda, y maltratados los indios por su bárbaro sistema de opresión, don Juan, que sintió en carne propia las vejaciones de que fuera víctima el libertador de su hermano y protector de su raza, no pudo contener por más tiempo, ni el furor de ésta, ni el estallido de su encono personal, y se lanzó sobre Londres.

Va a comenzar recién la época aciaga de la conquista. La raza de América va a campear por sus fueros, llenando

de fragores bélicos y ensangrentando los ríos de toda la región catamarcana de Calchaquí.

El orgullo español va a ser abatido por primera vez en América, gracias a la intolerancia contumaz y perversa del usurpador Castañeda.

Rechazado en Londres, don Juan vuelve sus furias contra la lejana Córdoba gobernada por Sedeño. Pero aquí también la suerte le fué adversa, pues el solo nombre del vencedor de Chumpicha, infunde un terrible pavor a los suyos, quienes se apresuran a refugiarse en las fragosas serranías de Yocahuil. Los persigue Sedeño hasta las cumbres, donde cae Don Juan con sus caciques, después de resistir él solo a una compañía de castellanos que le cierra el paso.

El león está prisionero, pero su espíritu está incólume.

Castañeda lo sabe, y sabe también que la cabeza del prestigioso caudillo, que sus jefes piden con clamor unánime, puede costarle la suya, pues los indios le rodean por todos lados, dispuestos a vengar al jefe jugándose enteros hasta incendiar los reductos castellanos o morir en la refriega.

En estas circunstancias, el jefe indio se muestra un sagaz político, se humilla ante los castellanos fingiendo entregarles algunos secretos de sus planes y; para infundir más confianza a Castañeda, cuya cobardía conoce el taimado calchaquí, se hace bautizar en compañía de varios de sus caciques.

Promete entregarles maniatada su raza y consigue su libertad.

Pero el famoso luchador no piensa ahora cumplir su compromiso. Marcha a Yocahuil y en una emboscada vence a Sedeño y lo sacrifica horriblemente. Este fué el principio real de la gran tragedia. Lo que viene después ya no es sino una cruenta revuelta sin tregua, una batalla general que llena de estruendos y alaridos todo Calchaquí, un continuo

arder y apagarse de hogueras, cuyos resplandores de muerte y desolación sólo terminan muchos años más tarde, con la tragedia definitiva de Quilmes, del heroico Quilmes, y la consiguiente destrucción total de la raza ciclópea.

Después de la muerte gloriosa de Sedeño, el cóndor pone sitio a la codiciada Córdoba. Vuela Castañeda en socorro de la desgraciada ciudad y en un paso de las escarpaduras de Yocahuil, se repite la famosa sorpresa de Las Termópilas. El ejército de socorro queda destrozado y Castañeda, casi solo, no atina sino a volverse precipitadamente a su reducto de Londres.

Mientras Córdoba agoniza, Castañeda, cubierto de vergüenza, prepara la reacción pidiendo socorros a Santiago. Llegados éstos, marcha de nuevo en defensa de la infeliz fortaleza, de cuya heroica resistencia no hay ejemplo parecido en la historia de América.

El jefe español, aleccionado por su desastre anterior, cae de improviso sobre los sitiadores, desbaratándolos con grandes pérdidas.

Don Juan levantó el sitio y se retiró a los montes a meditar sobre nuevos planes, y, como si un destino fatal pesara sobre los designios del impolítico Castañeda, éste, en lugar de aprovecharse de su victoria para atemperar el furor nativo, continuó su antipático sistema de opresiones, enemistándose más y más con las tribus.

En 1562 resolvió volver a Londres, con general descontento de la ciudad, y así lo hizo, dejando en ella una pequeña guarnición.

Entonces, con la previsión del peligro a que los dejaba librados la ausencia de Castañeda, hombres y niños, mujeres y ancianos trabajan día y noche construyendo pircas para defender, siquiera fuese por un corto tiempo, al ya maltrecho y desmoralizado pueblo.

Don Juan no tardó en aparecer de nuevo, más torvo y amenazador que antes y, comprobando que la ciudad se había hecho casi inexpugnable, decidió rendirla por la sed y el hambre, cortando de inmediato las acequias que la surtían de agua. Este recurso obligó a los sitiados a dejar la ciudad y presentarle batalla campal.

El éxito pareció inclinarse de parte de los españoles, quienes, en el tumulto de la refriega, se apoderaron de una hija de Don Juan, conduciéndola en rehenes a la fortaleza.

Con esta prenda intentaron comprar la paz, pero Don Juan, mostrándose intransigente, siguió con los fuegos encendidos, buscando el momento de dar el zarpazo definitivo.

Todas las tribus acudieron de nuevo en apoyo de sus planes y fueron tan repetidos los ataques y tan poderosa su saña, que, amedrentados, los habitantes de la ciudad le remitieron su hija con gran pompa y demostraciones amistosas.

Pero ya era tarde para quebrar la inflexible amenaza.

Don Juan se lanzó en irresistible empuje y los sitiados, exhaustos ya para resistirle por más tiempo, se aprovecharon de la noche para abandonar la ciudad donde tanto habían sufrido y luchado, y dirigirse en busca de amparo a Jujuy.

El terrible furor de los insatisfechos calchaquíes los persiguió en su doliente odisea en forma tan cruel y despiadada, que los diezmó casi en absoluto, pues sólo llegaron seis castellanos a la fundación de Nieva a fines de 1563.

Después de una larga serie de combates sin mayor trascendencia, Don Juan se lanza otra vez sobre Londres en 1563, y luego nomás sobre Cañete, destruyendo y despoblando completamente ambos pueblos.

El torrente de lava de la montaña ya no tiene obstáculos para correrse al llano.

Tales son las consecuencias del gobierno de Castañeda en Calchaquí y tal la epopeya de Córdoba y la figura de su vencedor cuya semblanza hemos tratado de bosquejar.

EL ALLPAMISQUI

I

Continuación de El Himeto de Arcadia.

Bajábamos del collado próximo a nuestra accidental vivienda, analizando pedruscos y deteniéndonos en la observación de infinidad de captáceas enanas y cereus gigantes.

Aquí un “achuma” (54) abriendo al tope de sus carnosos y espinudos tallos-hojas un rimero de albas flores, las más completas, las más bellas y gigantes de nuestra flora tropical silvestre, cuya fragancia embalsama típicamente las vastas soledades de los campos nativos.

Más abajo un tentacular “ucle” (55), de flores igualmente magníficas, encendidas en un rojo de fuego. Junto al ribazo que bordea el arroyo, una colosal bombácea llamada yuchán o palo borracho, cuyo nombre científico es “chorisia insignis”, alza su pequeño ramaje circular sobre un panzudo tallo, cuyo estupendo desarrollo no guarda proporción con aquel.

Sobre sus hermosas flores blancas pentámeras, que pronto se convertirán en espléndidas bellotas, hinchadas de finísima paina, revolotean y zumban millares de ápidos y avispones de los que ya conocemos algunas especies.

Más lejos, el arroyo se expande sobre el blando declive que muere junto a las casas, formando un amplio lecho de fértiles tierras lacustres y una magnífica floresta en la que, de trecho en trecho, surgen tupidos espinillos y bravísimos

piquillines, decorados con trepadoras lujuriantes, locontes, pasionarias y “tasis” (56) de fragantes flores arracimadas, agobiadas todas bajo el cerrado ataque de los abejorros y ápidos.

Descendiendo la última rampa del pintoresco collado, nuestro hábil guía, que olisca en el aire como un viejo sabueso, se detiene a escudriñar entre los guijarros desquiciados por el continuo tránsito de las majadas cerriles. Lo vemos inclinarse sobre un reborde formado por una pequeña cala gredosa y erguirse, luego, con el aire de un minero que ha encontrado una veta.

—¡Un allpamisqui! (10) — nos dice alborozado. Y allí donde nos señala el hallazgo, nosotros sólo vemos un diminuto agujero con un brocal ceroso que no llega a tres milímetros.

¡Un allpamisqui! Es raro encontrarlos, porque las abejas que los fabrican, por lo mismo que no tienen aguijón para defenderlos, son excesivamente hurañas y su reina menos prolífica que la abeja mestiza o de los palos.

Nos dice ésto el mozo y nos pide que le aguardemos en el sitio, mientras vuelve a la casa en procura de una pala.

Por lo visto, aquí tendremos una operación de zapa, y como antes, en la depredación que le habíamos criticado al campesino, nos resignamos a presenciirla.

En el intervalo, pasamos revista a los recuerdos juveniles. Algo sabíamos de los allpamisquis. “Allpa” en quíchua significa tierra, y “misqui” se traduce por dulce, de modo que todo el nombre quiere decir: dulce de la tierra, o en mejor castellano: miel de tierra.

Los paisanos del norte argentino le siguen designando con su nombre de origen, como el mejor homenaje a los primitivos dueños de aquellas regiones que así lo bautizaron.

La abeja del allpamisqui es algo semejante a la mestiza

de los palos, aunque de mayor tamaño y de un color negro más acentuado, y, como aquella, no tiene aguijón, o por lo menos no lo emplea contra el hombre.

Anida siempre en la tierra, en los huecos de los terrenos de relleno que explora juiciosamente y a profundidades que varían de dos a cuatro pies.

Si no los encuentra apropiados, los construye por su cuenta en una larga y penosa tarea de pocera, hasta que consigue sacar los dos o tres decímetros cúbicos de tierra cuyo hueco necesita, para comenzar de inmediato el almaceñaje de provisiones.

Esta guarida subterránea, que en todos los casos tiene la forma rudimentaria del tubo digestivo, comprendidos la boca, el esófago y el estómago, se adapta a las condiciones del terreno, por lo que varía siempre en profundidad y en amplitud.

A medida que penetra el hueco en la tierra, va ensanchándose hasta abrirse en una cavidad relativamente amplia, en cuya bóveda o techo están suspendidos los panales de la colmena.

Todo esto nos trajo a la memoria la evocación de pretéritas correrías por escabrosidades y chilcanales, allá en las lejanas siestas provincianas, tan socorridas para dar rienda suelta al travieso espíritu juvenil.

II

MAS DEPREDACIONES

Sentados, como fieles cancerberos, junto al minúsculo brocal de aquel misterioso “tapao”, nos encontró al regresar el mozo, quien con todo cuidado, inició la operación de poner al descubierto el subterráneo merengue.

Observando al menor detalle la juiciosa tarea del zagal, aprendimos algo que se nos había olvidado del sabroso entierro.

A veces el hombre perdía el rumbo, pero luego volvía a encontrarlo soplando y escarbando sobre la broza y los terrones que lo obstruían.

Por fin llegó a la cavidad principal, ansiado destino de aquella operación cesárea, abrió el boquete con singular limpieza y metiendo un brazo en todo su largo, palpó las paredes de la bien provista despensa.

Dentro de unas envolturas cerosas del tamaño de los cocos, se encontraba la miel, toscamente distribuída en celdas irregulares muy distintas a las de su congénere, la abejita de los palos. Al lado de estos botijos consistentes y recubiertos de arenisca, aparecía el pastel de larvas, pegado también a la bóveda del recinto. Las paredes de éste, en toda su extensión, están impermeabilizadas por una especie de estuco negro y brillante que impide toda clase de penetración.

Con este material obscuro y a una profundidad donde no llega el más débil fulgor... ¿Cómo se orienta la abeja? ¿Se hará luz con la linternita córnea de sus ojos para llegar

a la celda que está construyendo? ¿Será fosforescente el material negro brillante con que revoca las paredes de su habitación?... Misterio profundo es éste, que acaso no sea resuelto sino a base de conjeturas y suposiciones, en virtud de las reconocidas dotes del insecto, o quizá tal vez mediante pacientes observaciones.

Pero... debajo de tierra, la cosa no ha de ser tan sencilla.

En las colmenas de la industria, las abejas se cuidan de colocar en la entrada una constante guardia formada por una docena de ápidos que se turnan según las horas de vigilancia. Un hecho análogo se observa en las casas de avispa meleras que penden de los árboles y en las rasantes lachiguanas ⁽¹²⁾ expuestas constantemente al fortuito ataque de los lagartos, comadrejas y zorrinos, cuyo ingenio no se queda lejos del de los bravos himenópteros, al punto de que, casi siempre, y a pesar del cerrado ataque de la guardia, los piratas concluyen por descuajar el succulento postre y regalar-se con él mientras bulle por lo alto el enjambre desalojado.

En el allpamisqui y en la colmena de los palos, la guardia no existe, o mejor dicho, no está en la abertura, lo que sería inútil por no tener la defensa del agujón ni estar expuestas al peligro de los lagartos. Pero si algún pequeño intruso se aventura por los estrechos corredores de sus respectivas mansiones, las abejas lo acribillan a mordiscos antes que ha logrado andar un par de centímetros por el conducto, largándolo luego hecho una piltrafa por sobre el brocal.

Esto explica la convivencia de un hormiguero al lado mismo del allpamisqui o en el hueco de los palos colmeneros, separado en departamentos por el duro diafragma ceroso y acre, capaz de mantener a raya a las incómodas vecinas.

Regresando más tarde al fundo, el campesino zagal nos enseñó entre unos matorros una especie de guarida esquimal

de color gris, con un orificio circular sin rebordes, donde se paseaban varias avispas de regular tamaño.

Instintivamente hicimos un rodeo, en previsión de alguna posible alevosía, aleccionados ya por la feroz picadura del avispon rojo de los viñedos. Pero el destructor que nos acompañaba pasó de largo, explicándonos que por esa época del año, estas lachiguanas no eran una presa codiciable, pues no tenían miel sino en Otoño.

—Para entonces — nos dijo — ya tendremos trabajo si no se adelantan las iguanas y las “cosechan” en amigable complicidad con sapos y hurones.

Al cruzar el bañado, tropezamos con un enorme piquillín de intrincado y bravo ramaje, del que pendía una especie de pera colosal, de contextura muy semejante a la del avispero que acabábamos de abandonar.

—¡Una bala! — dijo el aldeano cuyos ojos avizores la descubrieron desde lejos. Y apoderándose de un grueso guijarro, añadió con cierto retintín que nos pareció una herejía: ¡Para ésta no hay perdón!

Y así nomás sucedió. El camuatí, tocado en el centro por el certero pedruzco, voló hecho añicos, descuajándose como un pastel “mil hojas”.

Henos ya de vuelta en el tranquilo retiro de las casas. Un sol crepuscular desmayado en el vaho de los campos polvorientos, toca de rojos fulgores la cima de los montes. Es la hora triste de la vida campera, el preludio litúrgico de la nocturna calma.

Va a comenzar la serenata de los grillos.

LOS PESEBRES Y LAS YUTIADAS

Pocas fiestas más dilectas que éstas del nacimiento de Jesús, en la sencilla religiosidad de las costumbres provincianas.

Como en Eurōpa, como en todo el universo de la secta cristiana, el advenimiento del Nazareno en la noche del 24 de diciembre, suele celebrarse con singular ofrenda de fervores generales, acaso porque se hace en homenaje a un niño predestinado al martirio y hay en la tierna liturgia, más curiosidad y distracción que fanatismo.

En efecto, estas ceremonias que se efectúan en novenario, desde el 25 de diciembre hasta el 6 de enero, culminando con la llegada de los reyes magos, suelen ser un motivo de tertulias amables, luego que las mujeres terminan el ofertorio de sus oraciones y cánticos sagrados.

Los alumbradores o padrinos de la ceremonia, que se turnan durante las nueve noches de festejo, rivalizan en rumbo y obsequiosidad, por lo que no faltan las bebidas y las rosas, siendo raro el día en que los rezos no tengan su correspondiente derivación de bailes, bien rociados por cierto, con mistelas y alojas de algarroba y molle.

Y como en el tren de juerga suele olvidarse fácilmente el motivo primordial de la reunión, lo que antes fuera un rito solemne y grave, se vuelve ruidosa alegría, siendo éste el momento ansiado por los gañanes y las jóvenes de la concurrencia, quienes deciden resolver sus cuestiones sentimentales, fascinados por el encanto irresistible de las noches amparosas y apremiantes del Estío.

Cuando el alumbrante o mayordomo es persona de fuste

social y sus medios no se andan cortos, — cosa que la dueña del pesebre sabe prevenir con tino — la parranda se hace en grande, echando como quien dice “la casa por la ventana”. Las tinajas rebosan de aloja y el estruendo de las bombas y coheteillos repiquetea como si todo el espacio fuera una colosal marmita en la que se estuviera tostando “áncua” (57) por fanegas.

Yo no he podido ni quiero olvidar, porque es un recuerdo grato a mi corazón, una de esas lejanas noches de Navidad en que se me entró en el alma, no se si por una ingénita exacción de mi sensibilidad nativa, la suave y tierna liturgia de aquella fiesta.

Veraneábamos algunos estudiantes en la paz bíblica de una pintoresca aldea. Alguien sugirió que podíamos asistir a un célebre y tradicional pesebre levantado en una casona de tipo arcaico casi perdida en la estribación primera de las sierras de Ambato. Larga era la distancia para hacer el camino a pie, pero el mismo entusiasta veraneante que proyectó el paseo, nos dió la clave para hacerlo montados.

—¡Vamos a yutiar (31) burros!

Y a la tardecita, alto aún el sol, nos largamos a la de Dios, por rastrojos y campos vecinos, en procura de algunos cimarrones y mostrencos de los que andaban por docenas festejando con ruidosos rebuznos la caída de las primeras algarrobas.

Cuando llegamos a las casas tras de una arria de seis burros, las muchachas armaron una jarana mayúscula, prometiéndose una juerga de las que harían época.

Enjazamos tres de los que nos parecieron más dóciles, para las niñas, montando nosotros en pelo en los restantes, que hacían molinetes de puro ariscos.

Aquella noche, calma y tibia, era la patrona del pesebre Doña Venancia, dama copetuda y de tradicional prestancia,

quien personalmente se había corrido por el pueblo noticiando el hecho entre todas sus amistades e invitándolas a concurrir.

Desde temprano, comenzó a sentirse el estruendo de las bombas y el tamborear de las mostacillas y camaretas, señal evidente de que la novena iba a ser excepcionalmente ruidosa.

A eso de la oración, muchachas y varones iniciamos el viaje hacia las lomas, matizándolo con toda suerte de escenas, cómicas unas, y desagradables otras para los protagonistas que a cada instante andábamos por el suelo, arrojados por los violentos corcobos de los burros chúcaros que no se avenían con el peso de los intrusos.

Las muchachas se ahogaban de risa, pero al subir el empinado y pedregoso talud sobre cuyo lomo se encontraba la casa, nos tocó el desquite, pues las chicas salieron limpias por las grupas, algunas con montura y todo, mientras nosotros, como centauros, llegamos al altillo sin mayores contratiempos.

Doña Venancia nos recibió con vivas efusiones y con un enorme mate rebalsando aloja que pasó de mano en mano.

Todo el pueblo se había dado cita esa noche en el pesebre más por el atractivo de las bebidas y el famoso “pan regalao” que la buena señora fabricaba por tandas, que por hacer oblación de sus fervores místicos. De llegada, todos entraban a mirar al “Niño”, cuya sonriente y dulce expresión parecía un nuncio de buenaventura.

Doña Venancia había encargado velas de colores a Buenos Aires y esta lujosa novedad no era la menos admirada por la sencillez de aquellas gentes.

Cuando terminaron los rezos, se sintió en el patio el estruendo de las camaretas y buscapiés con un fragor que se multiplicó en el rebombe de los cerros.

—¡Jesús! — gritaban las viejas tapándose los oídos—.
¡Parece el día del juicio!

No esperaron los burros otra cosa para alzarse solos, rompiendo las coyundas y echándose desesperados, entre una formidable salva de rebuznos, hacia sus lejanas querencias.

La fiesta casi nupcial que vino luego entre continuos brindis y “obligos”, se guarda en la memoria como un homenaje a la fineza de aquellas gentes y una oblación sentimental que, de cuando en cuando, se va con el recuerdo amable desde el presente hasta aquel entonces.

QUILMES

La ciudad bonaerense de los molinos.

La Estrasburgo argentina, por su vieja fábrica de rubia y espumosa cerveza.

¡Cuántas veces hemos evocado el génesis de este pueblo mirando el hormigueo de sus habitantes en el moderno ajetreo de su vida ciudadana.

¡Y cuán pocas serán las personas que, con la inquietud espiritual que a nosotros nos hunde en históricas y lejanas revivencias, hayan pensado alguna vez en la posibilidad de que en su sangre pudiese haber vestigios de la raza secular de los Quilmes, cuyo nombre y cuyo bravo prestigio, como esas corrientes que desaparecen en el desierto para surgir de nuevo en luengas tierras, parecen haberse hundido en la montaña tras del cataclismo de la heroica estirpe, emergiendo con nuevos bríos en las serenas márgenes del Plata.

¡Qué extraordinaria transfusión han verificado los siglos!

¿Como ha podido fecundar la torva planta de las cumbres en la mansa llanura que acarician las brisas húmedas del Atlántico?...

La raza que se aferra al solar donde ha nacido, como el chaguar a la peña, como la flor del aire al cardón, como la parásita liana al elevado y elegante visco... la heroica raza de la leyenda de Marte, cuya resistencia de siglo y medio pone una nota fantástica en la historia de las conquistas de la humanidad... la raza hermana de los huracanes y los cóndores, transfundiéndose en la virgen pradera de la llanura bonaerense y ahogándose en el turbión de nueva sangre y costumbres diferentes, explica el misterio de la aclimatación materna en cualquier sitio donde nazcan sus hijos.

Quilmes fué fundado en 1670.

Para darle vida a este pueblo, fué necesario matar la raza que puso en jaque al poderío español.

Conviene, siquiera sea para mentar su origen, recordar a grandes rasgos la sombría tragedia.

Fueron los indios Quilmes originarios de Chile, probablemente de las regiones de Copiapó y La Serena, que se encuentran en línea con los famosos valles calchaquíes. Antes que humillarse subyugándose a los ejércitos invasores de los incas, emigraron en masa al valle de Yocahuill, hoy de Santa María, en la provincia de Catamarca.

Recibidos por los yocahuiles y hualfines con las armas en las manos, fueron luego aceptados, asignándoseles como definitiva morada las fragosas montañas de aquel legendario valle.

Los conquistadores españoles, al penetrar en Calchaquí, les encontraron fusionados ya con las razas nativas.

Toda la epopeya les mantuvo en armas.

Desde Diego de Almagro a Núñez del Prado, de Zurita a Castañeda, de Gerónimo Luis de Cabrera a Don Alonso de Mercado y Villacorta, es decir, desde 1535 a 1669, año en que, traicionada la raza por los tolombones que se unieron a los castellanos, termina con la deportación de los valerosos quilmes, la gloriosa epopeya de la conquista del Tucumán.

Como ya se ha dicho, la historia de la humanidad no registra otro caso de valor semejante. Ni las glorias de Carthago, ni la conquista de las Galias, ni la expedición de Cortés ni la famosísima y estupenda travesía de Alvar Núñez, pueden resistir un parangón con esta grandiosa brega de la conquista de Calchaquí, tanto por el tesón y la temeraria audacia de los castellanos como por lo heroico y sangriento de la defensa nativa, que cobra con los quilmes el aspecto fantástico de una guerra de mitos.

“Pasma el valor de los castellanos — dice el cronista — subiendo a las cumbres más escarpadas, donde se había parapetado el león como en su postrer baluarte. Miles de ataques les fueron llevados y miles de veces retrocedieron los atacantes o quedaron destrozados por los incendios del pasto de las cumbres, el derrumbe de pircas y peñascones colosales, elementos a los que se sumaba el frío y el hambre”.

Mercado y Villacorta decidió abandonar por un tiempo esas regiones, avergonzado por la impotencia de sus ataques contra el salvaje, aferrado a sus rocas como el filón a la peña.

Poco duró esta tregua, porque vuelto Mercado y Villacorta al Tucumán, obsesionado por la idea de vengar sus derrotas y terminar para siempre con los quilmes, que ya habían minado demasiado su prestigio, aquellos se encontraron de nuevo con las hogueras encendidas.

Cruenta y larga fué la lucha y cuando todo Calchaquí fué domado y atado el brazo del último guerrero indio, el

gobernador desparramó a todos los vientos los restos de aquella terrible raza.

Doscientas familias fueron entregadas al Maestre de Campo Don Gerónimo Funes para que los trajese a Buenos Aires en tiempos de la Real Audiencia presidida por Salazar.

Con las familias de quilmes vinieron mil seiscientos indios calianes.

Desde entonces, Calchaquí quedó convertido en una inmensa necrópolis, pero en Quilmes, a orillas del Plata, se levantó como una flor de holocausto la nueva raza heredera de sus glorias.

LA GRAN URBE

Hay en todo el país, desde La Quiaca al Estrecho y desde Cuyo al Delta, la obsesión de su gran capital.

—¡Ah, Güenos Aires! — dicen suspirando los viejos paisanos del norte breñoso y primitivo.

¡Buenos Aires! ¡Buenos Aires! — en Mendoza.

¡Güeno-haire! ¡Güeno-haire! — los últimos herederos de los ranqueles.

Y ya sea en las vidas en ocaso, ya en las que se abren a la ilusión lujuriente, viejos y niños, mozas y zagales, todos sueñan con la urbe alucinante, con la ciudad feérica donde se está moldeando el tipo argentino del porvenir.

La hechicería de sus luces, el encanto atrayente de sus tiendas, la novedad del rascacielo que no existe ni es necesario en las ciudades interiores, todo eso fragua en el espíritu soñador del paisano criollo, una especie de rendimiento casi abismal.

Buenos Aires es la meta de todas las aspiraciones. De ahí la enorme caravana que se vuelca de todos los rumbos en su crisol hirviente, como los pequeños hilos de agua que corren engrosando al paso su caudal, para echarse convertidos en torrentes, en el seno común de una gran cuenca.

¡Buenos Aires! ¡Buenos Aires!...

Justo es que nosotros, rendidos también por el sortilegio de su fascinación, volvamos hacia ella como una etapa final.

Hemos deambulado por todas las lindes en el territorio de la patria.

A través de las páginas de este libro, hemos trepado cumbres y columbrado cimas, y, bañados por el sol de los trópicos en la excelsa soledumbre de los collados nativos, vimos valles infinitos y praderas verdeantes, cantarinos arroyuelos y torrentes despeñados.

Bajo el portento de este cielo diáfano donde brilla como un símbolo la Cruz del Sur, han vibrado para encanto nuestro las guitarras provincianas y las notas quejumbrosas del agorero "col-col" (58).

Hemos visto la entraña de este suelo dilecto y auscultado su corazón.

Sabemos de sus misterios, de su riqueza, de su esplendor, y, ya que en esta penetración de tránsito hemos estampado en la pupila y en el cerebro, a lo largo de los rieles, la extensión impresionante de sus campos, la gloria fecunda de sus granjas y cañamelares, de sus vegas con rumor de esquilas y tañer de zampoñas, de sus riquísimos bosques y sus hirvientes ciudades..., vengamos a la urbe-madre, a la urbe monstruo, alucinados por la belleza soberana del panorama argentino y plenos de asombro por la legendaria gloria de su tradición; vengamos a Buenos Aires los que han nacido en ella y los que en ella sueñan, trayendo con el recuerdo de la emoción vivida en la montaña, en el desierto y en el villorrio,

listo el juicio para el justiciero elogio y acendrados en afectos por todo lo grandioso y lo sencillo y lo bello que guarda en su augusta y fecunda serenidad la tierra nativa.

Y así, bajo el baño sedante de las placenteras y dulces evocaciones, cuando nos subyugue con sus luces y nos deslumbré con su estupenda vitalidad la ciudad-madre, la hermosa ciudad-crisol, como una reacción del espíritu solidarizado con las gentes que no han satisfecho su vieja ilusión de verla y de vivirla, nosotros digamos muy despacio, como un secreto, como un ensalmo: ¡Buenos Aires! ¡Buenos Aires!... El portentoso cerebro de Nuestra ARCADIA.



GLOSARIO DE REGIONALISMOS Y PALABRAS AUTOCTONAS

- 1.—**Illas.** — Amuletos que usaban los indios para contrarrestar el encono de sus dioses.
- 2.—**Pacha-Mama ó Pacha-Camac.** — El Hacedor del Mundo.
- 3.—**Tumuñuco.** — Pájaro mosca. Picaflor.
- 4.—**Obligo.** — Exacción, imposición ineludible del hombre a la mujer o de ésta al hombre, para que apure la misma cantidad de licor que el primero bebe.
- 5.—**Amautas.** — Sacerdotes y augures quichuas que gozaban de gran prestigio.
- 6.—**Salamanca.** — Cueva del Infierno.
- 7.—**Puna.** — Sofocación. Mal de las alturas. Se la combate masticando coca.
- 8.—**Tapao.** — Tesoro que suponen escondido por los antepasados.
- 9.—**Daño.** — Maleficio, maldición.
- 10.—**Allpamisqui.** (Quichua.) — Alpa: tierra, y misqui: dulce. Miel de la tierra.
- 11.—**Inti** — quichua. — Sol.
- 12.—**Lachiguana.** — Casa de avispas meleras de mayor tamaño que las del camuati o bala. La avispa que la fabrica.
- 13.—**Apiensé.** — Criollismo muy común. Se dice por bájense.
- 14.—**Ayuno de traspaso.** — Absoluto.
- 15.—**Schinqui.** — Arbusto leñoso semejante al espinillo, muy abundante en los faldeos y latares.
- 16.—**Pirhuas o pirguas.** — Silo cónico de pichana o totora para conservar maíz y algarroba. Troje. Palabra araucana.
- 17.—**Guaguas.** — Se dice así a los recién nacidos. Guaguas de patati: muñecos de harina de algarroba.
- 18.—**Pumpuna.** — Quichua. Paloma de carne exquisita y plumaje róseo. Se le llama también paloma viñatera.

- 19.—.....
- 20.—**Churqui.** — Quichua como schinqui. Arbusto semejante al espinillo, de flores abelotadas muy fragantes. Su nombre técnico es: "acacia moniliforme". Abunda en el altiplano.
- 21.—**Chaguar.** — Bromeliácea muy abundante en los faldeos y pedrizas. Su nombre científico es Puya Spathacea.
- 22.—**Caragatá.** — Como el anterior, más pequeño y más bravío. Su nombre científico es Dyckia Aurantiaca.
- 23.—**Cereus.** — De cirios. Nombre genérico de una gran variedad de captos: quiscos, cardones, achumas, ucles, ulbas, etc.
- 24.—**Sombra de Toro.** — Planta perenne de hojas romboidales terminadas en saeta. "Jodina Rombifolia".
- 25.—**Ynchán.** — Palo borracho. "Chorisia Insignis".
- 26.—**Mato.** — Arbol de hojas cenicientas y fruto comestible. "Eugenia Mato".
- 27.—**Aleluyas.** — Se llama así al clavel del aire de flores blancas.
- 28.—**Doradilla.** — Helecho pequeño y cesposo. "Blechnum Cycadifolium".
- 29.—**Achiras.** — De la familia de las Canáceas. En nuestro país las hay de varias clases: "Canna Achira", "Canna Edulis", etc.
- 30.—**Mulánima.** — Animal fabuloso creado por la superstición indígena, con cuerpo de mula y cabeza de mujer.
- 31.—**Yutear.** — Apoderarse transitoriamente de un animal suelto, a escondidas de su dueño.
- 32.—**Tuco.** — Se llama así en todo el norte argentino a la luciérnaga.
- 33.—**Chillicote.** — Grillo.
- 34.—**Lechico.** — Nerium oleander. Especie de gomero de hojas simples regulares.
- 35.—**Humitas.** — Exquisito potage de choclo, envuelto en la chala.
- 36.—**Nío-Nío.** — Solanácea venenosa de preciosas flores blanco-azules. Los animales no prácticos la comen y mueren.
- 37.—**Paica.** — Horqueta. Quichua.
- 38.—**Huaspán o guaspán.** — Silo cilíndrico de pichana retorcida, en el que se guarda maíz en panojas y algarroba.
- 39.—**Coyuyo.** — La cigarra.
- 40.—**Allilicucú.** — Onomatopeya. Se llama así a un pájaro misterioso cuyo canto nocturno, de extraña fuerza, se asemeja al nombre que lleva.
- 41.—**Uzutas.** — Abarcas de cuero crudo. El montañés no conoce otro calzado.

- 42.—Amor seco. — Cadillo, especie de bardana menor con flores de plumerillo que pinchan las ropas.
- 43.—Cadillo (cabezuela). — Planta umbelífera muy común en los terrenos de cultivo. Su fruto de figura elipsoidal está erizado de espinas.
- 44.—Yesquero. — Encendedor de cola de quirquincho.
- 45.—Rumihuasi. — Casa de piedra. Quichua.
- 46.—Pucará. — Defensa indígena, fortaleza hecha de pircas.
- 47.—Antarca. — De espaldas.
- 48.—Orkozuno. — Cerro-macho. — Se traduce por "alto pelao".
- 49.—Ninaqueros. — Bichitos de luz.
- 50.—Cebado. — Acostumbrado a una carne determinada.
- 51.—Lamederos. — Sitios salitrosos que los ganados lamen con verdadero deleite.
- 52.—Cortaderas. — Planta gramínea de grandes flores en plumero. Su nombre técnico es "Cortadería Quila".
- 53.—Tembladera. — Mal que suele manifestarse en ciertas regiones por una especie de temblor general y aflojamiento de las extremidades. Para las mulas suele ser fatal.
- 54.—Achuma. — Cereus gigante de bellísimas flores róseas.
- 55.—Ucle. — Cereus peruvianus. Cardón simple de flores y frutos encarnados.
- 56.—Tasis-Doca. — "Morrenia Odorata".
- 57.—Ancua. — Flores del maíz tostado. En Buenos Aires le llaman "pot-choclo".
- 58.—Col-col. — Onomatopeya que imita el canto nocturno del buho.
- 59.—Ataja camino. — Ave crepuscular. Su nombre es "Chotacabras".
- * —Muchos de estos vocablos han sido incorporados al Diccionario de la Academia como americanismos.

INDICE

	Pág.
Carta del Inspec. Técnico Sr. Saturnino Costas	5
A los maestros	7
1.—Nuestra Lengua	10
2.—Nuestra Arcadia	13
3.—Cuando el tren parte	15
4.—El Misterio de las Fuentes	17
5.—Las Fuentes. Su Leyenda	19
6.—Aldeas Serranas	22
7.—Caracteres de las Fundaciones	25
8.—Pastorela	28
9.—Esbozos Psicológicos. Iº: El Serrano	31
10.—IIº: El Paisano	32
11.—IIIº: El Pajuerano	34
12.—IVº: El Atorrante	36
13.—El Xilófono de Arcadia	37
14.—IIº: Los Habitantes del Cerro	40
15.—La Salamanca	43
16.—El Temple Gaucho	47
17.—Aves Argentinas. El Hornero	49
18.—Los Alamos	52
19.—La Mujer Argentina	55
20.—Evangélicas	57
21.—Iº: En la Trilla. Costumbres viejas	59
22.—IIº: ¡Huir, Burro, Huir!	62
23.—IIIº: La Aventada	66
24.—Folklore Vegetal. El Algarrobo	68
25.—El Ombú	71
26.—El Chañar	75
27.—Dramas Microscópicos	77
28.—Iº: ¡Cuesta Arriba!	79
29.—IIº: La Flora de las Sierras	82
30.—Las Illas	84
31.—Nuestros Insectos. El Runahuanchi	87
32.—IIº: Revelación del Misterio	90
33.—El Río de Miraflores	93
34.—Nuestros Arboles. El Quebracho	97
35.—La Sombra Paterna	100
36.—Iº: La Escuelita del Pueblo	103
37.—IIº: La Escuelita del Pueblo (continuación)	106
38.—Idiomas Autóctonos	109

	Pág.
39.—El Quichua	111
40.—El Guaraní	113
41.—El Araucano	114
42.—Costumbres Pueblerinas de Antaño	117
43.—Noches Provincianas	120
44.—El Himeto de Arcadia. Maravillas Entomológicas	123
45.—IIº: Las Osmias	126
46.—IIIº: Nuevos Misterios. La Avispa de los Viñedos	129
47.—El Chalicodoma de las Paredes	132
48.—Las Colmenas	135
49.—Los Faros de Nuestra Arcadia. Iº: Los Poetas	139
50.—IIº: Los Maestros	142
51.—IIIº: Los Publicistas	146
52.—Folklore Vegetal	151
53.—Abrevaderos Tóxicos	155
54.—Caza Nocturna	157
55.—El Horóscopo	162
56.—Modismos Criollos	168
57.—Ciudades Argentinas. Tucumán	171
58.—San Fernando de Catamarca	174
59.—Cuadros de Ciudad Vieja	177
60.—Coyuyos y Saltamontes. Entomología Criolla	182
61.—Folklore de las Supersticiones	186
62.—El Sapo y el Urubú	190
63.—Intermezos Serranos. Iº: Llegamos al Puesto	193
64.—IIº: Comparaciones	196
65.—IIIº: La Gran Batida	199
66.—IVº: La Espingarda entra en juego	203
67.—Fundaciones Antiguas	208
68.—Londres	210
69.—La Epopeya de Córdoba	214
70.—El Allpamisqui	219
71.—IIº: Más Depredaciones	222
72.—Los Pesebres y las Yutiadas	225
73.—Quilmes	228
74.—La Gran Urbe	231
75.—Glosario de Regionalismos y Palabras Autóctonas	234

PUBLICACIONES DE LA CASA

LECTURA

- 1er. grado - "LUZ", por la Profesora Normal **Ramona Rodríguez de Castrillo**. - Para los alumnos que recién entran en la escuela.
- "MI NIDO", libro de lectura para 1er. grado inferior, por **Catalina Pansera**.
- "CAMINITO", libro de lectura para 1er. grado inferior, por **E. M. de Mercado Vera**.
- 1er. grado sup. - "DIAS DE SOL", por **E. M. de Mercado Vera**.
- 2º grado - "CONVERSACIONES INFANTILES", por la Profesora Normal **Victorina Malharro**.
- 3er. grado - "EL NIÑO ARGENTINO", por la Profesora **Rosa Fernández Simonin**.
- "CLARIDAD", libro de lectura para 3er. grado, por **E. M. de Mercado Vera**.
- 4º grado - "ALEGRE DESPERTAR", por **Emma C. de Bogni**.
- 4º grado - "RACIMOS", por **Julia Andrés de Valls**.
- 5º y 6º grados - "EL ABUELO", por **Juan Comorera**.
- 5º y 6º grados - "CANTOS RODADOS", por **Julia Andrés de Valls**.

ARITMETICA

- Edelmira Lépori**. - Ejercicios y problemas de Aritmética, (5º grado).

GEOGRAFIA

- Carlos H. Pizzurno**. - Pequeño Atlas y Geografía de la República Argentina, compuesto de 26 mapas en colores trazados por su primer editor, el Profesor **Aquilino Fernández**. (Nueva edición puesta al día, notablemente corregida y aumentada).

GEOMETRIA

- Aquilino Fernández**. - Elementos de Geometría teórico-práctica para los niños. - (Nueva edición).

DIBUJO

- Cuadernos de Dibujo "EL ARGENTINO", por el Prof. **Aquilino Fernández**. - Curso metódico, compuesto de 12 cuadernos.

F. CRESPILO, EDITOR

BOLIVAR 369

BUENOS AIRES